

Precioso,

¡trátese con cuidado!



Rachael Lofgren

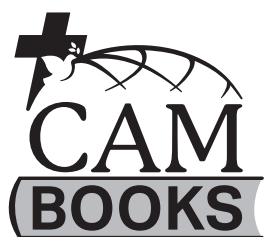
PRECIOSO, ¡TRÁTESE CON CUIDADO! © 2026 CAM Books
Traducido por Maná Digital www.manadigital.net

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada, reproducida o almacenada en ningún sistema de búsqueda automática, de ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso por escrito de la publicadora, aparte de citas breves en artículos y obras críticas.

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Diseño de la portada y texto: Kristi Yoder

Publicado por:



CAM Books
P.O. Box 355
Berlin, Ohio EE. UU. 44610
Teléfono: 330-893-4828
Fax: 330-893-2305
www.cambooks.com

Precioso,
¡trátese con cuidado!

Rachael Lofgren

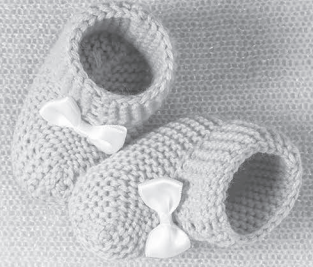
Esta es una historia verídica, aunque algunos detalles se han cambiado para ocultar la identidad de los protagonistas. Los nombres, lugares y ciertos aspectos de la cronología de la historia se han alterado o reacomodado para lograr este fin.

Dedicacatoria

Dedico este libro a mis hermanas, Becky y Rosy, que muestran el corazón acogedor de Dios y su naturaleza protectora para con los huérfanos y necesitados. Su ejemplo de amor y fidelidad reflejan a Dios cada día. Gracias por recordar a los niños olvidados y discapacitados del sistema de seguridad social en Centroamérica. En su trabajo no existe el encanto, pero sí hay mucha belleza. Dios mira lo que hacen por estos más pequeños, y su trabajo no será olvidado.

También a cada padre y madre adoptivo o de acogida, gracias por hacer real el corazón de Dios en su hogar y familia.

Capítulo uno



Aempujones, y con los audífonos bien puestos, Priska se abrió paso hacia el atestado metro subterráneo. Aunque ella evitaba mirar a los desconocidos a los ojos, de reojo notó que las puertas se cerraron con un silbido. Mientras el tren avanzaba ruidosamente por el túnel de concreto hacia el centro de Manhattan, Priska se alegraba de que su apartamento en el centro de la ciudad quedara cerca. Una vez en casa, y tres horas de teoría musical más tarde, Asherwald llegaría a casa tras un día de trabajo como instructor de natación en el Bronx.

“¡Es verdad que vivo en la ciudad de Nueva York!” A Priska aún le costaba creerlo. Cada día oraba, pidiendo una bendición sobre aquellos que habían hecho realidad su sueño de toda una vida. Dentro de pocos meses lograría su maestría en interpretación musical. El financiamiento personal del profesor Kyle, los grandes sacrificios de sus padres y el apoyo incondicional de su esposo

Asherwald lo habían hecho posible. Por supuesto, su arduo trabajo también había sido fundamental.

Priska amaba la música..., era su vida. “Nunca olvidaré la música”, pensó mientras salía de la estación del metro y se dirigía hacia la izquierda. El viento frío de noviembre le picaba el rostro, por lo que se aseguró en el cuello su fina bufanda de color turquesa. Priska una vez le había dicho a Asherwald:

—Todo el universo es una maravilla de orden y música. Verdaderamente, todo canta. ¡Todo es divino!

Una vez dentro del apartamento, Priska alistó una taza de su té favorito con leche. Así como su madre le había enseñado años atrás, puso a hervir la leche. Después de agregarle el té traído de su nativo Nepal, ella finalizó el ritual al espolvorearle cardamomo, clavo de olor y pimienta negra antes de llenar su taza favorita.

Priska sonrió, al recordar cómo su madre le había presentado tres kilos de té local como regalo de despedida. Ahora estaba agradecida por el té. Cada vez que lo tomaba, se volvía a sentir completa. Era una manera pequeña de mantener con vida su ser nepalí. Una parte de ella siempre extrañaría su pueblo al borde del valle de Katmandú y el típico saludo de mediodía: “Hola, ¿ya te tomaste tu té hoy?”

Priska se sentó en el afelpado sofá azul y encendió la lámpara. “Teoría tonal y postonal...”, leyó en voz alta. Se acomodó y se pasó la mano por el abdomen creciente, y poco a poco el mundo exterior se desvaneció.

La llave de Asherwald en la puerta la despertó varias horas después. Se despertó de golpe, regañándose por haber perdido la noción del tiempo.

—Ya llegué, mi Rani.

Si bien, su paso se oía cansado, su voz era alegre. Priska reprimió un bostezo mientras Asherwald se sentó a su lado.

—Hola, mi Raia— ella respondió con una sonrisa—. ¿Te gustaría tomarte una taza de té? —Usaban apodos de cariño cuando estaban solos.

—Quizá más tarde. —Le besó la mejilla con ternura, sus ojos oscuros observando su rostro cansado y las sombras bajo los ojos—. Estudias demasiado —le dijo mientras la abrazaba de manera protectora.

—La verdad es que me quedé dormida cuando debía estar estudiando —se quejó con una risa—. Este bebé me cansa.

—Cállate... —Le colocó el dedo suavemente en los labios—. Los dioses te oirán. Este bebé es el mejor regalo que alguna vez nos han dado.

—Lo sé, Raia; a la vez, me graduaré en apenas cuatro meses —ella le recordó—. No puedo perder tiempo. Quizás algún día nuestro bebé sea un gran músico. Si va a aprender de su madre, ¡debo demostrarle que el arte en gran parte consiste en la disciplina!

Asherwald se rio.

—Ningún estudiante es tan dedicado como tú —acordó—. Te graduarás con honores. No te preocupes.

—Ahora, te alistaré el té. —Priska hizo a pararse, pero el brazo de Asherwald la detuvo.

—¿No te parece mejor un poco de comida? —le sugirió.

Priska no protestó. Asherwald cocinaba y limpiaba la casa desde el día en que descubrieron que esperaban su primer bebé. Era su manera de proteger a su esposa.

—Tú haces la parte difícil de formarlo. Yo haré la parte fácil de alimentarte —bromeó. Su cuidado de Priska no era común en su cultura, ni en la americana. Con una sonrisa, Priska lo observó mientras él se dirigió a la cocina.

—Estudiaré mientras cocinas, y luego hablaremos.

—Por supuesto, Rani—. La sonrisa en su voz le alegró el corazón a Priska al volver a sus libros.

Asherwaud regresó a la media hora con un plato lleno de momos calientes. Estas empanadas nepalesas eran una de sus comidas favoritas, y él lo sabía.

—¿Qué quieres de mí, Raia? —le preguntó Priska con una sonrisa. Ella sabía que cuando él le hacía *momos*, normalmente era porque quería hablar de un tema importante o pedirle un favor.

Asherwaud levantó las cejas en señal de pregunta.

—¿Por qué, Rani? Sé que te encantan los *momos*, y por eso te los preparé.

—Quieres algo más que solo eso, ¿verdad? —bromeó, al tomar el plato—. “¿No será que quieres hablar de la ceremonia de *dahi chiura*?¹

—Me adivinaste el pensamiento, Rani. —Asherwaud le guiñó el ojo mientras tomaba un bocado de empanada caliente.

Priska suspiró. Además del gran amor que sentía por su bebé, ella era devota a su religión. Con la vida ajetreada, recientemente ella tenía tan poco tiempo que no podía sino enfocar la música. Al mismo tiempo deseaba lo mejor para su bebé.

—Pero ¿cómo podemos celebrar una verdadera ceremonia de *dahi chiura* sin nuestros padres? —preguntó.

—Tengo un compañero de trabajo que está dispuesto a dirigir la ceremonia en lugar de mi padre —le aseguró Asherwaud—. Él es un sacerdote brahmán del sur de la India, y le tengo gran respeto. Tú ya llevas siete meses. ¿Crees que quizá lo podríamos hacer la próxima semana?

—De acuerdo —respondió Priska.

¹ té de canastilla o baby shower nepalí; también la comida principal servida en la ceremonia

La siguiente semana, en la noche de la celebración, Priska se vistió con su sari favorito, de color rojo y dorado. Sintió suave la seda mientras se ajustaba la falda a la cintura. Se hizo una trenza con el cabello oscuro y se la fijó con una tira roja, haciéndole juego con el sari. Al contemplarse en el espejo, miró un momento su abdomen creciente. Pronto ella sería madre.

Asherwaud y Priska invitaron a otras dos parejas que eran amigos íntimos, junto con el sacerdote y su esposa. Todas las mujeres vestían el sari tradicional.

—No podríamos hacer la celebración sin *yomari* —explicó la esposa del sacerdote cuando le alcanzaba a Priska una empanada tradicional caliente. Las empanadas en forma de pez se hacían de harina de arroz al vapor y se rellenaban de azúcar moreno con semillas de ajonjolí.

Los otros invitados trajeron más comidas tradicionales para agregarlas al evento, junto con regalos para Asherwaud y Priska. Iniciaron la noche con la *Ganesh Puja*, una ceremonia que creían que les traería un nuevo comienzo a ellos y su bebé. La *Ganesh Puja* también es un tipo de encanto que los guardaría de infecciones y malos espíritus al acercarse el parto. El sacerdote se acercó a la estatua icónica de Shani Bhagwan, una deidad hindú que se había colocado en el rincón de la habitación. Después de hacer una oración, el sacerdote volvió a sentarse en su lugar en la sala.

Priska miró el círculo de rostros alegres, y su corazón sintió calor. Aun aquí, al otro lado del mundo, habían hallado familia.

—Ruego que mi bebé siempre se someta a los dioses —le susurró a Asherwaud. Le brillaban los ojos mientras él la miraba profundamente a los ojos y asentía.

Al transcurrir la noche, cada invitado le dio a Priska a comer del *dahi chiura*, la comida principal de la ceremonia. El sabor único

del yogur con arroz la llevó a pensar en su pueblo en la montaña. En estos momentos extrañaba más a su madre.

El sacerdote realizó una ceremonia hindú donde se colocaba un coco sobre una olla para asegurar que el bebé se acomodara en la posición correcta antes del nacimiento.

—Y no debemos olvidar esto —susurró la esposa del sacerdote con una sonrisa maternal mientras colocaba un amuleto tradicional en la muñeca delgada de Priska—. Con esto alejamos los malos espíritus—dijo en voz baja.

Finalizaron la noche con un rito de adoración hindú, conocido como el *Aarti*. Al cantar el himno evocador sobre un plato con lámparas encendidas, las velas parpadeaban en un arreglo circular y hacían que una luz iluminara los rostros del grupito. Esta ceremonia se celebró para agradecerles a los dioses hindúes su protección. Al terminar, todos parecieron relajarse un poco.

—Y ahora, a comer —dijo Asherwald con alegría.

Abrieron los regalos y se rieron y bromearon hasta tarde en la noche. Cuando las últimas visitas se habían ido y únicamente quedaban migajas y velas gastadas, Priska se sentó en la sala vacía y sacó sus libros de debajo de la mesa de centro. Si ella iba a aprobar el examen de la teoría de música que se acercaba, tenía que estudiar. Sin embargo, le dolía la cabeza, y la luz parpadeante de las velas le quedó como pintada en la vista.

Unos momentos más tarde, Asherwald vino a llevarla a la cama.

—No estudies más esta noche, Rani —protestó en voz baja—. Mañana será otro día.

—Tengo un examen a las ocho, mañana —dijo con sueño.

—Puedes estudiar temprano —le respondió.

Ella lo siguió tambaleando, demasiado cansada para aun cambiarse de su vestimenta de fiesta.

—Me levantas temprano —dijo en voz baja entre las sábanas.
Al acariciar con una mano a su bebé por nacer, Priska cayó en un sueño profundo.

Capítulo dos



En juego, Priska le tiró agua a Asherwald.

—¿Recuerdas cómo comenzamos a querernos? —le preguntó Priska. Le brillaban los ojos castaños mientras el agua de la piscina chorreaba de su cabello oscuro. Asherwald se alejó, nadando con fuerza hasta quedar fuera de su alcance; luego se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Por supuesto que me acuerdo. ¿Cómo se me podría olvidar? —Se dio vuelta hasta flotar boca arriba—. Mejor dicho, fue un flechazo para mí.

Priska nadó torpemente hasta su lado y también intentó flotar boca arriba.

—Tardé un rato, pero al fin me enamoré de ti —añadió con una suave sonrisa—. Aquellos días cuando me estabas enseñando a nadar en el campamento de Katmandú eran los únicos momentos en los que realmente podía relajarme y ser yo misma. Las clases

y los exámenes siempre me tenían tensa.

—Y aún hoy estás igual —replicó Asherwaud en son de broma—. ¿Recuerdas el examen que te tenía tan preocupada la semana pasada? Para nada te preocupaste, pues lo aprobaste muy bien.

Priska hizo caso omiso de su broma y siguió recordando el pasado.

—Yo te tenía por maravilloso instructor y dedicado profesor de deporte, sin embargo, no hubiera soñado nunca que fuera a pasar a más nuestra amistad.

—Pues, yo no soñé con casarme con una talentosa música, ni con llegar a los Estados Unidos por tu visa de estudiante. Tampoco me soñaba que los dioses nos darían un bebé. —Asherwaud acarició con ternura el abdomen creciente de Priska.

—Estabas demasiado ocupado soñando conmigo en general como para pensar tan a futuro —bromeó Priska.

—Y no he dejado de soñar. —Asherwaud miró la claridad del cielo raso de la piscina, parpadeando ante el brillo del sol de la mañana—. Tú eres mi vida, Rani. Sin embargo, también tengo que trabajar, si es que vas a comer. Y por esto me voy; mi primera clase inicia en veinte minutos.

—Me alegro mucho de que tu trabajo te permita usar esta piscina. No cambiaría nuestros ratos de natación los sábados por la mañana por nada —Priska nadó hasta la orilla de la piscina.

—Hasta la noche, Rani. Y otra vez te felicito por haber aprobado el examen tan sobresalientemente. —Cuando ella pasó a su lado nadando, Asherwaud estiró la mano para acariciar su redondo abdomen una última vez—. Hasta luego, mi pequeño.

—Hasta luego, Raia. —Ella lo besó suavemente en la mejilla—. Disfruta las clases de natación.

Más tarde, Priska ordenaba las cosas del bebé en la pequeña habitación blanca. Durante meses, ella y Asherwaud acumulaban todo

lo que posiblemente necesitarían. Una tarde lluviosa, durante su quinto mes de embarazo, habían pintado de blanco la pequeña habitación. Más adelante en ese mismo mes, Asherwald había llegado del trabajo con una nueva cuna blanca. La había armado en la habitación recién pintada, con sus cortinas amarillas y el piso de color de miel, y de ese momento en adelante era oficialmente la habitación del bebé.

Desde entonces, ellos habían llenado la habitación con las cosas necesarias. Según Priska, ella era más práctica en el campo económico que Asherwald, y menos dada a acumular cosas. Muchas veces hacía broma de las compras innecesarias de él.

Las pequeñas compras de amor se encontraban en toda la habitación. Un lunes por la noche apareció el conejito de peluche café que ahora estaba colocado en la cuna sobre un montón de cobijas blancas. Un sábado en la tarde llegaron los pequeños zapatitos blancos con globos amarillos. Priska guardó los zapatitos bajo un poco de ropita y sonrió con ternura. Asherwald sería un padre cariñoso, sin duda.

Al doblar un montón de pijamitas amarillas y rojas en el segundo cajón del armario, sonó el teléfono. Ella vio que llamaba su mamá, y contestó:

—Hola, mamá.

—Hola, Priska. ¿Cómo estás?

Había poca señal, sin embargo, Priska oía el anhelo en la voz de su madre.

—Estoy bien, mamá.

—¿Cómo está Asherwald? ¿Y el bebé?

—Todos estamos bien —ella se rio—. Aquí esperando el día que aparezca *mijito*. Y usted, ¿cómo está?

—Bien siempre, gracias a los dioses. Casi no puedo creer que

pronto iré a verte, hija. ¡Pareciera imposible viajar al otro lado del mundo!

Priska sabía que el viaje era un enorme sacrificio para su madre, que no había salido nunca de su país. Su padre había tenido que ahorrar durante varios años para comprar el pasaje.

Priska oyó la voz de su padre y supo que el teléfono estaba en altavoz:

—Hola, hija. ¿Cómo está mi estudiante?

—¡No le preguntes de eso ahorita, Aagat! —Priska oyó que su madre lo interrumpió—: Estamos hablando del bebé.

—Está bien, Simrika —respondió su padre—. ¿Y cómo está nuestro primer nieto?

Priska se rio en voz alta. “Algunas cosas nunca cambian”.

—Todo va bien. Papá, aprobé el examen de teoría tonal. He logrado mantener mi promedio de notas en 4.0. —Ella no se estaba jactando; sabía que él deseaba saberlo.

—Te felicito. ¡Sigue adelante! La escuela de música de Manhattan es dichosa en tenerte como estudiante. —Aagat se rio, contento—. Tú eres el cumplimiento de mi sueño, hija. ¡Este anciano se siente orgulloso de ti!

Priska terminó de doblar la ropa y se sentó en la vieja mecedora de madera que habían colocado en un rincón bajo la única ventana en la habitación. Preguntó:

—¿Cómo está la abuela?

—Ella siempre está muy fuerte, sin embargo, ya está completamente sorda —su padre le informó—. Muchas veces ella y tu madre se oyen gritando por algún malentendido.

Priska oyó que su madre suspiraba dramáticamente:

—Tú también gritarías si alguna vez hablaras con ella.

Priska la consoló:

—Lo siento que la comunicación se ha puesto tan difícil, aunque sí estoy agradecida por su buena salud. Espero que siga bien.

Su abuela era una de las personas más fuertes que ella conocía —y una de las más bruscas—.

Priska pensó cariñosamente en su propia madre, agradecida de que sus hijos crecerían con una abuela más dulce y maternal. Recordó con humor tétrico cómo ella y su hermano, el pequeño Aagat, habían crecido con muchos regaños, intercalados con muchos castigos con el cucharón de madera de la abuela. Simrika pocas veces los castigaba, y su padre nunca. Con la presencia de la abuela, no había necesidad.

—¿Y los del pueblo? ¿Cómo van con las siembras?

Priska volvió la mente a recuerdos más placenteros. Mientras escuchaba a su padre contar de las cosechas, recordó las largas tardes trabajando en el campo bajo el cálido sol nepalí con su héroe de la infancia.

Su padre, como muchos otros habitantes de Dahding, venía de una gran ascendencia de agricultores. Quedarse en el valle subdesarrollado de Katmandú era su destino. La única razón por la cual su padre se desvió de ese destino era por soñar un futuro diferente para sus hijos. Y hoy, Priska estudiaba en América y su hermano ingeniero era graduado de una de las mejores universidades de Katmandú.

—¿Y cómo está el pequeño Aagat?

Por razón de la distancia, Priska no hablaba con mucha frecuencia con su hermano menor, con todo, lo amaba y siempre preguntaba por él.

—Está bien. Por fin conoció a una muchacha que le gusta; creo que se casará en el próximo año.

Su madre parecía estar aliviada. Ella siempre se preocupaba de

que sus hijos hallaran una buena pareja.

Priska se regocijó:

—¡Me alegro mucho! La única tristeza es mi ausencia. Sin embargo, Asherwald y yo estaremos allí en espíritu.

Su madre suspiró:

—Lo sé. Es difícil tenerte tan lejos.

—Pero vale la pena —añadió su padre.

—Y pronto estará con nosotros durante cuatro meses —Priska le aseguró a su madre—. Será tan maravilloso tenerla aquí. Verdaderamente anhelo el día en que venga.

—Te amamos, hija, y a Asherwald y nuestro nieto. ¡Que los dioses te bendigan!

Mientras Priska cortaba la llamada, el corazón se le llenó de gratitud. Ella verdaderamente era bendecida con tener tal familia. No eran adinerados según el mundo, sin embargo, eran ricos en el amor que el dinero no puede comprar.

Capítulo tres



Todo comenzó con una pesadilla. Priska se despertó sudando frío en las horas de la madrugada del domingo. Suprimió el llanto con la almohada y se sacudió hasta despertarse por completo. El sueño había sido tan real —tan escalofriante—.

Eran las tres de la madrugada. Ella gimió suavemente, parpadeando ante los números chillantes del reloj despertador de Asherwaud.

“Despiértate, Priska. No es la realidad”, ella susurró en la oscuridad. Se pellizcó para demostrarlo, y luego chilló del dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó Asherwaud mientras se daba vuelta y la alcanzaba para acariciarla.

—No sé —murmuró Priska. Se sentía tan ridícula por entrar en pánico por un sueño. Sin embargo, el corazón no le dejaba de latir con fuerza y sentía helada el alma—. Debe ser que tuve una pesadilla.

Asherwald la abrazó de manera protectora, pero ella se apartó.

—¿De qué se trataba, Rani? ¿Qué pasa? —No se había alejado nunca de él de esta manera, y el sueño que él sentía se disipó ante su aparente aflicción—. ¿Es el bebé? ¿Estás con dolores? —le preguntó.

Priska ahora estaba sentada en el borde de la cama, y él se acercó a su lado.

—No, Raia, fue un sueño. Tenemos que ir hoy a ver al sacerdote. Algo está mal; no sé qué es. Quizá los dioses nos quieren decir algo.

—Está bien, iremos. No te preocupes, Rani. Pero dime, ¿de qué se trataba el sueño?

Ella se estremeció y otra vez Asherwald se acercó para abrazarla. Esta vez ella no se alejó, sino que se acurrucó a su lado, su voz llena de lágrimas:

—Es algo que no quiero repetir en voz alta, pero debemos bendecir a nuestro bebé. Tengo miedo.

Él la consoló:

—Está bien, está bien. Cálmate. Todo saldrá bien. Hoy mismo iremos. Vuélvete a la cama y descansa.

—No podré dormir. —Priska se volvió a estremecer—. Creo que me levantaré a estudiar.

—Está bien, te haré una taza de té. —Asherwald se puso las pantuflas y juntos pasaron a la sala. Priska estudió hasta el amanecer con Asherwald dormido sobre el sofá a su lado. Mientras leía y aplicaba su mente a las cosas tangibles, su pánico se disipó y volvió su lado práctico. En la tenue luz del amanecer cayó en un sueño agitado.



—Pronto estaremos poniendo al bebé en este asiento. — Asherward dejó el asiento infantil en el rincón de la sala.

—Sí, solamente falta un mes. —Priska le sonrió al esposo. Ella se sentía mejor desde que habían ido al sacerdote por una bendición. La pesadilla de aquella mañana parecía una sombra distante—. Me alegro de que conseguimos el asiento esta noche. Creo que es lo último que necesitamos antes de que nazca el bebé.

—Sí, estamos preparados, Rani. —Asherward se volvió para cerrar las cortinas ante la noche que descendía, y Priska fue a tomarse una ducha.

Diez minutos después, Priska salió a la sala en su bata verde. Se dirigió al sofá donde la esperaban sus libros, cuando de repente sintió que se le erizaban los pelos. Se volvió para ver que Asherward la miraba muy extrañamente.

—¿Qué pasa, Raia? —le preguntó, alargando la mano.

Él retrocedió, una luz extraña brillando en sus ojos oscuros.

—Priska —dijo con voz cavernosa—, te voy a herir.

Le dio un golpe fuerte en el hombro con el puño y ella dio un paso hacia atrás.

—¡Raia! ¡No! —La respuesta a su grito fue una fuerte patada en las piernas y otro puñetazo en el pecho. Sintió golpe tras golpe hasta que le resonaban los oídos.

—¡Asherward! —Ella tambaleaba mientras sus puños le golpeaban la cara, el cuello y los brazos.

No hubo palabras. No hubo explicación. Solamente los golpes silenciosos y fuertes.

La mente de Priska daba vueltas. Ella trató de agarrarle la muñeca, sin embargo, él se soltó y la tiró al piso. Ella oyó sus propios gritos como a la distancia. De pronto estaban afuera en la terraza. Una

fuerte patada en su abdomen la hizo caer y vomitó. La rueda de una bicicleta le dio en el hombro, y ella alzó la mirada en horror al ver que su esposo le lanzaba su bicicleta. ¿Cómo podía este extraño ser su esposo?

Priska se hizo un ovillo en una postura fetal, tratando de proteger al bebé y la cara. Los vecinos le rogaban a Asherwald que parara. Una mujer pegaba gritos. Priska no sabía si era ella misma u otra, y por ratos perdía la conciencia. Todo se veía borroso. Sentía dolor en todas partes. Entonces el mundo se le oscureció.



Alguien pensó en llamar al 911. Los vecinos observaban el espeznante parpadeo de las luces azules y rojas de una ambulancia y tres patrullas parqueadas en la calle.

—Señor, tienes que venir con nosotros. —Un oficial ayudó al aturdido y esposado Asherwald a bajar las escaleras salpicadas de sangre del apartamento a la patrulla. Él no respondía a sus preguntas. La mirada alocada en sus ojos se había calmado.

Los paramédicos levantaron el cuerpo desplomado de Priska donde estaba sin moverse al pie de las escaleras del apartamento. Con una mirada vacía, Asherwald observaba desde la ventana de la patrulla mientras la cargaban al aire de la noche y la subían en la ambulancia. Sin razón alguna, él observaba mientras esperaba que se lo llevaran.

—Listos, con cuidado. Levanten. —La camilla entró en la ambulancia y las puertas se cerraron. Priska luchaba por respirar; el corazón no podía soportar la terrible presión en el cuerpo quebrantado. Los términos médicos pasaban en tonos urgentes de un médico a otro sobre su cuerpo inconsciente: “respiración agónica... paro

cardiopulmonar... reanimar...” Durante unos largos sesenta segundos, los paramédicos lucharon por hallar un signo de vida.

—Tengo pulso...

Momentos después, apresuradamente llevaban la camilla de Priska por los pasillos resplandecientes y blancos del hospital hasta el quirófano. Le hicieron una cesárea de emergencia. Cuando sacaron a la bebé, apenas estaba viva, y el médico no tenía esperanza de que viviera, pues había pasado más de una hora con poco, si algo, de oxígeno por el desprendimiento de la placenta.

Frenéticamente las enfermeras trabajaron con la niña que Priska y Asherwaud tanto habían anhelado. Durante cuatro largos minutos no hubo respiración. Luego, después de una rápida entubación, la bebé comenzó a respirar. ¡Estaba viva! Por ahora.

En la mesa de operaciones, los médicos y cirujanos luchaban por estabilizar a una mujer que no estaban seguros si sobreviviría.

—No creo que ninguna de ellas sobreviva la noche —dijo el cirujano tristemente al salir. Pasaron a la bebé a la UCIN. Un respirador era lo único entre ella y la muerte. Eso —y un milagro—.

Priska, aún en estado de coma, fue transportada a cuidados intensivos. El respirador silbaba y los monitores sonaban. Las enfermeras entraban y salían. Con todo, ella no se daba cuenta de nada.

En algún lugar en la ciudad de Nueva York, en una celda solitaria, Asherwaud estaba sentado solo, mirando una pared en blanco, su mente aún vagando en un profundo laberinto vacío.

Esta noche no había respuestas. Solamente tragedia y oscuridad.

Capítulo cuatro



Priska se despertó con dolor. Los monitores de la UCI sonaban al ritmo del ruidoso respirador. Ella trató de moverse, y gimió luchando por no perder el conocimiento. Al luchar para no sucumbir a la oscuridad, una enfermera apartó la cortina.

—¿Estás despierta? — preguntó la joven pelirroja sorprendida. Mientras borrosamente miraba la sonrisa de la enfermera, Priska trató de hablar, sin embargo, el tubo en la garganta la impedía. Ella estrechó una mano y la pasó por el abdomen. Se sentía plana. La enfermera se ocupó revisando sus signos vitales.

“¿Dónde está mi bebé? ¿Qué está sucediendo?” Sus ojos le rogaban a la enfermera que le diera respuestas.

—Tranquila, mi amor. Cálmate y descansa —la enfermera la calmó mientras regulaba la bolsa de suero junto a la cama. Priska deseaba gritarle. “¿Dónde está mi bebé?” Sintió cómo la impotencia se la tragaba, y volvió a la oscuridad. Momentos después

despertó a una habitación vacía.

Durante los siguientes tres días, Priska despertaba y volvía a caer en coma. Ella no sabía que habían pasado quince días desde aquella horrible noche. Ella no sabía que, en otra unidad de cuidados intensivos, su bebé estaba con vida. Al empezar a recobrar sus facultades, su frustración aumentó. ¿Por qué no le decía nadie lo que había sucedido?

Sacaron el tubo respiratorio al tercer día de haber despertado, sin embargo, casi no podía hablar por el dolor en la garganta. Aun así, lo intentaba. Cuando entraba una enfermera, Priska le agarraba la mano y susurraba sus primeras palabras desde el accidente:

—Mi bebé. ¿Qué pasó con mi bebé?

—Ella está con vida —le dijo la enfermera en voz baja—. La están cuidando en la UCIN.

—Gracias a los dioses —susurró Priska débilmente. Sus ojos se llenaron de lágrimas de alivio.

Pasaron días de lenta recuperación hasta que ella sintió suficiente fuerza para hacer más preguntas. Sin embargo, cuánto mejor se sentía, tanto más deseaba saber toda la verdad. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo estaba su bebé? ¿A qué punto se veía afectada por el trauma? ¿Cuál era su propio pronóstico? ¿Dónde estaba su esposo? ¿Qué había sucedido con él?

Un lunes por la mañana, una trabajadora social entró en la sala.

—Hola, Priska, ¿cómo estás? Soy Linda. —Ella se acomodó en la silla junto a la cama de Priska.

—Estoy bien. —El corazón de Priska dio un pequeño salto—. ¿Qué me puedes decir de mi bebé?

—Ambos tú y tu bebé han pasado un tiempo muy difícil.

Priska odiaba esta formalidad profesional.

—¿Y ella como está? —preguntó con temor.

Linda sonrió simpáticamente.

—Pues las buenas nuevas son que ella está viva. La tienen bien cuidada; sin embargo, ha tenido unas complicaciones. Pero creo que debemos hablar de ti, cariño. ¿Cómo has estado a través de todo esto? Hay varios temas que tenemos que tocar, si te sientes capaz.

A Priska le daba vueltas la cabeza, y ella cerró los ojos; le sudaban las manos por el esfuerzo que le requería la conversación—. Quiero saber acerca de mi bebé —dijo finalmente—. Deseo saber los detalles.

—Creo que no te estás sintiendo muy bien, cariño. Llamaré a la enfermera, y podemos hablar después, cuando tengas más fuerza.

Priska deseaba protestar, sin embargo, su cuerpo se sentía pesado y su mente nublada de dolor.

—Está bien —acordó débilmente—. Pero cuando regreses, quiero saber todo.

Linda regresó la semana siguiente. Priska se había pasado del UCI a una habitación normal en el hospital. Linda y ella tuvieron una breve conversación sobre los detalles de sus propias decisiones y condición médica antes de que Linda permitiera que el tema volviera a la bebé.

—¿Cómo está la bebé? —ansiosamente preguntó Priska—. ¿Cómo está Ehani? —Ya le había escogido un nombre a su hija, aunque aún no se había registrado. Ehani significa “canción”, y ambos ella y Asherwaud habían decidido que este sería su nombre si su bebé fuera niña.

—Ella tiene unas complicaciones —Linda hizo el intento de darle las nuevas de manera suave—. Aún no ha respondido, ni ha abierto los ojos.

—Pero ya han pasado tres semanas. —Los ojos de Priska se

abrieron sorprendida—. ¿Todavía sigue sin responder?

—La placenta se desprendió la noche del trauma, y tu hija quedó sin oxígeno un tiempo prolongado. Causó daño permanente. Si ella vive, siempre tendrá problemas. —La voz de Linda era maternal y dulce—. Lo siento mucho, Priska.

—Pero... ¿no responde? ¿Mi Ehani está atrapada en un cuerpo que no responde? ¿Con una mente que no funciona?

—Eso no lo sabemos —le advirtió Linda con cuidado—. No sabemos de su mente o cómo se desarrollará con el tiempo. Sin embargo, sí, su mente se dañó por la falta de oxígeno. Le han diagnosticado parálisis cerebral.

—¿Yo no quiero que ella sufra así! —La mente de Priska se rebelaba en contra de lo que acaba de oír—. No quiero que ella esté atrapada en un cuerpo que no funciona. Quiero que la dejen ir a los dioses. Será mejor para ella.

Ella no había visto nunca a su preciosa hija, sin embargo, en el corazón sabía que no deseaba que sufriera constantemente. ¿Dónde estaban los dioses? ¿Por qué no habían protegido a su hija?

—Lo siento. Me temo que sea demasiado tarde para tomar esa decisión —Linda dijo con firmeza—. Ayer le quitaron el respirador artificial. Ella ahora está respirando sola.

Priska suspiró:

—Debe entonces ser la voluntad de los dioses. ¿Cuál es el camino ahora? ¿Está ella sufriendo dolor?

—Ella está tranquila y muy bien cuidada. El personal la tiene muy cómoda. Sé que esto debe ser muy difícil para ti. —Linda extendió la mano y tocó la suya suavemente—. Hay otras cosas acerca de tu hija que debemos dialogar. ¿Crees que vas a querer criar a tu hija?

Priska se sorprendió y miró confundida al rostro de la trabajadora

social.

—¿Es esa una pregunta?

—Tú estás en condiciones de tomar decisiones para tu hija, tan pronto como podemos finalizar el papeleo. Si te sientes preparada —añadió apresuradamente.

—Yo quiero cuidar a mi hija— Priska dijo con firmeza.

—Hace tres semanas no tenías la capacidad de tomar decisiones para tu hija, así que el gobierno intervino y a ella la pusieron en el sistema de los servicios sociales. Si decides que quieres cuidar a tu hija, tendrás todo el apoyo que podemos ofrecer. Sin embargo, si decides colocarla con una familia, una agencia llamada “La cuna” ya está implicada en su caso. Ellos hacen un maravilloso trabajo de asegurar que los niños hallen hogares amorosos. Toma tiempo para pensarlo. Solamente queremos que entiendas todos los hechos para poder tomar una decisión informada.

—Es mucho que decidir —Priska vaciló—. Me cuesta creerlo. Esto no era lo que imaginaba...

—Lo entiendo —Linda dijo con compasión—. Y lo siento mucho.

Priska hizo un nudo con el borde de la sábana.

—¿Y mi esposo? —Ella miró el rostro bondadoso de Linda tímidamente—. ¿Está él...? —Ella vaciló—. ¿Él está... bien?

—Lo tienen en una institución mental. Tú estás segura aquí, Priska. Te lo aseguro.

—Me preocupo por él. —Los ojos oscuros de Priska se llenaron de lágrimas—. No entiendo lo que sucedió aquella noche. Ese no era él. Realmente no era. Él me amaba. Él amaba a nuestra bebé. Mi esposo nunca haría tal cosa. ¿Qué fue lo que sucedió?

—Los médicos dicen que fue un desbalance psicótico —explicó Linda con voz suave—. No se esperaba, ya que no había historial de

enfermedad mental en su familia, y no entienden por qué sucedió.

—¿Sabe él de Ehani?

—Sí, sabe.

—¿Y qué dice al respecto? —Priska se enjugaba las lágrimas que insistían en caer.

—Él está profundamente arrepentido. No tenía idea de lo que estaba haciendo en el momento en que sucedió —Linda dijo con voz suave—. Él expresó su profundo amor por Ehani y su tristeza por su condición.

—¿Hay posibilidad de que se recupere? —El corazón de Priska sentía una mezcla confusa de compasión y temor.

—Él está muy inestable, aunque tiene momentos de lucidez. Dentro de un tiempo enfrentará un juicio.

—No puedo regresar... —comenzó a decir Priska. Luego se detuvo.

—Nadie espera eso de ti. Él probablemente pasará un largo tiempo detenido —le aseguró Linda.

—Pero él no es así. Sucedió algo extraño. —Priska sacudió la cabeza como para ordenar los pensamientos.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó de repente. Casi se le había olvidado que su madre venía pronto.

Linda se fijó en su reloj:

—Es el 19 de enero de 2017.

—Mi madre llega el 21 — recordó Priska—. ¿La puedo llamar? Ella deseará venir a verme aquí.

—Yo me encargaré de hacerlo —le prometió Linda—. Tengo que irme, pero volveremos a hablar. Piensa en lo que hemos dialogado. Y descansa, querida. Lo mejor que puedes hacer en este momento es cuidarte y recuperarte. —Linda le acarició el hombro y salió de la habitación.

Por la ventana del hospital, Priska vio un pedacito de cielo nuboso. El corazón le dolía y deseaba regresar a su hogar en Nepal. ¿Por qué había venido a Nueva York? Quizá nada de esto habría sucedido si no hubieran venido a América. Quizás había sido la presión del cambio de cultura y la carga de una familia que habían impulsado a Asherwaud a hacer lo que hizo.

En la UCIN de Bellevue del piso arriba estaba Ehani, sin responder y sentenciada a una vida de severas discapacidades. Priska no sabía cómo podría enfrentar la realidad. Tanto habían esperado y amado a esta bebé, sin embargo, ahora su Raia ya no estaba “vivo”. En alguna celda estaba el mentalmente enfermo reemplazo del hombre que ella amaba. Su mundo entero se había derrumbado. Las preguntas parecían no tener fin, sin embargo, eran pocas comparadas al mar de angustia que rugía en su corazón roto y cuerpo desbaratado.

En medio de la nube de dolor y decisiones, las notas de su última composición comenzaron a tocar en la mente. Suave y tranquilizante, la música le llenó el alma mientras repasaba aquellos momentos de gozo que había experimentado al componerla. Ella todavía tenía su música. Se había atrasado en los exámenes finales; sin embargo, ciertamente le concederían gracia por eso. Ella hablaría con los profesores para ver cómo podría reponerlos. Un poco de esperanza iluminó la tristeza en su vida. Gracias a los dioses, no la habían despojado de su carrera. Ella podría vivir para la música.

Capítulo cinco



—**iM**amá! — exclamó Priska—. ¡Ya llegó!
—¡Priska! ¡Mi Priska! —Su madre la abrazó con ternura, y Priska cedió a su fuerza; las lágrimas de ambas fluían libremente.

—Mamá, siéntese. Su viaje ha sido muy largo. —Priska señaló la silla junto a su cama.

Ella notó que los ojos oscuros de su madre acusaban preocupación. Había muchas preguntas que ella había anhelado hacer durante todo el viaje de veintinueve horas desde el otro lado del mundo hasta llegar al lado de su hija.

—¿Priska, estás bien?

—Sí, mamá. Estoy bien. Estaré bien.

—Pero ¿tu salud, hija? ¿Te recuperarás? ¿Qué dicen los médicos?

—Recobraré mi salud, mamá. Solamente necesito descansar. En algún momento tendrán que hacer otra cirugía para reconstruir

mi rostro, pero eso será más adelante cuando yo esté más fuerte. Ahora hablemos de usted, mamá. Debe estar muy cansada por el viaje tan largo.

—Por favor, hija. No te preocupes por mí. Yo estoy bien y soy fuerte. Soy tu mamá. —La sonrisa en el rostro fuerte de Simrika le causó risa a Priska.

—Ay, mamá. Estoy tan contenta de que usted esté aquí conmigo.

—Yo también, hija. —Ella acarició la mano de su hija.

—¿Ha comido, mamá? Debe tener hambre.

—Comí esta mañana. No tengo hambre, hija. ¿Cómo está la bebé?

Priska vaciló. Ella y la madre se dirigieron una mirada, pero Priska apartó la vista. Esto iba a ser más difícil de lo que ella había creído. Había esperado para contarle a su madre de lo sucedido hasta que llegara, aunque le había hablado por teléfono para decirle que había sufrido un accidente y que estaba en el hospital. Además, le había dado su dirección y el número de la sala. Mamá tanto había esperado esta nieta.

—Mamá, su nombre es Ehani.

—Ah, ¡es una niña! —su madre exclamó con gozo—. ¿Dónde está, Priska? Deseo conocerla.

—Mamá —Priska comenzó a decir con valentía—. No fui la única herida esa noche...

—Priska, ¿ella también? ¿Nuestra Ehani?

Priska solamente pudo asentir. No le salía palabra alguna por el nudo que se le había formado en la garganta. Ella tragó con dificultad.

—¿Qué sucedió? —La voz de su madre sonaba queda y asustada.

—Mamá, ella no será normal nunca. Se le dañó el cerebro; casi no sobrevivió.

Simrika quedó inmóvil. Priska no aguantaba verle el rostro a su madre, que estaba sentada en silencio, anonadada.

Entonces, una vez más sintió cómo Simrika la abrazaba con fuerza. El dolor que ella había estado suprimiendo en su interior durante días salió de golpe cuando sintió la compasión y el dolor de su madre. Se apoyó en ella y rompió en grandes sollozos. Juntas lloraron por Ehani, por ellas mismas y por su familia que nunca volvería a ser igual.

Después de un rato, lograron componerse. Simrika se sentó cansadamente en el borde de la cama hospitalaria, la cabeza de Priska apoyada sobre su hombro.

—Mamá, dijeron que mañana la podremos ver.

—Iremos juntas —prometió Simrika. Ella apretó la mano de Priska—. Haremos todo juntas. Ya no estás sola, hija.

—Gracias, mamá. No sé qué hacer ni qué pensar. Nada tiene sentido. Sin embargo, por causa de Ehani, tendremos que tomar una decisión.

Durante días, Priska había estado luchando con el dilema de su hija. Ella dudaba que le pudiera dar una buena crianza. Sentía que no podía enfrentar criar una niña con severas discapacidades. Por lo menos por ahora no. Sin embargo, la otra opción parecía igualmente difícil. ¿Dar a su única hija en adopción después de todo lo que habían enfrentado? Le rompía el corazón. “Quizá mamá me pueda ayudar a tomar una decisión”.

Le dieron de alta a Priska la siguiente mañana. Esa tarde, ella y su madre se dirigieron a la unidad de cuidados intensivos neonatales. Linda, la trabajadora social, las había preparado para lo que encontrarían. Ella también estaba presente para dar su apoyo, y su rostro sonriente les dio fortaleza a los nervios de Priska. Ella estaba ansiosa y débil, sin embargo, trató de no demostrarlo. Esa

no sería la reacción apropiada al conocer a su propia hija. Ella le sonrió débilmente a su madre mientras siguieron a la enfermera a través de las puertas pesadas.

—Esta es tu hija. —La enfermera las había guiado hasta una incubadora en el extremo de la sala—. Sin duda, es luchadora.

La enfermera extendió la mano y ajustó un monitor, luego se apartó para darles más espacio.

Temerosa, Priska le echó un vistazo a la incubadora. El corazón se le calmó al instante. Ella no estaba segura qué había esperado, sin embargo, su bebé parecía completamente normal. Priska se quedó absorta observando al pequeño rostro durmiente con labios rojos y piel morena. Cuidadosamente, tocó el mechón de pelo negro de su hija.

—Ehani, soy mami —susurró—. Ehani, estoy aquí. Te amo.

Priska estaba a punto de llorar. Ella rara vez lloraba y detestaba mostrar tanto sus emociones; sin embargo, no tenía la fuerza en el momento para suprimirlas.

Al instante, su madre la abrazó.

—Tu hija es hermosa, Priska. Nuestra Ehani es hermosa, gracias a los dioses —dijo en voz baja; luego extendió la mano para acariciar con ternura el puño de la bebé—. Soy yo, pequeña, tu *Natini*.¹ Nosotras ya llegamos, Ehani. Estamos contigo.

Cuando salieron del hospital una hora después, la aguanieve les golpeaba la cara.

—Podemos ir en taxi al apartamento —Priska dijo cansadamente. Ella le hizo señas a un auto amarillo, y después de que su madre se había subido, se dejó caer tiesamente en el asiento y lentamente cerró la puerta. Todavía se estaba sanando, y todo el cuerpo

¹ Término de la abuela hacia la nieta en nepalí

le dolía por el esfuerzo del día. Recostó la cabeza en el respaldar del asiento y cerró los ojos.

Justo cuando se estaban bajando del taxi afuera de su apartamento comprendió que era la primera vez que regresaba desde el accidente. Al subir las escaleras tan conocidas, una ola de emociones confusas la invadió.

¿Realmente solo hacían unas pocas semanas desde que ella y Asherwald habían subido estas mismas escaleras, riendo y hablando? Ella dio un largo y tembloroso suspiro y se detuvo en la puerta. ¿Podía reanudar la vida? ¿Qué hallaría adentro?

—Dame la llave, Priska. —Con ternura, su madre tomó la llave de su mano y la metió en la cerradura. Le dio vuelta y abrió la puerta.

Priska encendió la luz.

—Bienvenida a mi casa, mamá. —Ella trató de hablar con voz alegre. ¡Tanto había esperado este día! Al fin tenía a su madre en su apartamento en la bulliciosa y moderna ciudad de Nueva York—. ¿Puedo hacerle una taza de té?

—No hagas nada, hija. Acuéstate en el sofá, y yo te haré la taza de té —declaró Simrika con firmeza.

Demasiado agotada como para oponerse, Priska tambaleó hasta el sofá y se quitó los zapatos.

Le dolía la cabeza y tenía la mente nublada por el dolor. ¡Ella estaba tan agradecida de tener a su madre al lado!

—La tetera está en la cocina, y hallará el té en la alacena —murmuró—. Gracias, mamá.

Agotada, Priska se durmió hasta que su madre le trajo las tazas de té nepalí con especias en un plato. El olor era cálido y vigorizador. Simrika le ayudó a sentarse y le alcanzó una taza caliente. Ella la tomó en las manos dolorosas, y respiró profundamente.

Su madre se sentó en un sillón reclinable en frente de ella con otra taza de té. Ella le sonrió con ternura y Priska le devolvió la sonrisa.

—Me ha hecho falta tomar té con mi única hija.

—Ay, mamá. Estoy tan contenta de que esté aquí —suspiró Priska.

—Yo también, hija. Tan agradecida. —Simrika no le contaría nunca de las manchas de sangre que había visto en el piso del pasillo ni del desorden en la cocina. Estas cosas le contaban la historia de su hija de una manera que las palabras jamás podrían.

Más tarde esa noche, cuando Priska se fue a bañar, le entró el pánico. El corazón le latía rápidamente mientras ella trataba de suprimir el fuerte dolor que amenazaba ahogarla. Las manos se le hicieron puños y ella recostó la cabeza contra la pared para no caerse.

—No puedes empezar así —se regañó—. No puedes ni siquiera pensarlo. Tienes que superarlo.

Priska se preguntaba si alguna vez podría volver a disfrutar la vida. El dolor en su interior le presionaba los pulmones y la llenó de ansiedad hasta quitarle la respiración. “Ay, ¿por qué los dioses lo han permitido? ¿Qué mal cometí para que ellos permitieran que me tocara tan mala suerte?”

La noche pasó sin descanso. En medio de pesadillas y dolor físico, Priska durmió por lo agotada que estaba.

Capítulo Seis



Llegó la mañana con su débil sol de invierno. Priska se despertó ante el sonido consolador de su madre en la cocina. Tiesamente dio una media vuelta en la cama y se incorporó. Bostezó, y echó un vistazo al dormitorio tan conocido y se llenó de profunda tristeza.

—Asherwald —susurró con dolor—. Raia, te extraño.

Mecánicamente, Priska se puso una bata y las pantuflas verdes favoritas. De repente sintió fuertes náuseas. Corrió al baño y vomitó. Se lavó la cara con agua fría y se miró el rostro magullado en el espejo. El rostro acusaba claramente la angustia que reflejaba sus sentimientos internos. “No puedes desmoronarte”, decía para sí con desesperación. “Tienes que ser fuerte, Priska. Es tu deber”.

Ella decidió buscar compañía. Le llegó el olor agradable y cálido

de *chapatis*¹ y el fuerte olor de las especias del té cuando entró en la cocina.

—Buenos días, mamá.

Su madre se volvió de la cocina con una sonrisa y con ternura le besó la mejilla.

—Buenos días, *Chori*.² ¿Lograste dormir?

—Sí, dormí. ¿Y usted? ¿Siente el desfase horario? —le preguntó con una liviandad forzada.

—Dormí bien. En mi vejez duermo mucho —Simrika se rio—. ¿Tomamos té?

Priska se sentó a la mesa y su madre le alcanzó una taza caliente. Entrelazó los dedos alrededor de la taza y luchó por suprimir las náuseas. El té probablemente le ayudaría si tan solo lograra tomarlo.

Simrika puso un plato de *chapatis* calientes en la mesa y se sentó con su propia taza de té.

—Me alegro tanto que podamos comer buena comida nepalí aun en la ciudad de Nueva York —comentó al tomar el té.

Priska se rio y el nudo doloroso en su vientre pareció relajarse.

—Ay, mamá. El mundo no es tan grande. Cualquier lugar llega a ser nuestro hogar si llevamos el hogar con nosotros.

—Quizá tengas razón. —Su madre tomó un bocado de *chapati* mientras meditaba—. Sin embargo, yo prefiero vivir en Nepal. ¿No quieres volver a casa conmigo?

Durante un momento, la pregunta permaneció sin respuesta. Luego Priska lentamente negó con la cabeza.

—Mi mundo consiste en mi música, mamá. Yo me graduaré; no hay razón por qué perder esta oportunidad.

—¿Estás segura de que puedes, *Chori*? Tu salud es frágil y tu

¹ Pan sin levadura de la India

² Referencia de afecto hacia una hija en nepalí

mente está herida. Aun si los dioses están contigo, debes cuidar de tu salud. Es tu responsabilidad.

—Lo sé, mamá. Sin embargo, todo lo demás se ha perdido. No puedo perder esto también. ¿Realmente cree que papá quisiera que yo eche a perder todo lo que él ha soñado para su hija?

Simrika se encogió de hombros.

—Tu padre pone demasiado énfasis en la educación. Yo únicamente me preocupo por ti. No entiendo tu pasión, ni la de tu padre. Lo único que quiero es que tú estés bien y a salvo. Eso es vida para mí. ¡Tú eres mi mundo, *Chori!*

—Lo sé, mamá. Y me da vida tenerla a mi lado. Su amor me ha ayudado a seguir adelante. —Priska hizo una pausa y vaciló—. Con todo, no puedo abandonar mi música. Si lo hago, moriré. Aparte de usted y papá, es lo único que me queda. —Su voz se entrecortó de tristeza.

—¿Y Ehani? —su madre preguntó con mucha tristeza. Priska entendía que su madre estaba desilusionada.

—Ehani siempre será mi hija, mamá. Sin embargo, ella nunca será normal. Probablemente siempre necesitará de cuidados médicos extensivos, y su mente quizá ni esté con nosotros. No podemos saber el grado del daño que se hizo.

—Por esta razón necesita cuidado especial, *Chori* —dijo mamá con firmeza—. Ella necesita de todo el amor que le podamos dar.

—Mamá, ¿realmente cree que yo la puedo cuidar? ¿Realmente cree que yo puedo ser la madre que ella necesita? Ella ya no tiene padre. Quizá nunca tenga una vida, en realidad.

—Quizás yo la podría criar —respondió Simrika dudosamente.

—Yo lo pensé —dijo Priska con tristeza—. Sin embargo, usted conoce la vergüenza en nuestra cultura y sabe que no la podemos llevar a Nepal. Aun si quisiera cuidarla, no sería lo mejor para ella

ni para usted. Ella no tendría ventajas.

—Entonces, ¿qué opciones hay, hija? —su madre miró su taza de té con mucha tristeza.

—¿Qué piensa de la adopción, mamá? La trabajadora social me dijo que hay muchas familias aquí que están dispuestas a recibir a los niños discapacitados. Dijo que hasta puedo estar en contacto con Ehani y recibir fotos e informes de los padres adoptivos.

—Ella es *de nosotros*, Chori. Esto sería muy difícil. Sin embargo, quizá sea la voluntad de los dioses. Quizá no es para mí tener en los brazos a la bebé de mi hija. Quizá los dioses estén disgustados con nosotros.

Con tristeza Priska contestó:

—Quizás es solo un acontecimiento de la vida. No creo que los dioses se interesen tanto en una niña discapacitada, mamá. ¿Por qué se molestarían?

—Quizá tienes razón. —Simrika suspiró y luego fue a lavar los platos, indicando que la conversación había terminado.

Priska observó a su madre mientras entraba en la cocina como si cargara el peso del mundo entero sobre los hombros. Resistió el impulso de llorar y se fue a vestir. Ellas esperaban ver a Ehani en el hospital antes de una reunión en la tarde con la trabajadora social para dialogar su futuro.

El cielo estaba encapotado otra vez cuando tomaron un taxi al Hospital Bellevue. Había mucho tráfico y el viaje duró más de lo normal. Por la ventana, Priska observaba las calles congestionadas. Estaba enojada. La vida era tan injusta —tan terriblemente injusta—. ¿Por qué tuvo que suceder esto cuando todo marchaba tan bien? Ahora, en un momento, sin explicación alguna, su vida entera se había derrumbado. Ella deseaba gritarles a los dioses. Pero ¿qué caso tendría? Probablemente ellos también estaban enojados.

Y no había nada que ella pudiera controlar sino su música. Ella no iba a permitir que le quitaran eso.

Ehani seguía en la misma condición que el día anterior, rodeada de muchos cables y tubos, su carita quieta y relativamente tranquila.

—¿La podemos sostener en los brazos? —preguntó Simrika impulsivamente.

Priska se volvió, sorprendida:

—Mamá, quizás esa no sea buena idea. No debe encariñarse demasiado.

Las palabras cortantes de Simrika le llegaron:

—¡Ella es de nosotros, *Chori!* Quizá decidas dársela a otro para que la cuide, sin embargo, en este momento es de nosotras. Quiero sostenerla en los brazos mientras pueda.

—Lo entiendo —respondió Priska. Ella suspiró, derrotada—. Mamá, yo la amo. Solamente deseo lo mejor para todas nosotras.

Simrika no respondió, sino que se volvió a la enfermera:

—¿Se me permite abrazar a mi nieta?

—Sí, claro —dijo la enfermera, sonriente—. El contacto personal le haría bien. Siéntese en aquel sillón reclinable y se la llevaré.

Su madre no presionó a Priska a hacer lo mismo, y Priska estaba agradecida. Ella realmente amaba a su hija y esperaba que su madre lo notara. Sencillamente no sabía qué sería lo mejor para su hija. No quería encariñarse solamente para dársela a otro y hacer que la niña sintiera que su madre la había abandonado. Quizá si nunca la sostenía en los brazos no supiera lo que se estaba perdiendo.

Cuando pusieron a su hijita en los brazos de Simrika, Priska no podía sino observar la mirada de puro amor que acusaba el rostro de su madre. Ella se volvió con los ojos bañados en lágrimas. Esto era demasiado difícil. En ese momento, ella comprendió que aún si después se lamentara, ella quería sostener en los brazos a su hija.

—¿Se me permite sostenerla en los brazos en seguida? —preguntó calladamente.

—Por supuesto —acordó la enfermera—. Si estás segura de que lo quieres hacer.

—Estoy segura —dijo Priska con lágrimas.

Unos momentos después, al recibir en los brazos a Ehani, el corazón de Priska se derritió. Parecía que el cuerpo pequeño e indefenso de su hija se concibió para el calor de su regazo. Abrazó a la bebé y derramó unas lágrimas en su suave cabello negro.

—Mi Ehani, mamá te ama mucho —susurró en una voz entrecortada.

De alguna manera, Priska logró suprimir el torrente de lágrimas que escondía. Sentía que podría llorar para siempre con su hija en los brazos.

¿Cómo pudo haber tanto cambio en tan poco tiempo? ¿Y cómo podría ella regalar a su preciosa hija?

Unos veinte minutos más tarde, cuando Ehani estaba en la incubadora de nuevo sin incidencia, Priska y su madre se despidieron de la bebé y fueron a encontrarse con Linda en la cafetería.

Después de un diálogo durante el almuerzo sobre las ventajas y desventajas de la adopción, Priska sentía que una guerra se libraba en el interior.

—Tienes tiempo para decidir. Sin embargo, entre más pronto lo hagas, mejor será para tu hija —Linda le dijo en voz baja—. Ella ya tiene un mes, y es importante que tenga tiempo de encariñarse con su nueva familia.

Esa noche en casa, Priska luchó hasta las horas de la madrugada. El dolor y la tristeza que acusaban los ojos de su madre durante su conversación esa tarde volvían a atormentarla. De repente, una imagen del rostro enfurecido de Asherwaud cruzó sus pensamientos

y ella rápidamente la alejó. Pensó en Ehani, tan dulce e indefensa, descansando en su cama en el hospital. El dolor en su corazón se profundizó más de lo que ella creía posible. Era aterrador ser madre y no saber qué hacer.

Sin embargo, en su lucha, ella reconocía que ni a ella ni a Ehani les iría bien si ella la criaba. El trauma que conectaba sus vidas era demasiado grande. Las necesidades de Ehani serían suplidas mejor por una familia segura con un padre que la podría proteger y una madre que no sentiría dolor cuando la mirara. Ella no podía finalizar la decisión esta noche, sin embargo, en su interior ya la había tomado. Solamente necesitaba tiempo para cobrar el valor de soltar a su hija.

Capítulo Siete



Priska se sentó con la cabeza apoyada en las manos. Tenía tanto en qué pensar que le cansaba. En otra reunión con Linda esa mañana, ellas habían repasado el perfil de más de una docena de familias adoptivas.

Ella había escogido dos opciones, mayormente porque eran las únicas familias que recibirían a un niño con necesidades tan severas como las que Ehani iba a tener. Sin embargo, la segunda razón era que Priska deseaba que fuera una familia de fe. Eso había eliminado a varias parejas de sus opciones. Sin embargo, ¿cómo hacía uno para decidir tales cosas? Aun con solamente dos parejas, el futuro de su hija dependía de su decisión.

Priska volvió a reflexionar sobre su propia niñez. Tanta dificultad y a la vez tanta seguridad. Ahora, ella estaba fallando en proporcionar esa seguridad para su propia hija. Las circunstancias habían prevalecido de maneras que ella no podía controlar. Sin embargo,

gracias a los dioses, por lo menos podía controlar un poco el futuro de su hija.

Priska estudiaba el perfil de una joven pareja de su estado de residencia de Nueva York. Ehani no tendría que viajar muy largo si escogía a esta pareja. Con una casa espaciosa en una zona residencial, esta pareja latina había decidido aumentar a su familia por medio de la adopción.

Matías y María Diego parecían simpáticos y amables en las fotos y en su carta a “la querida madre biológica”.

“Quizás ellos sean la primera familia que debería entrevistar”, pensó.

El segundo perfil era de una familia de Idaho. Por razones que ella no podía explicar, se sentía atraída a esta familia desde el momento en que vio su fotografía. Quizás era la manera extraña en que la familia se vestía que primero le captó la atención. Paul y Annette King eran cristianos, y parecía que su cristianismo era un estilo de vida, no solamente palabras.

Priska había entendido todo esto por los vestidos largos y el velo que usaba Annette en las fotografías. Al repasar su perfil, se dio cuenta de que ellos amaban a Dios y a los niños. Tenían dos hijos biológicos, Cynthia y Nathaniel. Notó que los ojos azules de Paul acusaban consideración y amabilidad. La sonrisa de Annette le decía a la mente perceptiva de Priska que ella sabía nutrir y que no se rendía fácilmente. ¡Ella también amaba la música! Con todo, ella puso a un lado el perfil. Necesitaba pensarlo más.

Otros asuntos habían surgido para complicar aún más el proceso. Necesitaban que Asherwald firmara, entregando sus derechos paternales para finalizar la adopción. Linda le contó a Priska que Asherwald estaba visiblemente aliviado cuando oyó que su hija estaba con vida y que él había sugerido que quizá su madre

podría venir para criar a su hija.

Sin embargo, había poco que él podía hacer mientras estaba en la cárcel, y en su frágil estado mental, luchaba por razonar lo suficiente para procesar las situaciones complicadas. Priska les rogaba a los dioses que él sencillamente cooperara y firmara los papeles. Haría tanto más fácil su trabajo. Su hija vulnerable necesitaba un hogar estable con una madre y un padre fuerte. Priska seguía diciéndose que fuera lo mejor.

Esa noche, después de despedirse de su hija con un beso, salió de la UCIN y tomó un taxi hasta su apartamento. Su madre la esperaba con un delicioso té de leche y especias, junto con *momos* y curri de pollo. El apartamento resplandecía de limpio, y Priska notó que su madre había pasado todo el día cocinando y limpiando.

—¿Cómo está nuestra Ehani? —preguntó Simrika mientras comían.

—Creo que está bien. Su salud está estable, aunque todavía no responde.

—¿Y tú, mi *Chori*? Sabes que debes cuidar tu propia salud. — Los ojos oscuros de Simrika acusaban preocupación.

Priska se encogió de hombros cansadamente.

—Mamá, no podría pasar esto sin usted. Ha sido tan maravillosa con la cocina, la limpieza y el amor que muestra a Ehani. Realmente estoy bien; por favor no se preocupe. Me hace falta una última cirugía dentro de dos meses, pero aparte de eso me he recuperado casi del todo.

Priska no mencionó su constante dolor y fatiga ni las pesadillas que la hacían despertar empapada de sudor muchas veces durante la noche. Eso era un asunto que ella y los dioses tenían que tratar. Ella no le iba a causar más preocupación a su madre.

—¿Has oído de papá?

—Hablé con él hoy. Él está preocupado por ti y por Ehani. Desea que ambas regresen a casa conmigo —dijo Simrika—. Él anhela conocer a su nieta. Al fin y al cabo, es nuestra primera nieta. Con todo, no debemos hablarlo ahora; tú estás cansada y el tema es demasiado difícil. Si bien no puedo soportar esta dificultad, supongo que debemos aceptar la voluntad de los dioses.

Priska oyó el dolor agudo y el fatalismo en las palabras de su madre. Se estremeció cuando entró en razón, reconociendo que había pensado en sí misma, en Asherwaud y en mamá en relación con Ehani. Sin embargo, no había pensado en su padre. Su padre, tan bueno, fuerte y amable que había trabajado para que sus sueños se hicieran realidad. Siempre la había amado y protegido, sin embargo, no la había protegido de esto. Tampoco había podido proteger a Ehani. Ahora estaba perdiendo a su primera nieta sin nunca haberla conocido.

El dolor de la situación le cayó como una piedra en el estómago. La comida que había olido tan fragante hacía unos momentos, ahora le parecía cascajo en la boca, y ella hizo el plato a un lado.

De repente, dijo:

—Tengo dolor de cabeza, mamá. Iré a descansar.

En silencio, su madre la observó mientras se alejaba y luego se ocupó con fregar los platos. Desde pequeña, Priska había preferido enfrentar los problemas de la vida a solas, y su intuición de madre le decía que esta situación no era diferente. Ella derramaba lágrimas en el agua caliente mientras fregaba los platos y echaba la comida casi sin tocar en la nevera.

Pasaron varios días, y Priska sabía que debía tomar una decisión respecto a la adopción, pero sentía angustia cada vez que intentaba hacerlo. Finalmente, escogió a Matías y María, quienes parecían una buena opción.

Afortunadamente, Asherwaud había decidido firmar los papeles de consentimiento. Priska sabía que probablemente era lo más difícil que alguna vez había hecho. Ella sabía que él amaba a su hija. Ella sentía su pérdida al igual que la suya propia. Sin embargo, sentía paz con su decisión de entregar a Ehani a Matías y María. Al igual que Ehani, ellos tenían la piel más morena que la mayoría de los estadounidenses y parecían ser una pareja establecida y bien ajustada.

Su primera conversación con María rápidamente pasó de tensa a fácil. María hablaba con ternura y tranquilidad, lo que de inmediato agradó a Priska.

—Estoy tan agradecida de que estén dispuestos a recibir a Ehani en su hogar. Realmente anhelo que ella se sienta amada y que esté bien cuidada —le dijo Priska en confianza.

—Pues nosotros estamos ansiosos por tener a una nueva bebé en la familia. Matías y yo siempre hemos anhelado una niña —dijo María con una sonrisa.

Priska vaciló:

—Sé que están dispuestos a llegar a un acuerdo para una adopción sin restricciones.

—Sí, claro —dijo María con entusiasmo—. Realmente queremos que tengas la seguridad de que tu bebé está bien. Además, a nosotros nos gustaría que nuestra hija conociera y fuera amada tanto por su madre de nacimiento como por sus padres adoptivos.

—¿Estarían dispuestos entonces a informarme de su crecimiento y permitir que quizá la visite de vez en cuando? —Priska se relajaba. Ella no iba a tener que cortar los lazos con su hija. Podría recibir lo mejor de ambos mundos.

—Sí, sí. Por supuesto. Queremos esto para ti y para ella —le aseguró María.

El día que Matías y María iban a llegar al hospital para encontrarse con Ehani por primera vez, Priska se despertó con una extraña mezcla de esperanza y temor. En el desayuno, su madre estaba más callada de lo normal y parecía no haber dormido.

—¿Está bien, mamá? —le preguntó Priska.

—No está bien nada, hija. Me temo que los dioses nos hayan abandonado. —Su madre sorbió su té y se encogió de hombros—. ¿Cómo puedo estar bien? Los dioses están entregando mi propia carne y sangre a extraños. Con todo, es como debe ser. No podemos cambiar la voluntad de los dioses.

—¡Ay, mamá! —Priska se mordió el labio mientras movía la taza de té—. Mamá, ellos son buenas personas. Han acordado darle un hogar amoroso a nuestra Ehani. Hasta han prometido que podemos llegar a visitar. Piense, mamá. Ella no estará perdida. Sigue siendo de nosotros.

—Lo siento, *Chori* —suspiró su madre—. Lamento tener tan poca fe. Es que no puedo entender el porqué de todo esto. Por supuesto, tienes razón. Quizás el hecho de que estas buenas personas cuiden de nuestra Ehani sea la sonrisa de los dioses sobre nosotras.

—Tenemos que ser fuertes, mamá. Debemos aceptar la realidad y seguir con la vida.

—Tienes razón, mi *Chori*. Perdóname por hablar así; no volveré a tocar el tema.

Terminaron de comer en un triste silencio. Después de ordenar el apartamento, salieron hacia el hospital.

Esa tarde en la UCIN, por primera vez las enfermeras le presentaron a María su futura hija. Linda luego le relató lo sucedido a Priska.

—Ella no soportó ver todos los cables, tubos y monitores. Estaba

tan deshecha que salió llorando de la habitación. Le habíamos dicho que la niña tenía ‘discapacidades graves’, pero parece que no esperaba esto.

Priska estaba perpleja.

—¿No le puedes dar consejería o algo? No la culpo por sentirse sorprendida, sin embargo, espero que esto no sea un gran problema.

Linda suspiró:

—Lo siento mucho, Priska. La agencia no se siente bien en unir a Ehani con esta pareja.

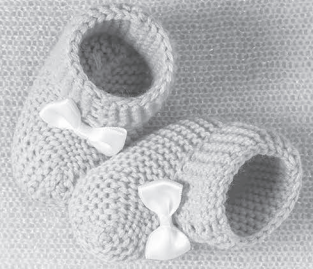
—Pero yo quiero que ellos cuiden a Ehani —persistió Priska—. ¿Por qué no podemos resolver esto? Es tan difícil escoger a una familia, y no creo que lo pueda volver a hacer. María puede aprender a amarla. Yo lo sé, pues lo aprendí.

—La agencia ha tomado la decisión, dijo Linda. —Ellos sienten que no sería conveniente ni de beneficio ponerla en ese hogar. Es una dicha que sucediera desde el principio. Tú necesitas a alguien que acepte la condición de tu hija. Esto será muy importante al fin, ¿no crees?

—Por supuesto, tienes razón —Priska asintió tristemente.

“¿Qué tendré que enfrentar ahora?”, se preguntó.

Capítulo ocho



—Sí, eso es lo que quiero —Priska apretó el teléfono mientras escuchaba las palabras de Annette. Una semana había pasado desde aquel fatídico lunes cuando la familia adoptiva no pudo recibir a Ehani. Priska había decidido entregar a su hija a la segunda opción original que había considerado. Sin embargo, todavía no estaba del todo segura.

—Sí, realmente deseo una adopción sin restricciones si es posible —le dijo a Annette—. Informes y fotografías. Y quizá la quiera visitar al crecer.

—Sí, nos gusta una adopción sin restricciones —le aseguró Annette—. Nos encantaría que permanezcas activa en la vida de tu hija.

Priska sintió que suspiraba de alivio, sin embargo, también tenía dudas. La familia King parecía una pareja muy dulce, pero el rechazo de la pareja anterior la había asustado.

—Quiero considerar unas parejas más —le dijo a Raya, una trabajadora social, cuando se encontraron un miércoles por la tarde. Sin embargo, después de dialogar un rato, ella llegó a ver las cosas con más claridad—. Creo que posiblemente escogeré a la familia King como los padres de mi hija —le dijo al concluir la reunión.

—Es muy positivo que estás llegando a una decisión —la animó Raya—. Cuanto más pronto se presenta tu hija a su familia adoptiva, más rápido podrá irse a casa y establecerse. Ella está lista para salir del hospital en cualquier momento. Confía en lo que te dicte el corazón y me avisas lo que decides.

Pasaron el jueves y viernes sin llegar a una decisión final.

—Quiero ver unos cuantos perfiles más —le dijo a Raya.

—Tienes que tomar la decisión —le dijo Raya con firmeza—. La familia que escojas necesitará tiempo para hacer planes de viaje, y a tu bebé ya le han dado de alta. Aquí hay varios perfiles más, sin embargo, no coinciden muy bien con tu criterio original.

—Siento que necesito más tiempo —insistió Priska—. Sencillamente no me puedo decidir.

—Está bien, pero pronto tienes que tomar una decisión —le recordó Raya—. Trata de darme una respuesta para el fin de semana.

—Haré todo lo posible —le prometió Priska.

El sábado por la noche tuvo repetidas pesadillas en las que Asherwaud secuestraba a su hija. Sin embargo, en sus sueños no podía alcanzarlo ni rescatar a su hija. Priska se despertó sintiéndose indefensa y angustiada.

“¿Reflejan mis sueños mis sentimientos respecto de la adopción?”, se preguntaba. Sin duda, Asherwaud le había robado la vida a su hija. Ella permanecía en la oscuridad y agonizaba, preguntándose cómo iba a tomar la decisión correcta.

Las horas pasaron lentamente el domingo. Ella estaba angustiada de corazón, e incluso cuando trataba de enfocar sus tareas de música, descubría que no podía. Por último, alzó la mirada y sacudió la cabeza con tristeza.

—Vayamos al hospital, mamá. Aquí no puedo pensar. Todo aspecto de esta situación me está atormentando.

—Mi *Chori*, es tan difícil —Simrika se vistió con un pesado abrigo y se envolvió la cabeza con un pañuelo amarillo.

Priska recogió su bolso que estaba en el mostrador y salió por la puerta.

—Mamá, ¿estoy tomando la decisión correcta? ¡No sé qué hacer! —clamó con desesperación—. No tengo paz. Todo lo que había conocido y creído ya no existe. Mi matrimonio, mi bebé y mi familia. Ay, mama, ¿qué debe hacer la mujer en una situación como esta?

Su madre permaneció en silencio un largo rato. Miró a Priska a los ojos y habló con delicadeza:

—Priska, nadie ama más a Ehani que tú. El vínculo entre una madre e hija es algo poderoso. La madre da su vida por su hijo, y tú naciste para ser madre.

»Eres una buena madre, y hoy estás escogiendo a una familia amorosa para que críe a tu hija y le dé la vida que tú misma no le puedes dar. Sabrás a cuál familia elegir; trata de calmar tus temores y permite que tu amor por Ehani guíe tu decisión. No puedes conocer el futuro; sin embargo, cualquier decisión que tomes, sabrás que has hecho lo mejor que puedes. El amor verdadero no puede hacer más que esto, mi *Chori*.

Para mamá, había sido un largo discurso. Priska nunca la había oído hablar con tan profunda sinceridad. Las palabras entraron en su alma con un calor tranquilizante, tocando los bordes heridos y

apaciguando el dolor y la confusión.

—Tienes razón, mamá; yo sí amo a Ehani. ¡La amo mucho! Y debo tener la confianza en que los dioses me mostrarán lo que debo hacer. —Priska se enderezó.

En el hospital, se sentó junto a la cuna de su hija y observó su hermoso rostro durmiente. Estaba tan tranquila. Tan inocente e indefensa. Ella estrechó la mano y acarició la pequeña mano tri-gueña de su hija. Murmuró:

—Ehani, siempre serás la canción de mi corazón, aun cuando nos separemos. Y mi amor te cantará a través de la distancia. Siempre cantará para ti. Mi amor jamás se agotará, mi preciosa bebé. — Priska derramó unas lágrimas mientras besaba la mejilla gordita de Ehani y jugaba con su abundante pelo negro. Ella aún estaba muy insegura.

El lunes por la mañana, Raya le preguntó a Priska si había lle-gado a una conclusión. Ella respondió:

—Todavía lo estoy pensando.

—Te voy a dar hasta las cinco de la tarde hoy —le dijo Raya—. Si aún no puedes tomar una decisión fija, la agencia tendrá que tomar la decisión en tu lugar. Es urgente que tu hija sea entregada a una familia.

—De acuerdo —suspiró Priska—. Te devolveré la llamada.

Priska observó fijamente la foto de la familia de Paul y Annette. Ella se paseó por la pequeña cocina del apartamento y luego trazó un camino por la sala y luego al dormitorio. Finalmente volvió a llamar a Raya.

—Necesito más tiempo. Dame oportunidad hasta mañana. Por favor.

Raya oyó la emoción en la súplica:

—Esta vez te voy a otorgar tu petición. Sin embargo, no lo

volveré a hacer. Tu hija necesita una familia hoy. No la semana entrante, ¿entiendes?

—Sí, entiendo —Priska admitió.

Esa noche pasó como muchas noches anteriores: con pesadillas y con su dilema como una montaña frente a ella. La siguiente mañana ella se puso el abrigo y salió a caminar al parque cercano. El viento de febrero era helado y, al mismo tiempo, el olor a la primavera se sentía en la brisa. Asherwald y ella siempre habían preferido la estación de la primavera.

Después de pasar un rato en un banco junto a la fuente, Priska se puso de pie, y en ese momento comprendió que debía entregar a su hija a Paul y Annette. De repente, supo que era la decisión correcta. Ella no podía explicar por qué, sin embargo, sentía que era la decisión correcta, y eso era todo lo que importaba. Ella llamó a Raya mientras caminaba de regreso a su apartamento:

—He decidido entregarla a Paul y Annette King...

Capítulo nueve



Annette se acercó el teléfono al oído, y la voz de Raya parecía contenta:
—¿Cómo estás esta mañana? —Annette notó la alegría en la voz de la agente y adivinó cuál era el motivo de la llamada. Se le aceleró la respiración al saludar a la agente de adopción y esperar la noticia.

—Tienen una hija más —anunció Raya.

Las lágrimas le inundaron los ojos a Annette al volverse para ver a Paul, que estaba conduciendo.

—Tenemos una hija —susurró.

—¿De verdad? —sonrió Paul.

—¿Qué hay, mamá? —la voz de Cynthia, de cuatro años, se oyó desde el asiento trasero.

—Baja la voz; tu mamá está hablando por teléfono —advirtió Ashley. Paul y Annette habían traído a Ashley, una joven de la

iglesia, para que les ayudara con los niños. Al parecer, ella hacía bien su trabajo.

Annette continuó su conversación con Raya:

—Está bien, muchas gracias. De acuerdo, nos vemos mañana. Sí, salimos hace varios días y de camino nos detuvimos en varios lugares. Estamos tan contentos de que todo esté confirmado.

Cuando Annette cortó la llamada, se volvió a los que estaban en el asiento trasero:

—Tienes una hermanita, Cynthia.

Los ojos azules de Cynthia se iluminaron y su emoción se notaba, pues hacía piruetas; su trenza rubia daba vueltas rápidas.

—¿Vamos a tener una bebé? ¿Cómo se llama? ¿Cuándo la podemos conocer? —Ella hacía preguntas una tras otra.

Nathaniel brincaba en su asiento cuando su hermana mayor se volvió hacia él y le repitió la noticia.

—Nos van a dar una bebé, Nathaniel. ¡Es una niña!

Nathaniel compartía el entusiasmo:

—Es una bebé. ¡Es una niña!

—Mamá, ¿cuándo la podemos conocer? —repitió Cynthia con ansia.

—Si Dios lo permite, mañana. —Annette sonrió ante la reacción de los niños. Toda la familia había anhelado este día. El proceso de espera, lleno de mucha inseguridad, los había unido y ahora parecía hacer más grande su gozo.



Cuando primero se les dijo que consideraran el caso de Ehani, la familia King no vaciló. Sin embargo, para empezar, habían sido cautelosos en cuáles bebés consideraban como opción. Aunque

siempre habían estado dispuestos a adoptar a un niño con discapacidades, Paul y Annette habían dialogado cuáles situaciones de discapacidades considerarían. Ellos habían negado casi una decena de otras oportunidades de adopción debido a las discapacidades extremas de los niños.

Habían decidido no considerar a los niños con respiradores o severos atrasos mentales. Antes de oír de Ehani, los habían preparado para un bebé en California; sin embargo, no salió el plan.

Annette nunca olvidaría los meses de auto examinación y oración que los llevó a tomar la decisión de adoptar a un niño discapacitado. Solamente Dios pudo haberles dado la paz que les sobrevino al tomar esta decisión, y volvieron a sentir esa misma paz cuando se les presentó el caso de Ehani.

Desde un principio supieron que esta bebé tendría dificultades severas, aunque la naturaleza exacta de sus limitaciones no se podía conocer hasta que fuera más grande. Si bien no podían estar seguros, ellos habían consultado con un médico acerca de la condición de Ehani y habían recibido una respuesta prometedora.

Aunque Paul estaba seguro desde el principio, Annette luchaba con dudas y temores. Sin embargo, al orar durante los días en que Priska se decidía, Dios le otorgó profunda paz. Al fin de cuentas, sentían que esta niña era para ellos.

—Estoy muy agradecida de que la agonía de la espera se haya acabado —le dijo Annette a Paul—. La espera ha sido muy difícil.

—Sí, ha sido difícil —asintió Paul—. Yo también estoy agradecido.

—Mañana tendremos en los brazos a nuestra hija. Me cuesta creerlo —continuó Annette con voz suave—. Cuando salimos de Idaho hace cinco días no teníamos la seguridad de que las cosas iban a salir así.

—Ciertamente no lo sabíamos con seguridad —respondió Paul. Annette tuvo dificultad en dormirse esa noche. Permaneció acostada, mirando el cielorraso de la habitación del hotel y preguntándose en cuanto a la apariencia de su nueva hija. Mientras oraba por Priska, Annette meditaba en la historia de Ehani y su entrada en el mundo. Solo Dios era capaz de unir todas las piezas para llegar hasta este día, a pesar de la evidente tragedia.

Ella reflexionó en cómo ellos habían entrado en el mundo de la adopción por razón de otra tragedia —la historia de otro bebé—. Era una pareja herida que se encontraba en una encrucijada.



Paul y Annette tenían menos de un año de casados cuando Daniel y Renee, el pastor y su esposa, les habían presentado una situación por medio de un correo electrónico.

Kenny, el compañero de trabajo de Daniel, le contó esta semana unas dificultades que ha estado enfrentando. Jess, su novia, está esperando un bebé. Es su cuarto embarazo y ella no quiere al bebé. Será el primer bebé de Kenny. Él está desesperado, y busca una solución. Jess quiere abortarlo, sin embargo, él desea que llegue a término y que tenga un hogar seguro. Nos preguntamos si ustedes considerarían adoptar el bebé si Jess se compromete a llevar el embarazo a término.

—No he considerado nunca la adopción como una opción —dijo Paul cuando Annette le contó lo del correo.

—Yo realmente no lo había pensado hasta ahora —confesó Annette—. Tendremos que ponerlo en oración. Aunque me parece

importante que alguien se ofrezca a recibir a este bebé. Es una situación desesperante.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Paul. Esa noche él y Annette pasaron un rato rogándole a Dios que guiara sus pasos.

—Señor, tus planes para nuestra familia son buenos. Realmente no sabemos cuál es tu voluntad, pero queremos seguirte —oró Paul.

—También queremos que este bebé esté seguro, protegido y amado —añadió Annette con sinceridad—. Señor, tú sabes que este niño necesita un hogar. Muéstranos si es tu voluntad para nosotros.

Después de orar, no tenían dudas y decidieron recibir al bebé. Ambos Paul y Annette tenían paz con su decisión.

Annette hizo una tarjeta de oración para el niño sin nacer que ya estaban aceptando en el corazón. Lo fijó donde ella y Paul lo pudieran ver como un recordatorio. Muchas veces al día y aun en la noche se despertaba y oraba por el pequeño bebé y por Jess y Kenny.

Cuatro días después de que decidieron recibir al bebé, Annette se despertó enferma. Sentía el estómago revuelto todo el día, y casi ni podía beber líquidos. Cuando Paul llegó del trabajo esa noche, ella estaba encorvada por el intenso dolor de estómago.

—Creo que debemos ir a urgencias —dijo Paul, preocupado.

—Espero que no sea nada serio —gimió Annette. Ellos tenían planes de salir al día siguiente para visitar a los padres de Annette en el estado de Washington, y ella no quería posponer el viaje.

—Es apendicitis —confirmó el doctor en emergencias—. Tendremos que operarte esta noche.

En ese momento el dolor de Annette era tan severo que ella ni pensaba en el viaje que tenían planeado para el día siguiente. Ella

solo deseaba aliviarse del dolor.

La cirugía fue exitosa y al día siguiente, para sorpresa del doctor, Annette estaba levantada y lista para el alta.

—¿Puedo viajar en esta condición? —preguntó.

—Si te cuidas —dijo el doctor con cautela.

—Nos tardamos un día más de lo esperado, sin embargo, estoy contenta de que siempre podamos ir —suspiró Annette de camino a casa.

Ella estaba débil por la enfermedad y la cirugía, sin embargo, estaba ansiosa de pasar tiempo con su familia durante el fin de semana. Bajo la dirección de Annette, Paul preparó las maletas, y a la mañana siguiente se volvieron a subir al auto. Se dirigieron hacia el oeste para empezar el viaje de seis horas y media hasta la casa de sus padres en Spokane, Washington.

Mientras viajaban milla tras milla, Annette una vez más oraba por su futuro bebé. Se preguntaba cómo iban las cosas. Daniel y Renee los habían encontrado en la sala de emergencias en la noche de su cirugía, pero no habían dicho nada de Kenny ni de Jess.

—Tengo muchas ganas de contarles a mis hermanos la posibilidad de un sobrino o sobrina —le dijo Annette a Paul, regocijándose—. Me alegro de que ya se lo contamos a papá y mamá. Mamá estaba muy sorprendida cuando se lo conté.

Como a medio camino, el teléfono de Annette sonó.

—¡Hola! ¿Cómo estás, Renee?

—Bien, Annette. ¿Cómo te sientes?

—Pues, adolorida, pero bien —respondió Annette—. Por cierto, ¿has oído alguna noticia de la situación de Jess y Kenny?

—Ay, Annette, no quería contarte por teléfono, pero... —la emoción de Renee hizo que su voz se entrecortara—. Jess tuvo un aborto.

Durante un momento, Annette permaneció en silencio, anonadada. Su mente giraba rápidamente. Luego, preguntó:

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Esta semana. Lo siento mucho, Annette. Todos teníamos la esperanza de que no terminara de esta manera.

—Gracias por contarme, Renee. —Annette cortó la llamada mientras las lágrimas de profundo dolor corrían por sus mejillas.

Paul había oído toda la conversación. Él mantuvo la vista en la carretera sin decir palabra, su silencio reflejaba su propia tristeza.

Entre lágrimas, Annette se volvió a Paul:

—Amor, ¿crees que esta situación es la manera de Dios de confirmar que la adopción es la voluntad de Dios para nosotros? ¿Que de alguna manera él quiere darnos el deseo de adoptar un niño?

Después de pensar un momento, Paul asintió:

—Quizá tengas razón, Annette. Podría ser su manera de preparar el corazón para eso.

—No sabía que era posible amar tanto a alguien en tan poco tiempo. —Annette se sonó la nariz mientras las lágrimas aún le corrían por las mejillas.

Paul asintió y estrechó la mano para tomar la de Annette. Juntos lloraron por la vida que se les quitó mediante la decisión desesperada del aborto. Lloraron por la pérdida que sufría Kenny y por Jess y su desesperación, y por sus propias esperanzas destruidas.

Sin embargo, así como su camino hacia la adopción había iniciado con algo inesperado, continuaría hasta destinos inesperados.

Capítulo diez



Habían pasado varios meses desde la pérdida del bebé de Kenny y Jess. Con la llegada del mes de abril, al fin el invierno había cambiado a primavera. Con un hermano contratista de la iglesia, Paul había estado ocupado con un proyecto de construcción grande. Las largas horas de trabajo y el tiempo que Annette pasó mal de salud, junto con la tristeza que todavía sentía por el aborto, habían hecho que el invierno le pareciera más largo de lo normal a Annette. Sin embargo, ahora había esperanza en el aire.

—Hola, mi amor. —Los ojos de Annette se iluminaron cuando encontró a Paul en la puerta con un beso. Ella había preparado la mesa para dos personas, con velas y su cena favorita.

—¿De qué se trata? —preguntó Paul con curiosidad.

—¿Cuánto hace que no salimos de cita? —se rio Annette.

—Me tomaré una ducha rápidamente y luego comemos —respondió Paul con una sonrisa.

Con el cabello aún mojado, Paul sacó su silla y se sentó con un suspiro de satisfacción.

—Se ve delicioso —dijo con una sonrisa amplia—. Démosle las gracias a Dios por los alimentos.

—Gracias, Señor, por el alimento que estamos por recibir. Gracias por cuidar de nosotros hoy. Bendice a Annette por servir de esta manera hoy y quédate con nosotros esta noche. Amén.

—¿Pasaste un día ocupado en el trabajo? —preguntó Annette al alcanzarle las papas a Paul.

—Un poco. —Paul se encogió de hombros, indicando que no había sucedido nada fuera de lo común—. Y tú, ¿cómo pasaste el día?

—Fue un día hermoso. Logré hacer unas costuras que realmente necesitaba hacer. —Ella hizo una pausa para echarle aderezo a la ensalada—. Al fin me he sentido lo suficiente bien para lograr algunas de las tareas que hacen falta. Estoy cansada de ver que tienes que lavar la ropa cuando llegas del trabajo cada viernes. Me siento mal que trabajes largas horas y que aun así tengas que llegar a hacer las tareas de la casa.

—Para eso es el esposo —sonrió Paul—. Esta carne está deliciosa.

—Gracias. ¿Quieres saber por cuál otra razón fue un buen día? —Annette hizo la pregunta alegremente mientras se servía otro poco de carne.

Paul levantó la vista con interés.

—¿Por qué?

—Porque he descubierto un secreto.

—¿En serio? —Paul no era de muchas palabras; sin embargo, Annette notaba que le había despertado la curiosidad.

—Paul, ¿cómo te sentirías si agregáramos una personita a nuestra familia?

Paul sonrió lentamente, cuando comprendió el significado.

—¡Eso sería maravilloso!

Los ojos de Annette se inundaron de lágrimas.

—Ay, Paul, no puedo describirte lo feliz que me hace.

—¡Está bonísimo! —Paul estrechó la mano en la mesa para tomar la de ella. En el momento, su sonrisa declaraba su felicidad.



Durante las siguientes semanas, Annette halló gran gozo en cantarle al bebé que llevaba bajo el corazón. Ella aún no lo sentía moverse, sin embargo, sabía que la vida que llevaba dentro estaba creciendo. El ultrasonido que se había hecho en su primera cita con el médico había mostrado un corazoncito que latía y le habían puesto fecha para septiembre.

Al igual que por el bebé de Kenny y Jess, ella oraba día y noche por este pequeño. Pedía que este niño creciera hasta amar y honrar a Dios. Oraba también que ella y Paul pudieran ser padres sabios y piadosos, que guiaran al bebecito en verdad desde su nacimiento. Ella oraba que Dios protegiera la pequeña vida que llevaba dentro.

Un mes después de esa noche tan especial cuando Annette le contó la noticia, Paul llegó a casa y la halló en el sofá.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado, tras dejar el termo en la mesa y entrar en la sala.

Annette alzó la mirada, sus ojos enrojecidos.

—Paul, perdí al bebé.

—¿Cómo? —Paul se miró confundido.

—Paul, sufrí un aborto espontáneo esta tarde.

—¿Por qué no me llamaste?

—No pude. Tanto anhelaba que no fuera verdad. —Annette

habló con voz de angustia—. Tanto quería a este bebé, Paul. Pero se ha muerto.

Paul se sentó y la abrazó. Ella recostó la cabeza en su hombro. Con tristeza, dijo:

—Ahora tenemos dos bebés en el cielo. Me siento agradecida por eso.

—¿Debemos ir al médico? —preguntó Paul.

—No creo que sea necesario. —Annette se limpió la cara con el dorso de la mano—. Creo que estaré bien. Tenía una cita prenatal para el viernes; solamente iré el viernes como debía, a no ser que me avisen diferente.

Por la ventana la pareja observaba el sol poniente sobre las montañas rocosas de Idaho. Annette miró el resplandor dorado en el horizonte.

—Paul, ¿podemos ponerle nombre a este bebé? Creo que de alguna manera me ayudaría. No quiero olvidarlo.

—Yo estaría de acuerdo en que le pongas nombre —dijo Paul con voz baja. Él miró el atardecer en silencio.

—Quiero ponerle un nombre que tenga conexión con el cielo. Quizá... Jaspe, una piedra preciosa del Apocalipsis.

—Es bonito el nombre —asintió Paul.

—Siento que quizás este bebé era un niño —le dijo Annette—. Y el nombre Jaspe me parece más masculino que algunos de los otros nombres de las piedras preciosas.

—Me gusta —Paul la abrazó y ella suspiró con profunda tristeza.

—No creo que vaya a poder superar esta pérdida. No me hubiera imaginado nunca que fuera tan difícil perder a un bebé.

—Lo siento mucho —Paul le soltó la mano como para enderezarse—. Te traeré algo de comer. ¿Qué quieres comer?

—Realmente nada —admitió Annette—. No tengo hambre.

—¿Una sopa de pollo?

—Pues, si tú vas a comer, yo también me comeré un poco —respondió Annette.

El viernes, la doctora confirmó que Annette había perdido a su bebé.

—Tu cuerpo se recuperará pronto —le aseguró la doctora Parker, al animarla a lidiar con la pérdida como mejor le pareciera—. Realmente le ayuda a la madre a hallar sanidad si puede lamentar la pérdida después de un aborto espontáneo.

Annette había decidido no contarle a su madre del aborto hasta después de la cita. De camino a casa la llamó.

—Mamá, tienes otro nieto en el cielo. —Su voz se entrecortó al decirlo.

—Lo siento mucho, Annette. —La simpatía y el dolor en la voz de su madre la consolaron y a la vez la destrozaron—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. Con todo, ha sido muy difícil, mamá. Me cuesta entender el plan de Dios para nosotros en esta época. Primero era el bebé que íbamos a adoptar y ahora nuestro bebé biológico. Me pregunto cuál es el significado de todo esto.

—Es natural que busquemos significado en el dolor, Annette. Es muy normal. Solamente recuerda, Dios está dolido contigo; él realmente lo siente. Yo tampoco lo entiendo, sin embargo, me es de bendición saber que confías en él.

—Gracias, mamá. Gracias por comprenderme. Paul me ha sido de gran apoyo, sin embargo, no siente las cosas tan profundamente como yo. A veces me pregunto si lo exagero.

—No, Annette. No exageras. Perder a un bebé es una de las cosas más difíciles que la madre puede enfrentar. Tú llevabas a ese bebé dentro de ti. Paul también amaba a tu bebé, sin embargo, él no tenía la misma conexión con el bebé que tenías tú. La madre tiene

un lugar especial.

—Sí, así es —dijo Annette con una sonrisa a pesar de las lágrimas. Ella estaba tan agradecida de tener a su madre en tales momentos—. Sí tienes un lugar especial. —Después de Paul, su madre era su mejor amiga.

—Te amo. Estoy orando por ti, Annette.

—Te amo también a ti, mamá.

Al conducir por la entrada hasta su casa tranquila, Annette se sintió dolorosamente vacía. ¿Alguna vez iba a tener un bebé en los brazos? Dos pérdidas en un año hacían que la posibilidad pareciera muy lejana.

Capítulo once



Era otro día de primavera en Idaho. Annette caminaba incómodamente por la tienda de Walmart. Se detuvo en la sección infantil, y sonrió al ver que los mamelucos de niño estaban en promoción. Ella echó un paquete de los blancos en el carrito, y por un instante acarició a su bebé aún sin nacer. Dentro de tan solamente seis semanas, ella y Paul esperaban conocer a su hijo.

Había pasado un año desde aquella primavera de dolor. Pronto después de lo sucedido, la adopción había surgido repetidas veces. Sin embargo, las cargas económicas de una adopción por medio de una agencia eran intimidantes, y no se había presentado ninguna otra oportunidad de una adopción privada. Además, Paul estaba preocupado por la lenta recuperación de Annette de su aborto espontáneo y por la lucha continua con su salud.

—Esperaremos un tiempo a ver —había decidido él luego de

otra conversación del asunto. Seis semanas después, habían descubierto que esperaban a otro bebé. Ahora, con siete meses y medio de embarazo y el temor de perderlo apaciguado, Paul y Annette estaban emocionados de ver que su familia aumentaba.

“Me pregunto si es niño o niña”, pensó Annette mientras empujaba su carrito por otro pasillo. Ella había conseguido suficiente ropa de colores neutros que ese detalle no iba a ser problema. Habían escogido un nombre para niño y uno para niña. También pintaron la habitación del bebé en blanco con realces azules, preparándose para recibir al bebé, fuera niño o niña.

Dirigió el carrito hasta la sección de comida, y se detuvo cuando vio a una madre blanca con dos hijas asiáticas que la seguían de cerca. Ella no pudo sino notar que el bebé en el asiento del carrito era rubio y caucásico.

Annette le sonrió a la mujer y los ojos azules de la mujer se iluminaron en respuesta. Ella se veía gozosa y cansada a la vez, como cualquier madre joven que ama a sus hijos.

—Tienes hijos bonitos —dijo Annette con admiración.

—Gracias —respondió la mujer cordialmente—. Amamos a cada uno de nuestros hijos.

La niña asiática más pequeña miró tímidamente a Annette de detrás de la falda de su madre, y sus ojos oscuros brillaban con curiosidad.

—¿Tienes hijos? Por cierto, mi nombre es Gina.

—Mucho gusto en conocerte, Gina. Soy Annette. Sí, nuestro primer bebé nacerá dentro de poco más del mes. Esperamos que no sea mucho más que eso. —Ella se rio un tanto.

—Yo sé cómo se siente eso —dijo Gina con una risita—. Ross nació hace tres meses, y para cuando yo tenía ocho meses de embarazo, deseaba que naciera. Creí que no podía aguantarlo más, y ni

decir que nuestras hijas no aguantaban las ganas de conocer a su hermano.

Los ojos de Annette se movieron de las hermosas niñas con trenzas negras y bellos ojos oscuros al bebé rubio que dormía en el carrito, pero finalmente decidió no hacer preguntas.

—Fue un gusto conocerte —le dijo Annette a Gina cuando se separaron como amigables vecinos. Sin embargo, el cuadro de la pequeña familia permaneció con Annette.

Al dirigirse a casa, ella pensó en las conversaciones que ella y Paul habían tenido acerca de la adopción. Recordó una noche en particular el año anterior cuando habían hablado de la adopción internacional. Se habían preguntado cuáles serían los desafíos de criar a un niño con un trasfondo étnico diferente.

—En realidad, siento que quiero a un niño que comparte nuestro color de piel —había dicho Annette—. Nada más porque me interesa una sana vinculación afectiva y el sentir de familia.

—Entiendo eso —Paul había respondido pensativamente—. Creo que probablemente estoy de acuerdo. Si el niño es diferente a nosotros en su apariencia, traerá más desafíos.

—Quiero adoptar aun si tenemos hijos biológicos; sin embargo, no me imagino que adoptemos un niño de otra etnicidad.

—No es común en una comunidad anabaptista tradicional —contestó Paul—. Probablemente sería difícil para el niño ser el único de piel de otro color.

Annette reflexionó en el gozo en el rostro de Gina. La completa aceptación de “familia” que ella había notado en las niñas y la conversación de la madre la retó a volver a pensar en lo que ella había expresado.

¿Tenía ella razón acerca del asunto de la vinculación afectiva? No era que ella tenía problemas con otras etnicidades. Solamente que

ella tenía preocupaciones de cuáles asuntos conllevaría. Se lamentó de no haberle hecho más preguntas a Gina en cuanto al proceso de adaptación y cuál había sido su experiencia.

Pocos de sus amigos en la iglesia habían adoptado. Y ella no conocía ni una sola familia que hubiera adoptado a un niño de una etnicidad diferente aparte de la familia de Delmar e Irene Yoder de la congregación de sus padres, que el invierno anterior habían adoptado a un bebé hispano. Quizás ella le podría preguntar a Irene de su experiencia en algún momento cuando fuera a visitar a su familia.

Esa noche mientras cenaban, Annette le contó a Paul de su encuentro en la tienda. Él escuchó en silencio y no dijo mucho. Luego reconoció:

—Tienes buenas preguntas, sin embargo, por ahora no vamos a adoptar, Annette. Disfruta nuestro propio bebé —la animó dulcemente.

Annette deseaba hacerlo, sin embargo, por alguna razón, el encuentro en la tienda la había conmovido. Ella decidió que iba a orar y dejar el asunto en las manos de Dios. Paul tenía razón. Su propio bebé vendría pronto, y ella debía enfocar eso.

En la madrugada del 10 de julio de 2012, una semana después de la supuesta fecha, Paul y Annette se apresuraron al hospital de Boise. Debido a complicaciones, la bebé nació por una cesárea de emergencia dos horas después.

Cuando Annette volvió en sí después de la anestesia general, encontró a Paul a su lado. Sintió náuseas y de repente vomitó.

—No es esta la manera en que yo imaginaba el comienzo de nuestra vida con nuestro bebé —dijo débilmente.

—Pues, parece que en nuestra familia nada sale de acuerdo con lo que hemos planeado —bromeó Paul. La tomó de la mano—.

¿Quieres saber si es niña o niño?

—Por supuesto —dijo Annette—. ¿Cuál es?

—Adivina —respondió Paul con una sonrisa.

—Una niña —adivinó Annette.

—¡Acertaste! —celebró Paul—. Ella es pequeña. Pesa apenas tres kilos.

—La quiero conocer.

—La tuvieron que ingresar a la UCIN por un tiempo —dijo Paul en voz baja—. Ella tuvo una puntuación baja de Apgar al principio. Sin embargo, creo que dentro de poco la puedes conocer.

—¿Cuándo nació? —preguntó Annette.

—Hace unas horas.

—Ojalá me sintiera mejor —gimió Annette, al cambiarse de posición—. Debe ser la reacción a la anestesia. ¿Siempre le vamos a poner Cynthia?

—Si sigue siendo tu gusto —respondió Paul—. Cynthia Annette.

—Me gusta —dijo Annette con una sonrisa—. ¡Quiero conocer a mi bebé!

La pequeña Cynthia pronto se estabilizó, y Annette y su hija recién nacida pronto estaban en la misma habitación.

—¡Es lindísima! —suspiró Annette. Le tocó la cabeza suave a su bebé y al instante pensó en Ross, el bebé que conoció en la tienda. ¡Qué extraño que pensara en Gina en este momento! Ella puso a un lado esos pensamientos y miró con gozo a su hijita.

—Gracias a Dios que estás bien, Cynthia. ¡Eres muy amada! Bienvenida, pequeña. —Con gozo ella le susurraba a su hija de su amor y se deleitaba en la piel suave y el dulce olor de recién nacida.

Más tarde, con lágrimas le dijo a Paul:

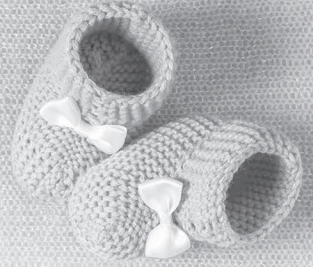
—Cuando nos dijeron que iban a hacer una cesárea de emergencia, creí que se nos iba a morir.

—Pero no sucedió —dijo Paul—. Mírala, Annette. Es perfecta.

—Lo es. Tan perfecta —respondió Annette.

Juntos se sentaron en gozo silencioso, observando a su hija recién nacida mientras dormía. La gracia de Dios parecía caer sobre ellos como una suave lluvia de primavera.

Capítulo doce



“Dios, no puedo volver a pasar por esto”. Las palabras que susurraba Annette parecían hacer eco en la fría oscuridad del amanecer. Ella estaba encogida con tremendo dolor en el piso de la sala. “No puedo perder a otro hijo. ¡Te ruego!”

Cynthia era una bebé maravillosa, y desde los dos meses ya dormía toda la noche. Ella hacía que la vida de madre fuera fácil. Cuando Annette descubrió varios meses después que otra vida crecía en su interior, estaba emocionada. Paul estaba preocupado debido a la cesárea que le habían hecho recientemente, sin embargo, él también estaba contento de oír la noticia.

—Haré más de las tareas de la casa por la tarde —decidió—. Quiero que te cuides.

Sin embargo, a las diez semanas de embarazo, los síntomas de Annette indicaron que su bebé probablemente se había muerto. Ella deseaba gritar. ¿Cómo podía Dios permitir esto en su vida?

Ella intentaba confiar en Dios, sin embargo, su corazón estaba destrozado.

La siguiente mañana, Paul puso a Cynthia en su asiento en el auto y se dirigió hacia urgencias con Annette en el asiento a su lado, pálida y con fiebre. Le hicieron un procedimiento de dilatación y curetaje, le pusieron dos unidades de sangre y una fuerte dosis de antibiótico para ayudarle en la recuperación. Paul permaneció con ella o en la sala de espera durante las veinticuatro horas de su estadía en el hospital, con Cynthia felizmente acostada en su asiento o descansando en los brazos de su padre.

Durante aquellas largas horas, Annette luchó con el dolor de perder un segundo hijo.

—Señor, no entiendo qué haces. Quiero confiar en ti. Ayúdame —oró vez tras vez.

En aquellos momentos oscuros y vulnerables, el Espíritu de Dios le susurró a Annette:

—Yo sé lo que es estar desnudo y vulnerable. Conozco el dolor de la pérdida. Estoy contigo, hija.

Annette inclinó su corazón en ese encuentro.

—Dios, tú eres bueno conmigo. Sé que puedo confiar en ti.

La siguiente mañana, después de haber recibido el alta, Annette halló su diario y su Biblia al lado de su cama, junto con un vaso de flores frescas que una amiga había dejado con una nota en el porche de la casa.

Ella tomó su diario y, con mano temblorosa, escribió:

Señor, mi carne clama, deseando ser liberada de mi dolor.

Sin embargo, mi espíritu implora que preserves tu Espíritu

en mí por medio de esta experiencia. Lo deseo aún si no

me liberas.

Un día después, en un correo electrónico a su hermana, escribió

más de la lucha en su interior.

Estoy luchando con un aluvión de emociones. Otra vez llorando la muerte de Jaspe (...) dolida, porque, aunque tengo a Cynthia a quien puedo amar, ella no es el hijo que perdí. Realmente no hay manera de controlar nuestro futuro. No hay nada que podamos hacer que nos asegure que no volveremos a perder un bebé. Nada nos garantiza que la vida nos será otorgada la siguiente vez, o incluso que habrá una siguiente vez.

Una de las cosas más grandes a las que me aferro —porque siento que en esta situación hay más en juego que “solamente” el dolor— es que Dios está completamente en control, y que de corazón él desea lo mejor para mí (aun si no lo siento como lo mejor). No me siento desesperada ni con pánico, sino solamente triste y, si soy honrada, con un poco de temor. *Incapaz* es la palabra que me viene a la mente. La única manera de hallar la paz es en saber que Dios realmente —y más de lo que antes comprendíamos— está en control.

Paul otra vez estuvo de acuerdo, aunque no sentía la necesidad, en dejar que Annette le pusiera nombre al bebé que perdieron. Ella escogió el nombre Esmeralda. Otra piedra preciosa en la Nueva Jerusalén.

Como un recuerdo, Annette decidió hacer unas tarjetas con una foto de un bebé sin nacer de la edad de Esmeralda. El bebé descansaba en los brazos de su papá, sostenido con ternura.

En la parte superior de la tarjeta, escribió:

Perdimos lo que *fue* y lo que *habría* sido...

Perdimos a un niño sin nacer —nuestra propia carne y

sangre— y todo el gozo que él o ella nos habría traído. ¡Te extrañamos, precioso bebé!

A veces Annette luchaba con lo fácil que parecía que Paul superaba las pérdidas. Cuando llegó a casa después de imprimir las tarjetas de recuerdo para su bebé, durante el rato de culto familiar, ella le ofreció una a Paul para que la guardara en su Biblia. Ella vaciló un tanto, sin embargo, se imaginó que iba a querer una.

—Me gustan, Annette. Están bonitas —respondió Paul con voz baja. Con cuidado colocó la tarjeta entre las páginas de su Biblia.

Esa noche leyeron del Salmo 139, y Paul leyó las palabras con reverencia.

Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas (versículos 13-16).

El dolor los iba madurando como pareja, uniendo los corazones más estrechamente. Les estaba enseñando el significado de confiar en Dios. Especialmente Annette sentía que le estaba enseñando a soltar el control y descansar en lo que Dios permitía. Además, de una manera que ella nunca había conocido, su corazón se abría a otras madres que estaban de luto por pérdidas de las que no hablaban.

Veza tras veza ella sentía que Dios se le manifestaba en su viaje, tiernamente y con gracia. Varios meses después de la pérdida de

Esmeralda, Annette compartió unos pensamientos de su diario con otra amiga que sufría una pérdida. Mientras le corrían las lágrimas por las mejillas, escribió lo siguiente cuando escuchó que Dios le hablaba al corazón:

Amada hija mía:

Sé que estás de luto. Veo cada lágrima, siento cada dolor de anhelo, pérdida y preguntas sin respuesta. Sé que tienes un vacío doloroso en el corazón, una pérdida de la cual te preguntas si algún día sanarás.

Miro el corazón y conozco aquellos fuertes sentimientos que tienes que son demasiado profundos e intensos para comprender y menos para expresar. Sé que la presión aumenta dentro de ti hasta que sientes que vas a explotar.

Sé cómo intentas disimular el dolor, y aparentar normal... y sonreír y reír.

Sin embargo, una parte de tu interior se ha muerto y nunca volverá a vivir hasta llegar al cielo.

Siento contigo el dolor que es casi físico, el anhelo incontenible de abrazar a tu ser querido. Sé cómo duele ver que otros disfrutan lo que tú anhelabas tener.

Hija mía, yo no soy cruel; no he permitido esta áspera pérdida, este dolor conmovedor, solo para verte sufrir. ¡Nunca! No habría permitido este dolor en tu vida si no tuviera la confianza en que tú confías en mí. Confío en que vas a creer en mi amor, mi soberanía, mi inmutabilidad y mis propósitos que son tanto más altos que los tuyos.

Te doy mi promesa inquebrantable de que, al poner tu confianza en mí, llegarás a ser más semejante a mí que de

cualquier otra forma. Prometo que mis brazos te rodearán, aun cuando no los puedas sentir. Nunca te dejaré sola. Nunca cometeré el error de darte más de lo que puedas soportar.

Te ruego que recuerdes, que nunca olvides: te amo con un amor eterno, inmutable y completo, y tengo la confianza en que confías en mí.

Tu Padre, Consolador, Amigo y Sanador,

~ Dios

¡Que el Consolador que me ha consolado te consuele a ti en medio de tu dolor, amiga mía!

Con amor y oración,

Annette

Capítulo trece



El calor del mes de julio era opresivo a pesar de los dos ventiladores que movían el aire. Annette descansaba en el sofá con Cynthia a su lado, donde le leía una historia más. Desde que el médico había mandado a Annette a guardar reposo completo la semana anterior, habían leído muchas historias. La noche anterior, Annette le había preguntado a Paul si él creía que tuvieran los fondos para comprar más libros de la publicadora CLP, una publicadora menonita en Virginia. Cynthia se estaba cansando de escuchar las mismas historias vez tras vez; además, se acercaba su segundo cumpleaños.

—No podremos hacer una fiesta grande como yo había esperado, sin embargo, podrías pasar comprando pizza y helados. Podemos hacer una fiestita, solo nosotros tres —planeó Annette—. Y si le llega un cajón de libros en el correo, estoy segura de que será un día especial para ella.

—Me parece buena idea —acordó Paul—. Haremos lo que sea necesario para que tú te mantengas en el sofá —agregó con una sonrisa.

Según los ultrasonidos, su hijito estaba con buena salud y creciendo; sin embargo, aún no era tiempo de que naciera. Con veintiuna semanas de gestación, casi no había posibilidad de que sobreviviera fuera del vientre. Cuando el cuerpo de Annette amenazó con dar a luz con apenas veinte semanas de embarazo, la doctora Parker le ordenó que guardara reposo completo.

—Tienes que atrasar el nacimiento, aunque sea un mes más, Annette —ella insistió. Por esa razón el sofá llegó a ser su fiel compañero.

Otras amistades también fueron de visita. Renee les llevó una decena de comidas preparadas, y otra persona ofreció llevarles pan fresco cada semana. Una hermana de la iglesia ofreció mandar a su hija adolescente varias veces al mes para que ayudara con la limpieza de la casa. También otra hermana ofreció cuidar a Cynthia con poco aviso, si la necesidad surgiera. Annette sintió un nuevo agradecimiento por el cuerpo local de creyentes. Recibir ese cuidado de parte de sus hermanas le trajo una medida de sanidad al corazón.

La noche del cumpleaños de Cynthia, cenaron en el corredor trasero de la casa que daba hacia las montañas.

—Vaya, Paul, esta pizza está deliciosa. ¡Debes haber pasado todo el día haciéndola! —Annette bromeó al tomar un bocado de carne con queso.

—Por supuesto —respondió Paul, cerrándole un ojo.

—¿Usted la hizo, papá? —Cynthia estaba aprendiendo a comunicarse verbalmente y había poco que su pequeña mente inteligente no captara.

—No, Cynthia, papá está bromeando —se rio Paul—. La compré de camino a casa. ¿Te gusta?

Cynthia asintió con la cabeza, sus trenzas rubias bailando por el movimiento enfático.

—Y luego hay helado y regalos para nuestra pequeña cumpleañosera —sonrió Annette, limpiando la salsa de tomate que Cynthia se había embarrado en la mejilla.

—¡Helados! —Cynthia celebraba con la boca llena de pizza—. Helados.

Paul y Annette se rieron ante su deleite. Su vida era un regalo que cada día apreciaban como algo precioso.

Llegó el fin del mes de julio y las semanas avanzaron hacia el otoño. Una tranquila madrugada a finales de agosto, Annette despertó a Paul.

—Creo que debemos ir al hospital —le susurró.

—¿Qué? —Paul aún estaba medio dormido.

—¡Creo que debemos ir al hospital! —Annette susurró con más urgencia. Su insistencia parecía sacar a Paul de su sueño profundo.

—Está bien. —Por un minuto enfocó en los números del reloj despertador y luego salió tambaleando de la cama.

Una hora después, habían dejado a una Cynthia quisquillosa y media dormida en la casa de Daniel y Renee y llegaron a urgencias. Rápidamente fueron ingresados a la sala de obstetricia. Allí hablaron con un médico desconocido.

—Estás con veintiocho semanas de gestación. Realmente no queremos que nazca este bebé hoy, ¿verdad que no? —Los ojos oscuros del médico acusaron preocupación—. ¿Tienes historial de partos prematuros?

—He tenido varios abortos —dijo Annette—. Sin embargo, la bebé que llevé a término se pasó de la fecha.

—Has estado en reposo completo durante dos meses, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bueno, aun si el bebé nace hoy, tiene una probabilidad mucho más alta de sobrevivencia que hace varios meses —dijo el médico—. No quiero darte falsas esperanzas. Aunque es probable que a esta edad ya el bebé sobreviva, si nace hoy tendrá que permanecer mucho tiempo en la UCIN y puede tener varios problemas.

»Te daremos terbutalina para tratar de detener el parto. Además, te daremos un esteroide que apresura el desarrollo de los pulmones del bebé. Te internaremos para monitorearte y ver cómo se desarrollan las cosas. ¿Te parece bien?

—No es la manera en que habíamos esperado que sucedieran las cosas, sin embargo, solamente haremos lo posible —respondió Annette con una débil sonrisa.

—Así es —animó el médico—. Mantén en alto ese espíritu. Estarás bien, y con suerte tu bebé también estará bien.

—Gracias. Estamos orando, y encomendamos la vida de nuestro bebé en las manos de Dios —dijo Annette.

—¡Qué bien! —El médico sonrió y salió de la habitación mientras una enfermera se acercó para revisar la inyección intravenosa de Annette y darle el medicamento recetado.

Cuando el médico había salido, Annette alcanzó la mano de Paul.

—Esto es difícil —ella le dijo en voz baja—. Solamente quiero que mi bebé esté bien. ¿Crees que nazca hoy?

—Creo que él va a estar bien —Paul le aseguró—. Sé que no era lo que habíamos planeado, sin embargo, Annette, recuerda, Dios está con nosotros y con nuestro bebé. —Annette había aprendido que cuando Paul daba palabras de consuelo con tanta confianza, ella podía confiar en su intuición.

—Gracias, Paul. ¿Qué haría sin ti?

Paul sonrió.

Los dolores de parto de Annette iban y venían, y al día siguiente, Paul tuvo que regresar al trabajo.

—Lláname si algo sucede y vendré de inmediato —prometió, al despedirse con un beso.

—Lo haré —le aseguró Annette. Su desánimo creció cuando lo miró salir por la puerta de la habitación del hospital. Ella estaba contenta de que su madre pensaba llegar ese fin de semana para quedarse una semana. Sin embargo, apenas era jueves, y en el momento, el sábado parecía estar muy lejos.

Al estar acostada, ella meditaba sobre su vida durante los últimos tres años. Hubo tantos altibajos. Tantas cosas no habían salido de acuerdo con sus planes. Ella reflexionó sobre los días de su noviazgo y cómo había soñado la vida de ella y Paul.

Ellos eran un poco mayores cuando se casaron. Annette sabía que su salud era frágil, sin embargo, anhelaba tener una familia relativamente normal. Y hoy, ellos estaban agradecidos por cada uno de sus hijos con vida: Cynthia, que se desarrollaba, y el niño que se movía bajo su corazón.

Durante los momentos que pasaba a solas, su mente volvió a las madres que no tenían a un hombre en la vida. Ella estaba tan agradecida por Paul. Este tiempo hubiera parecido imposible sin su apoyo y liderazgo constante y amoroso. Ella pensó en esas madres solteras que con temor tenían que pasar por el parto a solas y luego dar al bebé en adopción. Al pensar en esto, ella sacó el rato para orar por ellas.

Al meditar más sobre el asunto, Annette comprendió que la adopción siempre era su sueño. Mientras ella criaba a la hija biológica y oraba por su hijo que estaba por nacer, su corazón se dolía

por aquellos pequeños que necesitaban una madre.

El viernes 29 de agosto de 2014, Annette se despertó con fuertes contracciones. A media mañana el monitor fetal mostraba repetidas desaceleraciones tardías en el latido del corazón del bebé. El pulso era muy rápido con poca variación.

—Podría significar que tu bebé esté estresado por las contracciones y que está en peligro de sufrir daño a causa de la falta de oxígeno —explicó el médico—. Tendremos que hacer una cesárea de emergencia.

—Mi esposo no está. ¿Podemos esperar hasta que él llegue? —preguntó Annette, temerosa—. Salió del trabajo y viene de camino.

—Me temo que realmente no nos queda tiempo —respondió el médico—. Lo siento. Si deseas, puedes llamarlo y hablarle por teléfono.

Durante los siguientes minutos precisados, las enfermeras prepararon a Annette y la encaminaron al quirófano. Ella trató de desacelerar la respiración poco profunda, y la mente le daba vueltas rápidas. La voz estable de Paul en el teléfono la había calmado un poco, sin embargo, sentía que entraba en pánico cuando la llevaban por los pasillos en la camilla.

Ella oyó que decían que el equipo neonatal estaba preparado. El frío del quirófano la hizo estremecerse, y el olor la hizo sentir náuseas.

—¿Me podrían hacer un bloqueo espinal en lugar de la anestesia general? —les rogó. Ella había anhelado mucho conocer a su bebé en cuanto naciera, especialmente como había perdido esa oportunidad especial en el nacimiento de Cynthia.

—Lo siento, pero no es una opción —se disculpó el médico—. Nos precisa sacar a este bebé y asegurarnos de que esté bien, ¿de acuerdo?

Annette asintió tristemente con la cabeza.

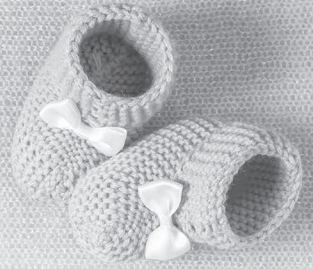
“Dios, ayúdame. Ayúdame a confiar en ti. Tengo temor. Cuida a mi bebé”.

La anesestesióloga le vio las lágrimas en las mejillas y suavemente se las limpió.

—Estarás bien —le prometió—. Relájate y permite que cuidemos de ti y tu bebe, ¿está bien?

—Gracias —susurró Annette—. Trataré de relajarme.
Pocos minutos después, estaba dormida.

Capítulo catorce



—**i**E s tan pequeño! —se maravilló Annette al contemplarlo dentro de la incubadora—. No lo puedo creer. Hola, hombrecito. Mamá está muy, pero muy contenta de que hayas llegado con bien.

—Mil ciento sesenta y tres gramos es muy poco —insertó Paul. Nathaniel Paul había nacido a las 10:45 a. m. el día anterior. Se les avisó a Paul y Annette que a la hora de nacer le tuvieron que dar reanimación y como resultado había desarrollado síndrome de dificultad respiratoria.

—El bebé prematuro que nace antes de las treinta y cuatro semanas no tiene suficiente surfactante para evitar que los sacos aéreos en los pulmones colapsen —explicó una enfermera maternal de la UCIN—. Lo tratamos con surfactante sintético para ayudarlo a respirar con más facilidad. También le tenemos un respirador, aunque esperamos que no lo necesite durante mucho tiempo. Por

ahora le está ayudando a que los pulmones se recuperen.

—Parece que aparte de eso está muy saludable —dijo Paul, agradecido—. Los médicos dicen que tiene el corazón fuerte. Si los pulmones pueden ajustarse y terminar de desarrollarse estará en buenas condiciones.

—Así es —afirmó la enfermera—. Tienes a un hijo muy fuerte, y esperamos que pronto respire bien.

Ella ajustó el tubo de la inyección intravenosa de Nathaniel con una sonrisa amable.

—Disfruten a su bebé. Es lo que más le ayudará.

—También estoy agradecida por este hospital de niños en momentos como estos —dijo Annette, al pasar la mano por una de las aberturas en la incubadora para tocar a su hijito—. Dicen que tiene la unidad de cuidados intensivos neonatales más grande y con más experiencia en todo el estado.

»Paul, esto me recuerda que Dios es fiel aun en los momentos difíciles. Ayer, cuando me llevaban de prisa al quirófano, tenía mucho temor y preocupación. Sin embargo, en lo profundo de mi ser, sabía que Dios estaba conmigo. Sabía que iba a estar bien.

—Lo siento que no pude estar. —Los ojos de Paul acusaron compasión.

—Llegaste tan pronto posible. Lo entiendo, Paul. Y así como me dijiste cuando primero ingresamos, Dios estuvo conmigo. Él está aquí con nosotros, y tiene las cosas bajo control.

—Así es —respondió Paul.

—¿A quién opinas que se parece? —preguntó Annette con una sonrisa—. Me parece que tiene tu barbilla y mi nariz.

—No cabe duda —respondió Paul—. Y las orejas se parecen a las de Cynthia.

—¡Tienes razón! Sí se parecen. Mira cómo se agarra de mi dedo.

Eres un hombrecito fuerte, Nathaniel. Mamá y papá te aman mucho —susurró Annette.

—Tú debes descansar —dijo Paul.

Ellos habían recibido permiso para ver al bebé en la UCIN, aunque el médico había dicho que Annette probablemente no recibiría el alta hasta dentro de otros dos días.

—Me supongo que debería —Annette miró a Nathaniel con anhelo—. Pero es tan difícil dejarlo.

—Lo sé. A la vez, las enfermeras están cuidando de él —le aseguró Paul. Él le dio vuelta a la silla de ruedas y pasaron por las puertas de salida de la UCIN.

—Mamá va a venir esta tarde —recordó Annette con felicidad mientras ella y Paul salían—. Ella traerá a Cynthia.

—Cynthia desea verlo —se rio Paul—. No deja de hablar de “nuestro bebé”.

—Solo espero que él esté bien. Seguiremos orando y amándolo, y luego confiaremos en que Dios lo sane. Él ya nos ha cuidado de muchas maneras. —Annette necesitaba ese recordatorio audible del cuidado de Dios para con ella y su hijo cuando comprendió la realidad de que no podía estar al lado de su hijo.

Esa tarde durante las horas de visita hubo un cálido reencuentro en la habitación de Annette.

—¡Estoy muy agradecida de que pudiera venir, mamá! —Annette lloró en silencio cuando sintió los brazos fuertes y seguros de su madre que la rodeaban.

—Ningún abrazo de frente para ti. —Su madre la miró, preocupada—. ¿Estás con mucho dolor por la cirugía?

—Estoy tomando un medicamento algo fuerte para el dolor, pero sí estoy adolorida —reconoció Annette.

—Cynthia, ten cuidado; no puedes saltar en la cama de mamá

—la abuela le recordó a la niña. Cynthia se miró confundida.

—Mamá, ¿está bien? —le preguntó, ansiosa.

—Ven, siéntate conmigo —le dijo Annette, tocando suavemente la cama a su lado—. A mamá le duele el estómago, pero todo estará bien, así que no te preocupes, cariño.

—¿Dónde está bebé? —fue la siguiente pregunta de Cynthia.

Paul le sonrió a su hija ansiosa.

—El bebé está muy pequeñito. Él debe estar en un lugar especial para los bebecitos. En algún momento, y ojalá pronto, lo podrás conocer, ¿de acuerdo? Con todo, esta noche puedes ver a mamá. ¡Eso sí que es especial!

Cynthia asintió con la cabeza y se acurrucó contra Annette. El ajuste no sería fácil para ella, ni para sus padres que aceptaban la realidad de que el pequeño Nathaniel permanecería muchas semanas en el hospital.

El siguiente lunes le dieron el alta a Annette, así que aprovechó la oportunidad para llevar a su madre a la UCIN para conocer a Nathaniel por primera vez.

—¡Mira qué precioso! —exclamó Annette, asombrada. Ella se maravillaba vez tras vez del amor que le sobrevénía al contemplarlo.

—Es tan pequeño y perfecto —se maravilló la mamá de Annette.

—¿Te gustaría tenerlo en los brazos mientras estás aquí? —preguntó una de las enfermeras.

—¿Se me permite?

Cuando le pusieron al hijo en el pecho por primera vez, ella sintió que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, bebé, te amo —susurró con la voz entrecortada. Ella podía sentir el rápido latido de su corazón contra el suyo. La cabeza aún le olía a recién nacido. Ella cerró los ojos e inhaló.

—Les hace bien a estos bebés tener contacto directo con la piel

de sus padres —explicó la enfermera cuando volvió para poner a Nathaniel otra vez en la incubadora—. Ayuda con su desarrollo, la vinculación afectiva y su salud en general. Siempre estamos contentos cuando los padres los pueden abrazar pronto después de que nacen.

Cuando Nathaniel cumplió una semana de estar en la UCIN, desarrolló pulmonía. Luchaba por respirar. En cualquier momento que le era permitido, Annette estaba a su lado, orando por él, cantándole dulcemente y dándole suaves caricias.

Pasaron varios días, y no parecía mejorar. Al tercer día de estar con la infección, Annette temía aún despedirse de su bebé.

—No está mejorando —le dijo con preocupación a Paul mientras se dirigían hacia la casa al oscurecer.

En el asiento trasero, Cynthia cantaba a todo dar, feliz de haber pasado la tarde jugando en el parque con su papá.

—Cristo me ama, me ama a mí...

Paul miró a Annette y sonrió. La tomó de la mano y no dijo nada. Annette sabía lo que pensaba: las palabras del canto de Cynthia eran el recordatorio que necesitaban en este momento; un recordatorio de que Jesús amaba a su hijito que luchaba en la UCIN. Jesús estaba en control, sin importar lo que enfrentaban.

Annette suspiró, se recostó cansadamente en el asiento y cerró los ojos. “Jesús, yo sé que tú me amas. Sin embargo, hay momentos cuando no lo siento. A veces, como en esta tarde, solamente necesito que me des un abrazo más. Algo que me demuestre de manera tangible que estás de mi lado.

—¿Te gustaría que oráramos juntos por Nathaniel? —preguntó Paul en voz baja.

—Sí, por favor. —Annette trató de no llorar mientras su esposo hizo una oración sencilla y sincera por su hijo y por su propio

corazón.

—Gracias, mi amor, necesitaba eso esta tarde. —Se pasó la mano por las mejillas para secarse las lágrimas.

—Sé que estos días son difíciles —la consoló Paul—. Yo también estoy preocupado por Nathaniel. Sin embargo, también estoy preocupado por ti, mi amor. Te miras tan pálida, y sé que no estás descansando lo suficiente.

—Así es la vida —suspiró Annette—. Trato de cuidar de mí misma; sin embargo, me temo que la sanidad lleva su tiempo.

—Avísame si hay algo más que pueda hacer para ayudarte —le urgió Paul.

Al siguiente día en la UCIN, Annette estaba sorprendida y contenta de descubrir que la salud de Nathaniel había mejorado durante la noche.

—Fueron las oraciones de tu papá —se regocijó mientras abrazaba a su hijito—. Dios nos escuchó anoche, mi pequeño. ¡Estoy muy agradecida! ¡Estaba tan preocupada por ti!

Nathaniel seguía luchando por respirar. Las semanas se convertían en meses mientras su estadía en la UCIN se prolongaba. Él desarrolló displasia broncopulmonar, una enfermedad crónica de los pulmones en los bebés.

—Es algo común en los infantes que han sido tratados por síndrome de dificultad respiratoria —le explicó el médico a Annette mientras tenía en los brazos a Nathaniel—. El uso del respirador puede causar líquido en los pulmones y puede cicatrizar el tejido. La mayoría de los infantes tienen síntomas que mejoran durante los primeros dos años de vida.

—Entonces, ¿qué podemos esperar para él? —preguntó Annette.

—Por el momento estamos usando esteroides y antibióticos para ayudarlo a recuperarse. Pero ¿a largo plazo? Algunos niños tienen

muy pocos problemas, mientras que otros tienen complicaciones a plazo más largo. Muchas veces tienen un riesgo más alto de contraer infecciones respiratorias como el VRS (virus respiratorio sincitial) y la pulmonía.

»Una de las complicaciones que están afectando a Nathaniel en este momento es el edema pulmonar. Esto dificulta el paso del aire por las vías respiratorias. En raros casos, hay complicaciones con el sistema circulatorio, como, por ejemplo, hipertensión pulmonar. Sin embargo, no es probable que eso le suceda a Nathaniel.

Annette tenía poco tiempo para escribir en un diario. Los días consistían en viajar entre la UCIN y la casa. Era una batalla mantenerse al día con los quehaceres de la casa, cuidar a Cynthia y pasar suficiente tiempo con Nathaniel. Aunque caía en la cama demasiado agotada para pensar aun, le era difícil dormir.

Paul seguía trabajando todas las horas posibles. Llegaban enormes cuentas del hospital, y aunque la iglesia y varias otras congregaciones ayudaban con algunos de los gastos, parecía que iban a tener que estar pagando durante varios años.

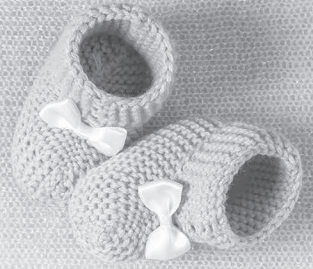
En medio de todo, Annette halló fortaleza en las oraciones sencillas, en la relajante música de adoración que escuchaba en sus viajes al hospital y en los versículos que escribía en pequeñas hojas y pegaba en el espejo. Ella se aferraba a las promesas y la fortaleza de Dios de maneras en que jamás lo había hecho. Sin embargo, todavía había momentos en que luchaba. Con dolor en el corazón, reconoció que para ella era imposible dedicarle el tiempo necesario a ambos Nathaniel y Cynthia.

“Dios, tú eres un mejor Padre para ellos que la madre que soy yo”, oraba. “Ayúdame a confiar en ti”.

Por este camino desconocido y difícil, ella y Paul se aferraron a Dios y el uno al otro. Solamente Dios conocía el camino por

delante, y ambos descansaron en la verdad inmutable de que ese Dios tan fiel siempre estaría con ellos.

Capítulo quince



Tengo gran deseo que nuestra familia pueda estar completa para la Navidad —le dijo Annette a Paul un domingo por la mañana.

—No falta mucho para llegar a esa fecha —reflexionó Paul—. Pero quizás...

—El médico tenía esperanzas la semana pasada de que Nathaniel estaría listo para venir a casa el martes —dijo Annette.

Ellos habían esperado que ya hacía un mes estuviera en casa, sin embargo, le dio VRS y su estadía fue prolongada.

—Ha llevado un camino difícil el pobrecito. ¡Me parece que tiene los problemas respiratorios del papá! —dijo Paul.

—¡Pues, esperemos que junto con todos los problemas que ha tenido, no tenga el asma tuya! —Annette estrechó la mano para soltar a Cynthia de su asiento mientras Paul se estacionaba al lado de la iglesia—. El médico dijo que iba a llegar a casa con

tratamientos respiratorios como resultado del VRS. No estoy ansiosa de enfrentar eso.

—¿Van a traer al bebé a casa? —preguntó Cynthia con ansia.

—Quizás esta semana —le aseguró Annette mientras abría la puerta del auto y sacaba a su hija.

—Van a traer al bebé para la casa —celebró Cynthia, dando saltos de alegría.

El martes pasó sin que le dieran el alta, sin embargo, antes del jueves, los médicos decidieron que Nathaniel estaba listo para ir a la casa.

“¿Será la realidad?”, pensó Annette al mirar a Nathaniel en el asiento y al rostro de Paul mientras bajaban el último ascensor.

—¡No lo puedo creer que finalmente llevamos a nuestro bebé a la casa!

—Se siente bien, ¿verdad? —Paul sonrió.

—Muy bien —suspiró ella, contenta—. ¡Al fin nuestra familia estará completa!

Cuando pasaron por Cynthia en la casa de Renee de camino a casa, Paul le dijo que tenía una sorpresa para ella en el auto.

—¿Nuestro bebé? —adivinó Cynthia. Cuando Paul la puso en el asiento al lado del pequeño asiento de Nathaniel, ella se quedó boquiabierta y luego dio un grito de felicidad:

—¡Es nuestro bebé! —Ella juntaba las manos con emoción.

—Nathaniel se viene a quedar —celebró Annette junto con la hija—. ¡Al fin nuestro bebé se viene a casa!

La primera noche en casa fue intranquila.

—Nunca comprendí lo bien que dormía Cynthia —le reconoció Annette a Paul la mañana siguiente mientras desayunaban—. ¡Nuestro hijo ciertamente está acostumbrado a la vida social nocturna del hospital!

—Espero que mejore un poco cuando se acostumbre a estar en casa —la animó Paul—. Y no dudes en descansar durante el día al mismo tiempo que los niños, si puedes.

Cuando esas horas de la noche se volvieron una rutina normal, Annette comenzó a usarlas como horas de oración. Ella se acurrucaba en la silla mecedora con Nathaniel y oraba por sus hijos, por su esposo, por sus hijos futuros y por cualquier otra persona que Dios le traía a la memoria. Ella mantenía una sencilla lista de oración y varias tarjetas recordatorias. Oraba por una amiga que estaba con luchas en el matrimonio y por otra amiga que enfrentaba problemas de salud. Oraba por su amiga misionera en la India y otra amistad cercana que trabajaba en un país restringido de Medio Oriente. A veces le llegaba un mensaje a medianoche, pues en aquellos países era de día. De manera extraña, esas horas de la noche llegaron a ser su santuario.

Cuando era soltera, Annette le había puesto prioridad a la oración y a sus amistades. El cambio a ser madre había sido desafiante y a veces doloroso para Annette en esos campos. Ahora, aunque de maneras pequeñas, ella hallaba nuevas oportunidades para que estas cosas volvieran a ser parte de su vida. Durante estas vigiliass de la noche, ella comenzó a sentir gozo e incluso cierta gratitud.

Aun cuando algunas de sus responsabilidades llegaron a ser más claras, otras se hicieron más difíciles.

—Nunca sé que esperar en los días por delante —le dijo Annette a su madre por teléfono una tarde—. Cynthia ha creado muchos problemas desde que trajimos a Nathaniel a casa. Ha sido desafiante y poco cooperativa de maneras que no había demostrado nunca. Me estoy preguntando qué estoy haciendo mal.

—¿Es en ciertos campos nada más o en todo?

—No sé... siento que algunos días es en todo campo. Empiezo

a preguntarme si el hecho de que tanto estuvo separada de mí durante los últimos meses le ha creado temores o algo. Ella lucha a la hora de dormir; no responde bien a la disciplina. Al parecer, no tiene nada que ver con Nathaniel, sin embargo, todavía me pregunto si mi ausencia la impactó de alguna manera.

—Sigue siendo constante en lo que exiges de ella —su madre la animó—. Dale mucho amor y afirmación. Quizá nada más necesita un poco más de seguridad.

—Quizá —dijo Annette, esperanzada—. Ore por mí. En estos días constantemente me siento perdida. Cuidar de dos hijos a la vez es más difícil de lo que yo esperaba. Especialmente cuando no he dormido lo suficiente.

Otras personas también le dieron consejos.

—Estoy segura de que ella tiene un carácter fuerte —dijo Berta, otra madre joven de la iglesia, después de un domingo bastante difícil—. La disciplina constante es tan importante en esta etapa de la vida, y se exige mucha. Algunos días siento que lo único que logro hacer es castigar y corregir y tener en los brazos a mi pequeño Peter. Él también tiene dos años. Betsy, mi hija de cinco años, no fue así. Era mucho más tranquila.

—Pero eso es parte de mi problema —reconoció Annette—. Ella no responde a los castigos. Solo parecen hacerla más desafiante, y noto que se está distanciando de mí. Quiero entender lo que está sucediendo en su corazón. ¿Entiendes?

—A veces es de ayuda pedirle al esposo que se implique más. Un castigo firme de parte de papá hace mucho en nuestra casa. A veces pasa un día entero en que no tengo que castigar a Peter después de que ha pasado un tiempo con su papá.

—Gracias por tus consejos —dijo Annette en voz baja.

Ella tragó grueso al volverse. No le contó a Berta que Cynthia

respondía de la misma manera ante la disciplina de su padre. Berta estaba preocupada y deseaba ayudar, pero sus consejos no parecían ser la solución. Annette siempre había creído que el amor y la disciplina constante eran lo que los niños más necesitaban, sin embargo, ahora comenzaba a dudar.

—Pasar por momentos de lucha para ambos el hijo y los padres es una parte normal de la crianza de los hijos. Estás haciendo un buen trabajo. Encontrarán la solución —Renee animó a Annette cuando ella le contó el peso de su corazón a la esposa del pastor—. Le pediré a Dios que les dé toda la sabiduría que necesitan para enseñar y amar a Cynthia. Él se la ha encomendado a ustedes. Sabe lo que necesitan para entender la situación.

Estas palabras fueron de mucho consuelo para el corazón de Annette. Mientras ella y Paul seguían en busca de la voluntad del Señor en oración y en busca del consejo sabio acerca de sus necesidades como familia, se sintieron optimistas.

Durante un período de varios meses, mientras la observaba de cerca, Annette comenzó a notar que surgían unas pautas definidas. Comenzó una noche cuando estaba alistando a Cynthia para dormir.

—Mamá, por favor, no quiero esa manta —le rogó Cynthia—. Me duele.

—¿Cómo que te duele? —preguntó Annette, sorprendida—. Yo la siento muy suave.

—Me da picazón —dijo Cynthia con naturalidad—. No me gusta.

Annette sabía que su hija no era hipersensible, ni ridícula. No era su naturaleza ser así. Esta revelación la sorprendió y ella revisó la manta, descubriendo que era de lana suave y no tenía nada que causara picazón.

En lugar de la manta de lana, le llevó a Cynthia una de algodón y la acostó a dormir; sin embargo, guardó el incidente en la memoria.

Con el paso del tiempo, ella notó que Cynthia parecía volverse más torpe. Al principio, lo atribuyó al crecimiento, pero con el tiempo lo notó como una tendencia. Ella también notó que no soportaba nada en la ropa o en los zapatos que fuera incluso un tanto incómodo.

De más importancia aun, ella comenzó a observar que cuando castigaba a Cynthia con mandarla a su habitación para estar a solas, ella respondía mejor y era obediente. Sin embargo, cuando le daba un castigo corporal, Cynthia entraba en pánico y se distanciaba emocionalmente. Lo que al principio habían interpretado como desafío parecía ser una pauta de temor.

Después de hacer estudios y recibir buenos consejos de las personas sabias en su vida, descubrieron que Cynthia padecía de un trastorno de procesamiento sensorial. El fisioterapeuta amable y de pelo rubio le explicó el trastorno a Paul y Annette:

—El procesamiento sensorial es la manera en que el sistema nervioso maneja los mensajes que recibe y los vuelve en acciones y comportamientos apropiados. Para funcionar adecuadamente, se debe procesar una sensación correctamente.

»Un trastorno de procesamiento hace que la información sensorial sea mucho más difícil de entender, especialmente con el oído. Es como quitar el filtro que te ayuda a no hacer caso a los sonidos insignificantes como las hojas que se mueven en el viento, el tictac del reloj, etcétera. Cuando alguien tiene un trastorno de procesamiento sensorial, el filtro no existe. Oye todo y no puede apagar nada. Es sumamente cansado porque el cerebro no tiene descanso. Constantemente está evaluando cada parte de su mundo, incluso

mientras duerme. Así que, cuando el trastorno se vuelve más pronunciado —muchas veces en la etapa de bebé hasta la edad preescolar— estos niños necesitan más horas de sueño que otros de su edad, ya que parece que nunca duermen lo suficiente porque la mente no se apaga aun cuando duermen.

»Según la severidad del trastorno, puede causar torpeza en las habilidades motoras, problemas de comportamiento, ansiedad y dificultad con los estudios.

—¿Y cuál es la causa? —preguntó Paul.

—Puede ser parte de su genética o posiblemente algo causado por problemas prenatales o en el nacimiento. También puede resultar de causas ambientales —les informó el terapeuta—. Lo bueno es que hay esperanza. Y con terapia ocupacional e integración sensorial, podemos ayudarle a Cynthia a saber responder en su mundo. La mayoría de los niños con este trastorno son igualmente inteligentes que cualquier otro, y muchas veces tienen dones extraordinarios. Creo que Cynthia estará muy bien. Nada más necesitarán de paciencia y creatividad para saber enseñarla.

—Estoy muy agradecida de que Dios nos mostró lo que está sucediendo —le dijo Annette a Paul en la noche después de su primera cita con el terapeuta—. Yo estaba tan preocupada de que estábamos fracasando como padres.

—Lo sé —añadió Paul—. Me alegro de que haya ayuda para Cynthia y que nosotros sepamos cómo mejor hacer las cosas por el bien de ella.

Annette reflexionó:

—Cambia mi perspectiva de que un mismo método funciona para todo niño.

—Como he dicho, las cosas nunca salen según el plan en esta familia —dijo Paul con una sonrisa.

—Yo solamente estoy agradecida de que Dios esté con nosotros en todo este camino —reconoció Annette—. No quisiera transitarlo sin su ayuda.

Capítulo dieciséis



El resplandor misterioso de las luces de la ambulancia penetró la niebla profunda de una tormenta de lluvia a finales del otoño. Annette no podía oír la tormenta sobre el alarido de la sirena.

Mientras la ambulancia viajaba a toda velocidad por las calles desiertas de Boise, Annette apenas estaba consciente. Ella ya se había desmayado varias veces esa noche, y ahora apenas lograba mantenerse consciente. Para empeorar el asunto, Paul no estaba con ella y no se sentía segura.

—Ya casi llegamos al hospital —El rostro amable del paramédico apareció delante de ella—. Te hemos dado medicamento para detener el sangrado. Cuidaremos de ti, ¿de acuerdo?— ¿Dónde está mi esposo? —la voz de Annette era débil, apenas más que un susurro.

—Estoy seguro de que vendrá lo más pronto posible —le aseguró el paramédico. Paul había tenido que buscar a alguien que cuidara

a los niños antes de poder seguir la ambulancia hasta el hospital.

¿Por qué le estaba volviendo a suceder esto? En este momento, ella sentía que el mundo era una confusión; sin embargo, una cosa le resaltaba con claridad: Annette se sentía completamente indefensa, sola y torpe. Todo se sentía pesado.

Pocos minutos más tarde, ella cerró los ojos ante la luz áspera de urgencias, ante la asperidad de lo que sucedía. Las palabras hemorragia, segundo trimestre y placenta previa circulaban a su alrededor.

Paul llegó pronto, su pelo mojado por la lluvia fuerte. Con ternura miró a Annette y la tomó de la mano.

—¿Qué sucede, Paul? —susurró Annette—. Tengo mucho frío. Mucho miedo. Nuestro bebé...

Paul solo negó con la cabeza y sostuvo con más fuerza la mano. Él mismo parecía estar aturdido.

En ese momento entró un médico en la sala.

¿Me supongo que eres el esposo de Annette?

—Sí —asintió Paul.

—Hemos hecho un ultrasonido y examinado a tu esposa. Parece que tenemos un caso en que la placenta se ha desprendido; sin embargo, no sabremos con seguridad hasta después del parto. En cualquier caso, tenemos que hacerle una cirugía a tu esposa de inmediato.

—¿Qué tal el bebé? —Paul hizo la pregunta que ambos más querían saber.

El médico vaciló durante un breve segundo y luego habló en tono bajo:

—El ultrasonido no mostró el latido del corazón. Lo siento, pero el bebé se ha muerto.

Las facciones normalmente plácidas de Paul acusaban sorpresa

total. Annette clamó en angustia.

—De verdad lo siento. Tendremos que hablar más de esto luego.
—El médico siguió hablando con prisa—: En este momento tenemos que operarla de inmediato o perderás a tu esposa.

El corazón de Annette se sentía completamente destrozado mientras llevaban su camilla de prisa hasta el quirófano. Ni siquiera tenía la fuerza para orar. Su alma estaba descubierta y temblando dentro del cuerpo quebrantado, y no halló palabras.

En la sala de espera, Paul oró por su esposa amada, que había enfrentado tantos desafíos como madre.

Varias horas después, Annette se despertó viendo las cortinas de una sala de recuperación. Paul no estaba allí, sin embargo, una enfermera estaba con ella.

—¿Dónde está mi esposo? —Annette estaba medio dormida, pero sabía lo que quería.

—Ah, te has despertado. ¿Cómo te sientes? —preguntó la enfermera con una sonrisa.

—Quiero ver a mi esposo —dijo Annette otra vez.

—Lo buscaré —prometió la enfermera, y desapareció.

Cuando Paul entró en la sala casi media hora después, se miraba agotado y envejecido.

—Paul, me siento vacía —le dijo Annette débilmente.

Con ternura, Paul la tomó de la mano.

Más tarde, cuando la habían pasado a su propia sala, Paul se sentó al lado de su cama y hablaron más acerca de lo sucedido.

—Hablé con el cirujano y dice que has superado bien la cirugía, Annette. Sin embargo, las cosas eran más complicadas de lo que se imaginaban.

—¿Qué tal nuestro bebé? —preguntó Annette entre lágrimas.

—Tenemos un pequeño niño en el cielo, Annette.

—¿Lo viste? —preguntó Annette, temblorosa.

—No. Él está muy pequeño, Annette. La enfermera dice que midió apenas diez centímetros.

—Yo lo quiero ver, Paul.

—Pero en este momento debes descansar un poco más, Annette. Te acaban de hacer una cirugía grande.

—Es como cualquier otra cesárea —insistió Annette—. Quiero ver a mi bebé aun si es muy pequeño.

—Annette, la verdad es que te hicieron una histerectomía. —Las palabras de Paul la pararon en seco.

Ella lo miró como si no hubiera podido entender la información. Él la miró a los ojos en un silencio compasivo.

—Annette, dicen que es muy extraño que la placenta se desprenda en el segundo trimestre. Cuando sacaron la placenta y al bebé, comprendieron que el útero había sufrido daño tan extenso que una histerectomía era la única opción razonable.

—Pero ¡Paul! —dijo Annette, angustiada—. ¿Cómo pudo suceder esto? ¡Es demasiado!

—Lo siento mucho, Annette. —Los ojos de Paul acusaban su propio dolor.

—¿Le podemos poner un nombre? —preguntó Annette después de un largo silencio.

—Sí —respondió Paul en voz baja—. ¿Te gustaría escoger el nombre?

—Diamante —dijo Annette—. Este bebé era precioso. Quiero recordar eso cuando piense en él.

Más tarde, Renee llegó de visita. Cuando oyó los resultados de la cirugía, se lamentó con Annette.

—Una cosa es perder a un bebé; una cosa muy difícil. —Annette aún trataba de asimilar todo lo que había sucedido—. Otra cosa es

perder la capacidad de sostener una vida.

—Es impactante — agregó Renee—. Lo siento mucho, Annette. No puedo imaginar cuán difícil es para ti. Dos pérdidas de un solo.

—Ahora tenemos cuatro hijos en el cielo. —Annette se secó las lágrimas con un pañuelo—. Es una parte de ser madre que no me esperaba, tener hijos que inmediatamente van al cielo. Siguen siendo mis hijos, sin embargo, es tan diferente cuando nunca los puedo tener en los brazos.

Las semanas tras la cirugía y la muerte de Diamante eran semanas difíciles de intenso dolor físico y emocional. A veces Annette sentía que se doblaba ante la carga, con ganas de sencillamente darse por vencida. Otras veces sentía que lo único que hacía era llorar. El dolor era difícil e impredecible. Ella se aferró a Dios en la mente y el corazón. Para hallar su camino a través del proceso de sanidad, ella volvió una vez más a escribir en un diario.

6 de noviembre de 2015

¿Es apropiado llorar por un bebé que es demasiado pequeño para un ataúd? Sí. Creo que lo es. ¿Tiene Jesús a nuestro bebé demasiado pequeño en sus tiernos brazos? Sí, yo sé que está allí. Hay mucho que desconozco de ti, mi pequeño hijo. Cuando nos encontremos en el cielo, ¿te reconoceré si te conozco tan poco pero, a la vez, te amo tanto? Creo que sí. ¿Podemos decir que tu vida no tiene valor porque tu estadía fue tan corta? ¿Podemos decir que te amamos menos porque no te tuvimos en los brazos nunca? Creo que no.

Ah, nuestro dulce niño, ¿puedo decir que amarte es un poco como amar a Dios? Amar sin ver. Tener en los brazos sin tocar. Ninguna lápida marca tu vida y únicamente Dios registró tu nombre. No tuve la oportunidad ni la capacidad de

despedirme. No despedirse es tan difícil como despedirse. Las preparaciones se detuvieron. La visita especial tuvo que irse. Sin embargo, el banquete no se canceló. Solamente se pasó de lugar. Se pasó a los corredores del cielo. Con todo, una lágrima permanece donde debía haber un bebé.

—dedicado a Diamante, nacido el 18 de octubre de 2015.
Amado por papá, mamá y Jesús.



18 de noviembre de 2015

Precioso angelito:

Hoy hace un mes desde que te fuiste al cielo. Cuando papá y yo primero supimos de ti, estábamos muy emocionados. Nos dolió muchísimo cuando te perdimos y te fuiste sin nosotros poder saludarte. Me preocupé por ti y te amé al igual que a mis otros hijos. Durante un largo tiempo no supe que existías. No me hiciste sentir nauseas como hicieron tus hermanos. Cuando me enteré de que existías, me pregunté si Dios no me hizo saber de una vez porque me hubiera preocupado por tu salud y bienestar. Sin embargo, hubiera atesorado esos meses de saber que estabas bajo mi corazón.

Por extraño que parezca, en este momento no deseo adoptar a otro bebé. Mi corazón aún te abraza, angelito mío. ¿Cómo podría querer otro bebé cuando mis brazos ya están llenos? Los brazos de mi corazón.

Cynthia te habría amado mucho. Ella te habría invitado a sus fiestecitas de té, aun siendo varoncito. Y Nathaniel

habría crecido para ser tu protector e influenciador como hermano mayor. Habrían sido mejores amigos. Te podría escribir mucho más, mi corderito. Sin embargo, debo ir a cuidar a tus hermanos. Continuaré esta carta en otro día.

¡Te amo, precioso!

Además, en sus oraciones escritas a Dios, Annette luchó con la debilidad y confusión física que trajo su viaje de sanidad. Al igual que el salmista de la antigüedad, ella derramó su corazón.

Capítulo diecisiete



Era una de esas raras ocasiones en que Paul y Annette podían salir de cita, ya que el hermano de Paul y su esposa habían ofrecido cuidar a los niños. Mientras se acomodaban en sus sillas y miraban la lista, conversaron de asuntos generales: los niños, el trabajo y las finanzas. Después de que les sirvieron la comida, Paul sorprendió a Annette con una pregunta:

—¿Cómo te sientes en cuanto a la adopción ahora, Annette? —

Paul tomó un bocado de puré de patatas con salsa de carne.

Annette se detuvo a medio bocado y miró al esposo:

—¿Por qué preguntas?

Paul respondió con calma:

—En estos días lo he estado pensando.

—Yo lo estuve pensando ayer —reconoció Annette—. Ya que han pasado más de seis meses, creo que no me siento tan perdida en el dolor de la histerectomía. Siento más un anhelo de volver a

tener mis brazos llenos. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dijo Paul—. Estaba pensando que quizá debamos empezar a hacer los trámites pronto si te sientes preparada.

Paul raras veces era contundente, y Annette siempre se sorprendía cuando él hablaba tan decisivamente. Sin embargo, ella había aprendido a confiar en su sabiduría.

—¿Recuerdas cuando primero sentimos que Dios nos estaba llamando a considerar la adopción? —preguntó Annette con una sonrisa.

Paul asintió:

—Sí, recuerdo.

Annette suspiró:

—No me imaginé nunca que el camino sería tan largo y difícil.

—Yo tampoco —respondió Paul—. Ha sido difícil.

—Solamente busco confiar en que, de alguna manera, aunque siga siendo difícil, Dios tiene un propósito en todo esto. —Annette tomó agua pensativamente—. Pero ¿dónde empezamos?

—He estado pensando en eso —respondió Paul, cambiando de posición—. Comencemos con las finanzas.

Hablaron de la montaña abrumadora de finanzas para una adopción, y del hecho que una adopción privada parecía más posible en ese sentido. Paul y Annette acordaron que ahora estaban dispuestos a adoptar a un niño de otra etnicidad, como también un niño con discapacidades menores. Muchas veces había menos complicaciones con adoptar a estos niños.

Durante las siguientes semanas, oraron seriamente acerca de cómo proseguir en su camino hacia la adopción. Durante ese tiempo, se enteraron de “The Cradle” (La cuna), una agencia que buscaba familias adoptivas para niños discapacitados. Una de las grandes ventajas de esta agencia era que sus tarifas de adopción

eran mucho más bajas que las de muchas otras agencias.

—Siento que este es el medio que Dios quiere que usemos para adoptar —dijo Paul, y Annette estuvo de acuerdo.

Comenzaron el proceso de solicitud. En su diario, Annette expresó los anhelos y pensamientos entremezclados que eran parte del proceso para ella como madre.

21 de marzo de 2016

Pues, parece que pronto estaremos abriendo el corazón y el hogar a otro niño, ¡esta vez por medio de la adopción! Tengo muchas ganas de saber lo que Dios tiene por delante para nosotros. Reflexiono en cómo él nos trajo hasta este momento, y lucho.

Hallo que por un lado estoy emocionada. Tanto anhelo a otro bebé en los brazos. Un niño pequeño que pueda abrazar cerca del corazón. Creo que realmente apaciguaría el dolor de extrañar a los bebés que hemos perdido, ahora que el dolor no es tan reciente.

Sin embargo, hay algo en este gozo que igualmente me da tristeza. Extraño a Diamante. Estoy muy agradecida de que Dios nos diera el regalo de cada uno de esos bebés, aunque nos tuvimos que despedir.

Parecía haber montañas de papeles en todo el proceso de adopción. Primero había que rellenar las solicitudes de adopción, luego un plan de adopción y un perfil de padres adoptivos. Casi cada instante en que Annette tenía un poco de tiempo libre se lo gastaba en rellenar los papeles. Después de cinco meses de contestar preguntas, recibir a trabajadores sociales en su hogar y de prepararse en general para recibir a un niño, finalmente recibieron la aprobación oficial para adoptar.

Annette pasó mucho tiempo orando por el proceso de emparejamiento con el niño adoptivo, ya que estaba muy consciente de relatos donde no había sido exitoso. De cierta manera, ella sentía que lo había experimentado cuando sus planes de adoptar el bebé de Kenny y Jess habían terminado debido al aborto.

Mientras tanto, ella estaba sumamente ocupada tratando de mantener a un niño muy activo de dos años fuera de travesuras y una de cuatro años ocupada con los libros preescolares.

Nathaniel había alcanzado a los de su edad, y era más activo de lo que Annette hubiera pensado. A diario le probaba su creatividad, paciencia y energía.

Cynthia siguió luchando con el trastorno de procesamiento sensorial, sin embargo, con la terapia regular y amplia comprensión de sus padres, había crecido significativamente hacia la adaptación y la funcionalidad. Ella había cambiado de una niña que parecía desafiante a ser una niña sensible y perspicaz. Muchas veces sorprendía a Annette con la profundidad de sus preguntas y pensamientos acerca de la vida y con su comprensión de otros y sus sentimientos.

Poco tiempo después de que empezaran a hablar otra vez de la adopción, Annette le preguntó a Paul si debían contárselo a los niños. Ellos decidieron que les parecía justo contar, especialmente a Cynthia, en cuanto a la posibilidad de otro bebé en la familia.

—Cynthia, papá y mamá están esperando que Dios pronto les traiga a otro hermano o hermana. Tenemos la esperanza de adoptar a un bebé.

—¿Qué es la adopción? —preguntó Cynthia con curiosidad—. ¿Es como la hija de Abe y Angie? Ella es morena y ellos son blancos. ¿Es la adopción algo así?

—El color de la piel tiene poco que ver; sin embargo, sí, Aleah es adoptada, y el color de su piel es diferente que el de sus padres.

A veces los bebés no tienen un hogar. Otras veces su madre no puede cuidar de ellos, así que piden a otras familias que les den un hogar seguro.

—Mamá, ¿qué tal usted no podría cuidar a Nathaniel? ¿Qué tal no podría cuidarme a mí? ¿Tuviera alguien que adoptarnos a nosotros?

Después de todos los problemas de salud de Annette y la estancia prolongada de Nathaniel en la UCIN, Cynthia era propensa a preocuparse.

—Mamá está aquí para cuidarte, mi amor. No tienes que preocuparte por eso —Annette le aseguró a su hija en voz baja—. La mayoría de las madres aman mucho a sus hijos, sin embargo, algunas sencillamente no pueden cuidarlos. Yo puedo cuidar de ti, sin embargo, algunas madres no tienen un esposo que les ayuden a proveer un buen hogar como el que tienen tú y Nathaniel. Nosotros queremos adoptar a tal bebé.

—Sí, sí; yo quiero a un bebé —respondió Cynthia, satisfecha con la explicación de su madre.

Luego, Annette oyó a Cynthia informándole a Nathaniel que pronto él ya no sería el bebé y que entonces tuviera que crecer y ser un hermano mayor, así como ella ya era una hermana mayor.

Nathaniel se vio afectado solo de momento por su solemnidad. La información que ella le había brindado hizo poco impacto en su mente ocupada de dos años. Annette sonrió mientras siguió haciendo la cena.

El día que firmaron con la red de “The Cradle”, repasaron las situaciones de adopción disponibles. Una de las agencias que trabajaba con “The Cradle” tenía una bebé llamada Elizabeth. Su situación le resaltó a Paul y Annette. Ella tenía una condición de la piel y era ciega de un ojo. Había, además, la posibilidad de

otras limitaciones. Sin embargo, la condición de Elizabeth no era nada en comparación con algunas de las situaciones que sentían que estaban fuera de su capacidad de cuidado con una familia ya ocupada.

Elizabeth apenas tenía unas semanas de edad. Después de dialogarlo y ponerlo en oración, Paul y Annette decidieron hacer disponible su perfil. Durante varias semanas no oyeron nada. Esta agencia en particular les daba a las familias biológicas bastante tiempo para considerar los posibles hogares, algo que los padres adoptivos consideraban una desventaja.

A veces este tiempo de espera era perjudicial para ambos el niño y la familia que esperaba recibirlo. Sin embargo, tenía sentido a la luz de la decisión tan difícil que tenía que tomar la familia biológica. No es que a la agencia en sí le gustara la larga espera, sin embargo, no tenían control sobre lo que permitía la política de las otras agencias.

Annette trató de tener paciencia. Una vez más ella se apegó profundamente a esta bebé que aún no había conocido. Ella oró con frecuencia por Elizabeth y su madre.

—A veces me pregunto si es la manera en que Dios me pide servir a otros, aun si no recibimos a los niños —le dijo Annette a una amiga—. Siento mucho peso de orar por estas madres con sus bebés. Lo hago casi involuntariamente.

—Sí, es un ministerio —confirmó su amiga—. Uno en que le das una parte de ti misma a alguien que ni siquiera conoces.

Una mañana a principios de noviembre, Annette recibió un mensaje de texto. Decía que debía ponerse en contacto con Sara, trabajadora de la agencia, tan pronto como fuera posible.

Al mediodía, hizo una conferencia telefónica con Sara y Sue, la madre biológica de Elizabeth. En medio de estas conexiones, ella

llamó a Paul en el trabajo para mantenerlo informado de lo que sucedía.

Parecía que Elizabeth sería colocada con su familia. Esa noche decidieron dirigirse hacia California al día siguiente, dejando a los niños con Renee. Annette y Paul hicieron maletas para el viaje inesperado, saliendo antes del amanecer a la mañana siguiente.

Capítulo dieciocho



“Haz un giro en U”. El GPS supuestamente era de ayuda, sin embargo, después de estar viajando todo el día, Annette no estaba tan segura.

—Creo que pasamos el lugar donde debíamos doblar —dijo Paul con voz cansada—. El GPS probablemente nos llevará por otro camino.

—Le enviaré un mensaje a Sara para avisarle que llegaremos tarde —ofreció Annette.

Ellos se iban a encontrar con la agente y los padres biológicos, Bert y Sue, en un restaurante en las afueras de Sacramento. Cuando llegaron cuarenta y cinco minutos más tarde, estaban agotados y un poco nerviosos. Annette oraba silenciosamente que Dios dirigiera en esta reunión. Ella oraba por el futuro de Elizabeth y que Dios hiciera su voluntad en medio de la situación.

—Gusto en conocerlos.

—Disculpen el atraso.

—Bienvenidos a California.

El encuentro fue cálido. Después de que Paul y Annette habían pedido su cena, Sue comenzó a hacer preguntas. Sus ojos azules acusaban intensidad mientras escuchaba e indagaba. Para ella era muy importante saber mucho de la familia a la que se uniría su hija.

Paul y Annette trataron de ser honrados, mostrando amabilidad y al mismo tiempo respeto.

Bert participaba un poco en la conversación, sin embargo, Sue era la que más hablaba. El hecho de que Paul y Annette eran menonitas la intrigaba y la hacía cautelosa.

¿Celebraban la Navidad? ¿Tendría su hija la posibilidad de participar en un deporte o tomar clases de baile? ¿Qué clase de música escucharía su hija o cuál le sería prohibida? ¿Esperarían que su hija se vistiera como Annette cuando fuese mayor?

Al finalizar la hora de compañerismo, las preguntas de Sue cesaron. Cuando se levantaron para irse, ella dijo:

—Obviamente, Bert y yo tendremos que hablarlo; sin embargo, ustedes son buenas personas y me siento bien con ustedes.

En el auto en camino a un hotel, Annette dio un largo suspiro.

—Eso fue intenso. No creo que alguna vez me haya sentido tan puesta a prueba. Ni cuando tú y yo éramos novios tuve que responder a tantas preguntas.

—Fue interesante —se rio Paul.

—Siento que Sue nos respeta pero que aún no está segura. —Basado en lo que había dicho la agente, Annette había esperado que fuera más seguro el acuerdo—. Parece que hay una razón por la que dicen que no hay nada seguro en el proceso de adopción menos la incertidumbre. —Ella se rio—. Solamente me pregunto

si ella pasará de respetarnos a confiar lo suficiente en nosotros para poner a Elizabeth en nuestros brazos.

—Sigamos orando —la animó Paul—. Dios sabe cómo se resolverá este asunto.

En el hotel esa noche, Annette difícilmente concilió el sueño. Daba vueltas y oraba. La siguiente mañana pasó lentamente. Finalmente, a media tarde, recibieron un mensaje de Sara. Ella dijo que Bert y Sue habían estado impresionados con los King, sin embargo, necesitaban más tiempo. Sue no estaba preparada para la diferencia cultural y necesitaba tiempo para decidir si permitiese que su hija se criara en una cultura diferente. Ella apreciaba su sistema de valores, solamente no estaba segura si eso fuera lo correcto para su hija.

Durante ese largo día de esperar y orar, Annette se sentó ante el escritorio en la habitación de hotel y apuntó sus pensamientos en su diario:

Noviembre de 2016

Sara dice que la madre biológica que tarda más para pensar las cosas no es tan propensa a cambiar de mente, sin embargo, ¿será así con Sue? Solo Dios sabe, pero oh, ¡cómo anhela mi corazón a Elizabeth! Sabemos que ella existe, sin embargo, ¿la lograremos a conocer? ¡Si tan solo pudiésemos estar al otro lado de esta agonizante incertidumbre!

Se me vienen las lágrimas mientras medito. ¿Saldremos de este lugar con los brazos vacíos una vez más? ¿Saldremos con la promesa de una hija? ¿O nos iremos con Elizabeth en nuestros brazos? Nuestro corazón se dolerá demasiado si volvemos con las manos vacías. Fue imposible sentarme con Sue anoche y ver las fotos de su pequeña bebé y no

permitir que nuestro corazón se vinculara aún más.

Nos quedaremos aquí y esperaremos hasta que Sue tome su decisión. Tenemos una maleta con ropa y un asiento para el auto. Todo está listo. ¿Lo usaremos? ¿O tendremos que volver a guardar todo? Creo que incluso Paul estará muy dolido si Elizabeth no regresa a casa con nosotros.

Esa tarde cuando la espera parecía insoportable, Paul y Annette decidieron ir al zoológico en Sacramento para pasar el rato. Disfrutaron de andar sin prisa entre los encierros y de comprar algo para cada niño en una tienda de allí. Para Elizabeth hallaron un llavero que llevaba su nombre y brillaba con una luz solar y un flamenco de peluche. Para Nathaniel, Paul escogió un mono, mientras que Annette eligió un canguro para Cynthia.

—Sé que les podemos llevar regalos, sin embargo, me duele pensar que quizá no les llevaremos una hermanita —dijo Annette mientras volvían al auto.

—Lo sé —dijo Paul, al encender el auto—. La incertidumbre es difícil.

Ellos se detuvieron en un restaurante y compraron unos emparedados, luego pasaron otra noche intranquila en el hotel. El viernes por la mañana, Annette le envió un mensaje a Sara para ver si tenía alguna actualización. Unos momentos después le timbró el teléfono.

—Tengo malas noticias —dijo Sara con vacilación—. Después de pensarlo, Sue expresó que ella siente que su estilo de vida es demasiado diferente al de ella. Ella teme que si se encontrara con Elizabeth más adelante en la vida no podría relacionarse con ella. Decidió entregar a Elizabeth a otra familia.

Annette casi no pudo responder. De alguna manera logró hablar:

—Está bien.

—Lo siento mucho —dijo Sara con compasión—. En algún momento sí vamos a hallar a un niño, porque tú y Paul están destinados a ser padres. Eso es una verdad. Sencillamente esta no era la bebé correcta.

Las palabras de Sara cayeron en oídos sordos. Annette se despidió adormecida y cortó la llamada. Se sentía débil con el vacío de la pérdida. Miró a Paul. Él no decía nada. No sabía qué decir. Su rostro curtido acusaba el dolor de la desilusión.

Juntos se quedaron sentados en silencio. Annette sollozaba. En la mente giraban tantas preguntas. ¿Qué debían hacer ahora? ¿Qué sucedería con Elizabeth? ¿Por qué Dios había permitido que tuvieran esperanzas solo para sentirse tan destrozados ahora? La agente había estado muy segura.

Una vez alguien le había dicho a Annette que la adopción llevaba un gran riesgo y posible pérdida. Para ella y Paul parecía que el ser padres traía consigo riesgo y pérdida.

De manera lenta y dolorosa, hicieron maletas y salieron del hotel. Al dirigirse hacia la casa, Annette hablaba silenciosamente con Dios.

Señor, es difícil poner en palabras lo que estamos enfrentando. Sabemos que tú conoces lo que es mejor. Sin embargo, ¡nuestro corazón tiene mucho dolor! En esos tres días logramos mucha esperanza de que Elizabeth fuera nuestra hija. Paul y yo hablábamos de ser su papá y mamá. Nuestros sueños parecían ser realidad cuando nos encontramos con Sue y Bert aquella noche.

Y ahora esto. Padre, tú conoces el dolor que estamos sintiendo. Aun cuando llegamos a casa esta noche y

sonreímos y abrazamos a nuestros hijos, tú sabes que el dolor será una realidad en nuestro interior. Sabes cómo será ver vacía la habitación para la bebé y guardar toda la ropita y los pañales y el asiento para el auto. Padre, te ruego que seas nuestro Consolador. Únicamente tú sabes cómo mejor serlo.

Capítulo diecinueve



—**M**amá, ¿por qué no podemos tener un bebé? —la pregunta de Cynthia era quejumbrosa. Habían pasado varias semanas hasta que Annette sentía que realmente podía enfrentar la vida otra vez desde que habían perdido la oportunidad de adopción en California, y ahora esta pregunta demostraba que Cynthia también seguía luchando con la desilusión.

—Debemos seguir orando, Cynthia. Dios sabe cuándo es el momento correcto para darnos un bebé, ¿no crees?

—Pero ¿por qué no quiso Dios que tuviéramos a Elizabeth? —preguntó Cynthia tristemente—. Yo quería una hermana.

—Lo sé, mi amor. A veces no entendemos por qué Dios permite ciertas cosas. Papá y yo estamos aprendiendo a encomendar esto a Dios. Es una lección difícil a tu edad, sin embargo, él te está enseñando a confiar en él, ¿entiendes?

Annette sabía que estos eran temas difíciles para su hija, sin embargo, ella se había sorprendido de cuánto entendía Cynthia.

—Quizá recibiremos a un bebé en Navidad —decidió Cynthia con esperanza.

—Quizá. No sabemos nunca lo que Dios tiene planeado. Sigue orando, Cynthia —Annette animó a su hija con una sonrisa.

La Navidad de 2016 no trajo a un bebé. Trajo una fuerte gripe. Después de pasar varios días con vómitos, Cynthia estaba desesperadamente deshidratada.

—Creo que la debo llevar a urgencias —le dijo Annette a Paul que mecía a Nathaniel que también tenía fiebre.

—Creo que tienes razón —respondió Paul—. Yo me quedaré con Nathaniel.

“Señor, dame fuerza”, pensó Annette mientras conducía. “Yo misma no me siento tan bien”.

En urgencias, mientras observaba cómo la inyección intravenosa le entraba en el bracito, Annette le dio las gracias a Dios de la buena salud de sus hijos hasta ese momento. Muy pocas veces habían tenido que llevarlos al hospital desde que el problema respiratorio de Nathaniel se había resuelto. Y aparte de los ocasionales síntomas del trastorno sensorial, Cynthia tenía una salud relativamente buena.

“No quiero tomar por sentado las cosas buenas incluso en medio de los momentos difíciles”, oró Annette en silencio. “Señor, estos años han sido difíciles. Con todo, ¡tú has sido muy bueno conmigo y me has dado muchos regalos! Me has dado el regalo de un buen hombre, una comunidad amorosa y nuestros preciosos hijos, Nathaniel y Cynthia, y un bebé que creo que nos está esperando en algún lugar. Señor, gracias”.

Su propia crisis de salud siguió a la de Cynthia, sin embargo, no

era la gripe como primero había sospechado. Después de varios días de dolor agudo, Annette se halló en una camilla, lista para una cirugía de emergencia debido a que su vesícula estaba muy inflamada.

Cuando se despertó ya en la sala de recuperación, Paul la estaba esperando.

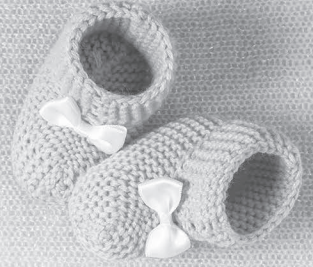
—¡Qué buen regalo de Navidad! —dijo con humor. Annette solamente movió la cabeza. ¡La vida sin duda era un camino de muchas vueltas inesperadas!

Después de pasar la mayor parte de enero en recuperación, Paul y Annette volvieron a pensar en la posibilidad de un bebé. En varias situaciones se les había pedido que presentaran su perfil, sin embargo, no sentían que hacían buen emparejamiento, así que se negaron a hacerlo. Luego, a finales de febrero, se les pidió que consideraran a una bebé con una salud muy incierta. Ambos sentían por intuición que esta vez las cosas eran diferentes. Especialmente Paul se sentía confiado de la situación, que era muy fuera de carácter para él.

Poco después de haber presentado su perfil, les dijeron que la madre biológica los había escogido. Ellos estaban precavidos. Cautelosos. Habían llegado a este punto antes. Oraron y esperaron.

Sin embargo, antes de haber pasado mucho tiempo, se hallaron en Nueva York, preparándose para firmar los papeles. Aunque la agencia no les había dado la última palabra, ellos se habían sentido lo suficiente seguros para hacer el viaje y esperar que pronto pudieran conocer por primera vez a su pequeña hija. Esta era otra niña preciosa a quien habían esperado, por la cual habían orado y a quien habían amado aun antes de conocerla.

Capítulo veinte



Annette se despertó el 28 de febrero de 2017 con un solo pensamiento: “Hoy conoceremos a nuestra hija”. Al otro extremo de la habitación del hotel los niños comenzaron a moverse.

La cabeza rubia de Cynthia apareció de debajo de las cobijas en el sillón donde ella y Nathaniel dormían.

—Mamá —llamó en fuerte susurró—: Mamá, ¿es hoy que nos dan nuestra bebé?

Annette sonrió.

—Sí, Cynthia. Esperamos que en algún momento hoy.

—Ha pasado mucho tiempo —suspiró Cynthia—. Solo seguimos esperando.

—¿Nuestra bebé? —preguntó Nathaniel, no queriendo que Cynthia aparentara mayor que él.

Annette lo acarició y bostezó, tratando de despertarse:

—Sí, niños. Si Dios quiere, nuestra bebé muy pronto estará con nosotros. Nos cuesta esperar, ¿verdad?

—Sí —Cynthia dio una risita emocionada y se acurrucó bajo las cobijas. Nathaniel hizo lo mismo mientras Annette se sentaba y se quitaba la cobija de encima. Paul, que normalmente se levantaba temprano, seguía dormido al otro extremo de la cama. El ruido pronto lo despertaría.

Cinco horas después llegaron a la casa de Raya. La casa de la trabajadora social en los suburbios era agradable. Ashley, la muchacha que les ayudaba, había acordado permanecer en el auto para entretener a los niños. Annette estaba profundamente agradecida con ella. No era una tarea fácil ya que llevaban cinco días de viaje.

Annette tocó el timbre y una mujer de rostro amable abrió la puerta.

—Soy Raya —se presentó—. Y ustedes deben ser la familia King. Pasen adelante y tomen asiento.

»Tendrán que firmar este montón de papeles. Debajo de ese montón hay una foto que quizá les interese. —Los ojos de Raya brillaron en broma.

Annette fue tentada a buscar la foto inmediatamente. Ella aún no había visto a su hija, y los papeles parecían irrelevantes.

—¿La podemos ver de una vez?

—Firmen aquí primero —Raya les dijo alegremente. Pronto cedió y les alcanzó una foto de una niña morena y gordita con pelo negro que se paraba de punta. En la foto, estaba envuelta en una cobija de hospital. Annette no apartaba la mirada, como absorbiendo la foto.

El resto de ese montón de papeles era como una neblina. Lo único que Annette deseaba era llegar donde estaba su hija.

Desafortunadamente, había más que solo papeles que resolver.

—El hospital está poniendo trabas —confesó la agente—. No estoy segura de todo lo que está sucediendo, sin embargo, parece que hay alguna falta de comunicación. La trabajadora social del hospital no ha sido del todo honrada con nosotros y la situación está complicada en este momento. Lo siento mucho.

El plan original había sido que Paul y Annette estarían presentes cuando Ehani saliera del hospital. Con las complicaciones que se habían presentado, ahora consideraban la posibilidad de encontrar a la madre biológica en el parqueo del hospital y hacer el intercambio allí.

Se cruzaron las comunicaciones, y ciertas ideas fueron desaprobadas. El día pasó lentamente. Al llegar la noche, era evidente que no iban a ver a su bebé ese día. En pocas palabras, estaban desilusionados.

—¿Por qué no nos dan nuestra bebé? —le preguntó Cynthia a Annette mientras le ponía el pijama.

Nathaniel saltaba sobre la cama y hacía eco:

—¿Dónde está nuestra bebé?

—Nathaniel, deja de saltar —amonestó Paul, tratando de calmarlo. Tomó a su hijo inquieto en los brazos y se sentó al borde de la cama. Esta noche Annette estaba cansada y frustrada. Ella esperó que Paul les explicara la situación a sus hijos.

—Surgieron algunas cosas —Paul explicó con sencillez mientras Cynthia se acurrucaba bajo su brazo—. Tenemos la esperanza de conocer a nuestra bebé mañana. Y esta noche podemos orar por ella.

—Jesús, protege a mi hermanita en el hospital y te pido que la pueda ver mañana. Queremos llevarla a la casa. Amén —oró Cynthia con sencillez.

—Jesús, esté con nuestra bebé —La voz de niño de Nathaniel

agregó su petición.

—Señor, confiamos en que tú vas a resolver todo esto —oró Paul con tranquilidad—. Ayúdanos a descansar en tu plan y te rogamos que protejas a nuestra bebé mientras la esperamos. Gracias por Cynthia y Nathaniel. Ayúdales a tener una buena noche de descanso. Manda a tus ángeles a guardarnos. En el nombre de Jesús, amén.

Annette le sonrió cansadamente a Paul mientras juntos acostaban a los niños. Esta vez ella no tenía palabras. Todo había estado culminando durante tantas semanas; en realidad, tantos años. Ahora sencillamente debían esperar una noche más.



—¿Desean hacer la visita al mismo tiempo que la familia biológica? —la pregunta sonó desde el intercomunicador en el puesto de enfermería.

Annette miró a Paul con duda. Ellos estaban al lado afuera de las grandes puertas de la UCIN, esperando ver a su hija por primera vez. Sin embargo, no habían pensado visitar mientras Priska estaba con su hija.

—No —respondió Annette—. Volveremos luego. —Ellos volvieron a la sala de espera donde Ashley pacientemente entretenía a los niños con una variedad de juguetes llamativos puestos allí para tales ocasiones.

—Estoy muy nerviosa —le dijo Annette a Paul cuando se sentaron a esperar—. Todo se siente grande y abrumador. Soy una muchacha del campo y no estoy acostumbrada a la vida de la ciudad. Hay muchas personas a todos lados. Hasta el horizonte tiene edificios altos.

Paul se rio.

—Lo sé. Definitivamente es la ciudad de Nueva York. ¡Solo el tráfico muestra eso!

—No puedo creer que casi entramos al mismo tiempo que la familia biológica. Estoy agradecida de que la enfermera impidió que eso sucediera —suspiró Annette.

—Cuando todo esto se acabe seremos expertos en esperar —dijo Paul con humor.

—Algo que hace que me sea más fácil esperar es saber que su madre está allí despidiéndose de ella —dijo Annette seriamente—. Mi corazón se rompe cuando pienso en Priska. No puedo imaginar lo que ella está sintiendo.

—Lo sé. Debe ser muy difícil —agregó Paul.

Poco después, una trabajadora social llamada Sandy entró en la sala y se presentó.

—La madre biológica está arriba despidiéndose. Iré a encontrarla y la encaminaré afuera, y luego vendré por ustedes —prometió.

—Por lo menos sabremos cuándo debemos entrar —comentó Paul.

Finalmente, Sandy vino por ellos. Ashley permaneció con los niños en la sala de espera. El corazón de Annette latía rápidamente cuando entraron por las puertas de la UCIN. ¡Al fin iban a conocer a su pequeña hija!

—Por acá —invitó la enfermera.

Annette lloró cuando vio a la bebé por primera vez. Fue un momento que no olvidaría nunca: su primera vista de su hermosa Ehani, o Katia, como pensaban llamarla, durmiendo tranquilamente.

—El tubo de alimentación no es gran cosa —explicó la enfermera un tanto nerviosa—. Ella es como una bebé normal.

Annette no le puso cuidado a la enfermera.

—¿La puedo tomar en mis brazos? —preguntó, ansiosa.

—Ah, sí, por supuesto. —La enfermera se adelantó para ayudarle, sin embargo, Annette ya había tomado a la pequeña niña en los brazos, sencillamente haciendo el tubo a un lado tan naturalmente como si lo hiciera todos los días. En realidad, casi ni los había notado. ¡Por fin tenía a su hija en los brazos!

—¡Mira! —la enfermera le exclamó a la trabajadora social—. ¡Ella la tomó en los brazos como si nada!

Las lágrimas de Annette caían en el cuerpo blando de la bebé mientras se regocijaba sobre ella, acariciando sus pequeñas manos y los pies.

—Paul, ella es linda, ¿verdad? —le susurró.

Los ojos de Paul se iluminaron, y él asintió con la cabeza.

—Realmente es bella.

Annette comprendió después que la respuesta temerosa de la enfermera se debía al emparejamiento fracasado de la vez anterior. En el momento, ella se preguntaba por qué la enfermera seguía tratando de tranquilizarla y explicarle las cosas. Ellos habían viajado todo este camino hasta llegar; ¿por qué cambiarían de mente ahora?

Después de varios minutos, con cuidado ella le alcanzó la pequeña Katia a Paul. Mientras ella observaba cómo él acariciaba a su nueva hija preciosa, el corazón de Annette rebozaba de alegría. Pocos momentos eran más sagrados que este. El cumplimiento de tanta espera, tanta oración y la fidelidad de Dios y su dirección específica habían culminado en esta preciosa niña.

Después de quince minutos, les avisaron que su tiempo había terminado. Annette sentía que había sido menos de cinco minutos. No podía sino mirar atrás mientras salían de la UCIN hacia la sala de conferencia. No podía esperar hasta que su pequeña hija estuviera en sus brazos para siempre.

Capítulo veintiuno



En la sala de conferencia, los asuntos pendientes para el alta de Ehani llegaron a la luz.

Allí se encontraron con una trabajadora social del hospital que, debido a un descuido, había añadido a las complicaciones recientes. Otra pareja que había estado realizando “cuidado de cuna” para Ehani también estaba allí.

Por toda la “falta de comunicación”, el hospital parecía reticente en tomar la responsabilidad de darle el entrenamiento a Paul y Annette para el cuidado de Ehani. Esto no le pareció bien a la agencia de adopción; Ehani tenía discapacidades y a vista de ellos, cualquiera que cuidara de ella debía recibir el entrenamiento. A la madre de acogida ya le habían enseñado a usar la sonda de alimentación y cuidar de las otras necesidades de Ehani, ya que ella había planeado llevarla a casa hasta que le eligieran padres adoptivos. Sin embargo, ya que Paul y Annette habían llegado pronto,

no era necesario que otros acogieran a Ehani.

Con todo, el personal del hospital se había enterado del plan de entregarla en el parqueo, y como no les gustaba esa idea, comenzaron a ceder en su oposición original de entrenar a Paul y Annette.

Varios miembros del personal explicaron el entrenamiento necesario y lo que iban a dialogar en la reunión en la sala de conferencias. Paul y Annette estaban hartos ya de la política y sencillamente estaban agradecidos de que realmente recibirían el entrenamiento que necesitaban para cuidar a su hija.

Este entrenamiento incluía las clases típicas de educación para padres que el hospital requería para todos. Más adelante, Paul y Annette comentaron que les dieron entrenamiento para usar los asientos para auto y para evitar el “síndrome del bebé sacudido”. Ellos sabían que todo era protocolo, sin embargo, sentían que era una montaña de detalles que tenían que resolver. Cada atraso y requisito solo agregaba más tiempo antes de poder llevar a su hija a casa.

—Pero haremos cualquier cosa que sea necesaria —suspiró Annette—. Solamente espero que no haya más atrasos inesperados.

En la tarde de ese día, se encontraron por primera vez con Priska y su madre en la sala de espera.

—Gusto en conocerlas —las saludó Annette. Priska se miraba serena, y su madre formal. Annette trató de ser amable. La reunión estaba llena de sentimientos y preguntas no expresadas. La sonrisa dispuesta de Priska se pintaba en el rostro mientras hablaban. Ella tradujo para su madre que casi no hablaba inglés. Paul permaneció distante. Nathaniel y Cynthia estaban cansados y, a pesar de los mejores esfuerzos de Ashley, ambos estaban inquietos y bulliciosos.

—Mi mamá y yo vamos a buscar comida en el comedor. ¿Les gustaría acompañarnos? —preguntó Priska con amabilidad.

—Nos encantaría —respondieron Paul y Annette. Ellos tomaron a sus hijos cansados, y el pequeño grupo fue en busca de una mesa.

Como muchas veces sucede, el ambiente era más tranquilo mientras comían, un poco menos intenso. Al instante, Annette sintió un amor por Priska. Esta mujer fuerte, sensible y vivaz era una sobreviviente. Aparte del ojo un poco caído y la marca donde había estado el tubo traqueal, su reciente trauma había dejado poco efecto. Se notaba en la expresión de su boca y la manera cerrada en la que se comunicaba. Ella era amable, y al mismo tiempo reservada, hasta precavida. Sus ojos acusaban el brillo del amor y los bordes desesperados del dolor.

Su madre parecía estable, de apoyo y, por lo visto, muy conectada a su hija.

—Mi madre y yo estamos contentas de hallar a una familia que está dispuesta a permitir que visitemos a Ehani más adelante —dijo Priska.

—Nos encanta la idea de una adopción abierta —le aseguró Annette—. Nos parece saludable que el niño y su familia biológica tengan contacto. Me encantaría enviarle actualizaciones y fotos.

Priska les dio su información de contacto. Ellas hablaron sobre el futuro de Ehani, como también del estudio de Priska y su emoción de la carrera que finalizaba. Conversaron en cuanto a la vida quieta de Paul y Annette en Idaho y de cuánto les encantaba su familia.

Cuando terminaron de comer, se despidieron con el acuerdo de encontrarse una vez más el día después de que le dieran el alta a Ehani.

—¿Podríamos ser solo nosotras tres con Ehani? —preguntó Priska temerosa, señalando a su madre y a Annette.

—Podemos hacer eso —respondió Annette con amabilidad. Ella pensó en la intensidad de esa última despedida y supo que si

estuviera en el lugar de Priska se sentiría igual.

Paul pasó la noche con su nueva hija como parte del entrenamiento para padres. Después le contó a Annette lo que una de las enfermeras le había dicho.

—“Esta niña es la favorita en UCIN”, me dijo la enfermera. Dijo que están muy contentos de que la aceptemos y que ella puede lograr una familia amorosa.

—Eso es de mucho ánimo —se regocijó Annette. La alegró saber que su hija había recibido amor y nutrición durante esas primeras semanas traumáticas. Paul y Annette notaban que las enfermeras realmente amaban a Ehani.

Los momentos en que Annette pudo llevar en los brazos a Ehani esos primeros días fueron pocos y pasaron demasiado rápido, sin embargo, ella disfrutaba de cada oportunidad que se presentaba para crear un vínculo afectivo con su pequeña hija.

“Nuestra pequeña Katia, te llevaremos a nuestro hogar para que estés allí para siempre”, le canturreaba. “Serás mi bebé linda, mi Katia. Te hemos amado y hemos orado por ti. Estamos muy contentos de que finalmente nos pertenezcas”. Ella besó la mejilla gordita de la bebé y la abrazó.

En la mañana, después de haber completado el requisito de dormir al lado de la bebé, les enseñaron las responsabilidades de su cuidado. Inmediatamente después de eso pudieron resolver los detalles finales del alta.

Annette nunca olvidó la última hora con Priska y su madre, Simrika. Ellos se habían conocido por razón de una vida preciosa. Era un largo camino para ambos; un camino de gran esperanza por un lado y gran pérdida por el otro. Era una de las cosas más bellas y al mismo tiempo difíciles que Annette alguna vez experimentó. Era difícil por el dolor, pero era bella por la poderosa confianza y

el evidente amor por Ehani que todos compartían.

—¿Me puedes contar un poco más de tu historia? —preguntó Annette en voz baja—. Me encantaría escuchar más si tienes el deseo de contármelo.

—No nos imaginamos nunca que saldría así —dijo Priska con vacilación. Bajó la vista—. Asherwaud era un buen hombre. Era hasta sobrado en ser un buen esposo. Estaba tan emocionado de ser padre.

Annette escuchó mientras las piezas de la historia de su nueva hija se unían. Oyó de cómo la bebé había sido expuesta a la música bella durante todos los meses en el vientre. De cómo hubo un hermoso té de canastilla en blanco para la bebé. De cómo Asherwaud y Priska habían sido tan felices como pareja.

Priska buscó una foto en su teléfono.

—Aquí estamos unas pocas semanas antes que todo esto sucediera —dijo sin expresión. Ella le dio el teléfono a Annette.

Asherwaud se veía tierno y sonriente, y abrazaba a Priska de manera protectora. A ella se le notaba que estaba avanzada en el embarazo.

—Hacían una muy buena pareja —dijo Annette en voz baja. Ella estrechó la mano y la puso suavemente sobre la de Priska por un momento.

Los ojos de Priska se inundaron de lágrimas.

—Es difícil— dijo—. Tan difícil. Él habría amado tanto a Ehani si el destino no se hubiera vuelto contra nosotros.

Los ojos de Annette también se llenaron de lágrimas. Ella vio cómo Simrika tenía en los brazos a su nieta de manera protectora; su rostro acusaba el dolor inexpresado mientras miraba el rostro de la bebé durmiente.

“Despojada”, pensó Annette más adelante. Tanta pérdida intensa

envuelta en una hora corta. Tanto que decir y tan pocas palabras adecuadas.

Durante largo rato se quedaron sentadas juntas llorando, luego Priska le enseñó más fotos.

Juntos unieron el futuro con el pasado. Mientras Priska soltaba a su hija, Annette abrió su corazón para llevar el regalo y la carga de la tragedia que tanto había impactado la vida de esta familia.

Todo el amor que la madre de Priska tenía para darle a esta bebé tan preciosa y esperada, debía demostrarlo en aquellos cortos momentos. Mientras Annette observaba, el dolor en su corazón era intenso.

Finalmente, comprendieron que había llegado la hora de despedirse. Priska sabía lo que debía hacer. Ella había tomado la decisión. Esperaba volver a ver a su hija, sin embargo, la responsabilidad la había pasado a brazos de otra. Otros corazones ahora la cuidarían y la educarían.

Priska tomó a su bebé de los brazos de su madre. La tuvo en los brazos durante unos momentos. Luego, con dignidad quieta y quebrantada, ella entregó a su hija tiernamente en los brazos de Annette. No sollozaba, sin embargo, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su rostro acusaba gran dolor. Era un dolor demasiado profundo para expresar. Aunque su rostro mostraba la intensidad del dolor y la última despedida, su madre se levantó y juntas salieron de la habitación.

Al observarlas salir, Annette miró el pequeño rostro bello de Katia.

—Cosita —le dijo con la voz entrecortada— eres tan amada, y siempre fuiste deseada. Eres un regalo muy precioso.

Capítulo veintidos



—**i**Tenemos una nueva bebé! ¡Tenemos una nueva bebé!
—Cynthia cantaba con gozo en su asiento al lado de su nueva hermanita.

—Katia, la pequeña Katia —cantaba Nathaniel en su voz fuerte desde su propio asiento en el auto. Le encantaba tratar de decir el nombre de su nueva hermana.

Su primer encuentro en la sala de espera había sido intenso para la pequeña Katia. Ella se había encogido en su asiento para alejarse de toda la conmoción y estimulación. Nathaniel la había besado repetidas veces, y tan pronto como Cynthia vio cómo se le daba la alimentación a través de una sonda, quería ayudar.

—No creo que ella vaya a sufrir por falta de amor —comentó Annette mientras le sonreía a Paul por encima de la cabeza de los niños.

—No, probablemente que no —respondió Paul con una sonrisa.

Después de haber permanecido otra semana en Nueva York para recibir el permiso necesario para sacar a Katia del estado, estaban contentos de estar en camino a casa.

Durante el tiempo de espera, lograron asistir a la boda de una amistad de años que se llevó a cabo mientras estaban allí. Todos comentaban de lo linda y pequeña que era Katia. No se notaba aún que tenía discapacidades. Solamente parecía una recién nacida somnolienta.

Además de observar la despedida de Priska de su bebé, otra causa de tristeza profunda fue saber que el papá de Katia rompiera todo contacto. Paul y Annette habían ofrecido enviarle notificaciones y fotos a Asherwald, sin embargo, él se había negado. No sabrían nunca el por qué; con todo, les dolía creer que quizá sentía que no se podía perdonar a sí mismo. Annette anhelaba que algún día él sintiera el deseo de buscar a su hija. Así por lo menos se daría cuenta de que ella estaba bien cuidada en un hogar amoroso.

El viaje fue fácil y con pocas complicaciones. Los niños se portaron bien y todos los que viajaban estaban ansiosos por llegar a casa. Habían logrado salir antes de lo esperado y habían decidido no avisarle a la comunidad de su iglesia.

—Les llegaremos de sorpresa —dijo Annette con alegría—. Estoy ansiosa por asistir a la iglesia como una familia de cinco personas. ¡Es la respuesta a muchas oraciones!

El domingo en la mañana, cuando entraron en la iglesia, todos se sorprendieron de verlos.

—¡Bienvenidos a casa! —Renee saludó a Annette cálidamente—. Y bienvenida a la pequeña Katia. ¡Ella es tan pequeña y dulce!

—Gracias. ¡La amamos mucho! Gracias por todas tus oraciones. Las sentí. —Annette abrazó a Renee con fuerza.

—Nos regocijamos con ustedes. —Daniel le estrechó la mano a

Paul—. Seguiremos orando.

Pronto Annette comenzó a trabajar con la comunidad médica local para transferir el cuidado de Katia a la clínica y los especialistas de Boise. Al principio, los otros ajustes de su cuidado eran menores.

Desde el principio, Annette hizo un gran esfuerzo por mantener contacto con Priska.

Ella descubrió que la manera más natural de hacerlo era mediante los mensajes de texto. Priska muchas veces daba respuestas cortas, sin embargo, parecía estar contenta de comunicarse por este medio. Era una buena manera de avisarle que su hija estaba bien y asegurarse de que Priska misma estuviera bien.

Annette oraba por Priska y por Asherwald muchas veces mientras observaba a su hija cuando dormía en sus brazos. Una noche, unos meses después de haber llevado a Katia a casa, su conversación vía mensaje se volvió más extensa de lo normal.

“¿Cómo ha estado tu corazón últimamente?”, le escribió Annette. “Lo que quiero decir es, ¿cómo estás emocionalmente?”

Unidas por su amor compartido por su preciosa hija, Annette sentía casi un amor de hermana para con Priska.

“Estoy mejor. Cuanto más confío en los dioses, parece que mejor estoy”, respondió Priska casi de inmediato. “Estoy muy ocupada esta semana con solicitudes para el doctorado. Esto me hace bien, pues me mantiene enfocada”.

Annette anhelaba contarle a Priska, aunque fuera un poquito, del amor de Jesús. Aunque tuvo varias oportunidades, ella sabía que no la podía presionar. Priska conocía su fe. Ella la reconocía, pero al mismo tiempo no pasaba de solo reconocerla.

“Sí, ¡a veces es bueno estar ocupada!”, le escribió Annette. Ella había orado mucho y sentía que la mejor manera de llegarle a

Priska era por medio de una relación y permitir que el Espíritu Santo presentara las oportunidades en el momento oportuno.

“¿Vas a estudiar en Nueva York?”

“¡Ya no seguiré aquí!”

“Entiendo que no quieres permanecer allí”.

“Me iré para otro lugar. Solamente que aún no sé a dónde”.

“¿Sientes que hay demasiados recuerdos?”

“Me encanta Nueva York, pues todas mis bellas amistades son de aquí y me dan mucho apoyo. Sin embargo, no hay ninguna escuela buena donde pueda sacar mi doctorado. Ya que me he graduado con mi maestría, quiero seguir estudiando. Quisiera llegar a ser directora de coro”.

“Tiene sentido”, respondió Annette. Ella no sabía nunca cuánto entrometerse en los sentimientos de Priska. Sin embargo, en esta ocasión, Priska extendió la conversación voluntariamente.

“Como dijiste, hay tantos recuerdos aquí. Sin embargo, todos los recuerdos que tengo son buenos, aparte de la situación...”

“Entiendo...”

“Además, no quiero evitar e ignorar los recuerdos de lo que sucedió. También son parte de mi vida”.

“Tienes razón”.

“Así que, estoy agradecida por mi vida y puedo estar agradecida aun cuando mi corazón está triste”.

“Tengo una o dos preguntas acerca de Asherwaud en algún momento en que sientas que me puedes responder”, escribió Annette tenuemente.

“Me puedes preguntar en este momento. ¿Cuáles son tus preguntas?”

Durante varios minutos, escribieron acerca del padre biológico de Katia. Annette quería conocer la historia para algún día poder

contársela a su hija. A pesar de comunicar a través de mensajes, la conversación fue muy emotiva.

“Estoy llorando...”, escribió Annette.

“La vida era perfecta en ese tiempo. Yo también estoy llorando. Pero eso es una buena señal. A veces las lágrimas me hacen sentirme mejor”, respondió Priska.

“¡Las lágrimas pueden ser un regalo!”, agregó Annette. “¿Cómo está tu madre? Pienso mucho en ella”.

“Ella está muy bien. ¡Gracias por preguntar!”

“Me alegro. Oro por ella con frecuencia. Gracias por sacar el rato para conversar conmigo esta tarde”. Annette estaba agradecida de que podían establecer una relación a pesar de la distancia.

Al poner a un lado el teléfono, ella oró: “Señor, tú miras a Priska y su dolor. Te ruego que la sigas llamando a ti mismo y que sanes su corazón quebrantado y herido. Y Asherwaud... Señor, dondequiera que él esté en esta tarde, te ruego que lo sanes y que le des esperanza”.

Capítulo veintitres



Apenas estaba amaneciendo una mañana en mayo cuando Annette llevó a Katia a la sala. El reloj del pasillo marcaba las 6 a. m. Algo parecía extraño con la bebé, sin embargo, no sabía qué era. La almohada que usaban para apoyar a Katia en la cuna estaba mojada y su ropa estaba húmeda, pero esto no sorprendió mucho a Annette. Ella aún estaba media dormida y los otros niños no se despertarían durante al menos una hora. Ella le cambiaría la ropa a Katia después de que se despertaran.

Mientras se recostó en el sofá, Annette pensó brevemente en la última cita con el pediatra que Katia había tenido el jueves anterior. Parecía que había unos pequeños desafíos nuevos con los cuales debían lidiar, sin embargo, el médico no notó nada grave. En general, el cuidado de Katia había sido fácil y libre de complicaciones durante estos primeros meses. Annette estaba muy agradecida.

Dos horas después, cuando los otros niños se despertaron,

Annette se levantó de donde había estado descansando en el sofá. Su salud estaba frágil otra vez por levantarse durante la noche con Katia, y una hora extra de descanso durante el día era importante.

—Buenos días, Cynthia. Buenos días, Nathaniel. —Annette suprimió un bostezo.

—Buenos días, mamá. —Cynthia estaba despeinada.

—Buenos días, mamá —murmuró Nathaniel, todavía con sueño, mientras se restregaba los ojos.

Annette sonrió:

—Despiértate bien, y luego mamá les hará el desayuno. Primero voy a vestir a Katia. ¿Pueden lavarse la cara y ponerse la ropa, por favor?

Ella alcanzó una cobija de la cuna de Katia mientras le sacaba la ropa. De repente se detuvo. La cobija estaba mojada y olía a vómito. Ella tocó la cuna y descubrió que estaba bastante mojada. Preocupada, se fue a cambiar a la bebé que, por lo visto, estaba dormida.

—Katia —le canturreó mientras la levantaba y le comenzaba a quitar el pijama—. Katia, ¿te puedes despertar para mamá?

Katia respiraba y no estaba fría, sin embargo, no se movía ni respondía.

Annette hizo varios intentos de estimularla sin resultado alguno. Se alarmó. Tomó la pequeña muñeca entre los dedos para tomarle el pulso. Sentía el débil pulso de un corazón demasiado acelerado. Contaba demasiados pulsos por minuto. Estaba tan acelerado que ni siquiera podía medirlo correctamente.

Ella llamó a su amiga con el teléfono celular. Jenny era enfermera, así que Annette deseaba que le diera su opinión.

—Ya casi paso —dijo Jenny—. Es solo un poco más de seis kilómetros.

—Está bien. Me sentiría mejor si vinieras. De verdad, estoy preocupada.

Pronto llegó Jenny.

—Ella está inconsciente —fue su evaluación. Midió el pulso de Katia—. No puedo medirle el pulso correctamente. Está demasiado acelerado, por lo menos a 240 pulsos por minuto. Y su respiración es rápida y poco profunda. Mejor llévala a urgencias.

De allí, todo se aceleró. Jenny prometió dejar a los niños en la casa del vecino. Annette puso a Katia en el asiento en el auto, llamó a Paul en el trabajo y luego se dirigió hacia Boise.

En urgencias, una media docena de personas de inmediato rodearon a Katia y trabajaron juntos para ayudarla. Annette observaba, el corazón rebosando de preguntas. ¿Qué sucedía con su bebé?

Ella miró sin poder hacer nada mientras su pequeña hija permanecía sobre una cobija blanca, sin fuerzas y conectada a muchos monitores. Poco después de que llegaron, Annette observó por primera vez una inserción e infusión intraósea. Como no les fue fácil hallar una vena, y por la urgencia, decidieron perforar el hueso e insertar una vía por ese medio. Su pulso había desacelerado a ochenta pulsos por minutos en lugar de 240, sin embargo, su cuerpo obviamente estaba en angustia y ella todavía permanecía inconsciente.

Los médicos le dieron su teoría a Annette esa tarde. Katia había sufrido una convulsión prolongada que había causado los vómitos. Al parecer, seguía con convulsiones menores, y decían que estaban tratando de ajustar sus medicamentos para controlarlas.

—Tendremos que transferirte al hospital de niños e ingresarla en la unidad de cuidados intensivos pediátricos —decidió el médico.

Jenny envió una petición de oración por Annette y Paul mediante un foro en internet.

Una actualización de parte de Annette: Katia estaba muy mal cuando la ingresé en urgencias esta mañana. Creen que sufrió una convulsión prolongada. Dicen que probablemente también aspiró un poco de vómito en los pulmones cuando vomitó durante la noche a causa de la convulsión. No lloró, así que no me enteré de que estaba en angustia. En este momento, ella y yo estamos en la ambulancia y nos están transfiriendo al hospital de niños. La ingresarán en la UCIP por la noche. ¡Muchas gracias por sus oraciones!

“Señor”, oró Annette. “Te ruego que le ayudes a mi hijita. Estoy muy preocupada, Padre. Quiero poner mi confianza en ti. Te ruego que nos cuides”. Ella misma había sufrido varias crisis médicas, y habían sido muy difíciles. Sin embargo, esto era más difícil. Observar a su bebé sufrir, sin saber qué andaba mal o cómo ayudar era muy difícil.

Después de establecerse en la UCIP, Annette envió otra actualización como a las siete de la noche.

Parece claro que Katia sufrió una convulsión severa anoche, y varias más desde que la ingresamos en urgencias esta mañana. Han aumentado los medicamentos y está volviendo a tomar color, y está descansando. Me siento muy agradecida con Dios. ¡Gracias por sus oraciones!

Annette no pudo descansar bien esa noche. Estaba despierta cuando las enfermeras entraron para revisar a su bebé. Aun cuando no estaba presente ninguna enfermera, ella se despertaba para asegurarse de que Katia estuviera bien. Hizo muchas oraciones cortas, pidiendo confianza en Dios y fortaleza para su cuerpo adolorido que debía soportar el estrés de este suceso difícil.

Annette descubrió que las personas les respondían a sus

actualizaciones, así que comenzó a publicar con frecuencia unas muy breves para mantener a las personas al día con lo que estaba sucediendo.

4 de mayo de 2017

¡Katia está descansando bien! Pasó muy bien la noche. Sin embargo, agradecería mucho sus oraciones. Yo casi no pude dormir. Sentía que no me podía acomodar y a cada rato me despertaba para revisar a mi bebé. Estoy totalmente agotada. ¡Gracias por sus oraciones!

Después del mediodía, Katia se veía estable. Los médicos decidieron darle el alta, creyendo que el ambiente de la casa sería menos estimulador y más tranquilo. Le dijeron a Annette que la vigilara de cerca y que la volviera a traer si algo parecía estar fuera de lo normal. También le dieron unas citas para pruebas de seguimiento.

Paul había salido del trabajo y recogió a Annette. Mientras viajaban a casa, Annette apoyó la cabeza cansadamente sobre el respaldar del asiento.

—Estoy entrando en la realidad, Paul.

Paul la miró:

—¿Cómo dices?

—Sería maravilloso si este acontecimiento en el hospital fuera la única ocurrencia. Sin embargo, con las discapacidades de Katia, es totalmente posible que esto volverá a suceder, y más veces de lo que queramos.

Paul asintió pensativamente:

—Definitivamente podría suceder. Esperamos que no, sin embargo, es muy posible.

—Recuerdo a alguien de la agencia que hace unos meses nos estaba ayudando. Ella también tenía un niño con discapacidades, y

me dijo que yo debía tener una maleta preparada en todo momento, por si tenía que salir al hospital. Bien me habría podido evitar esta noche sin descanso si hubiera tenido unas cosas extra a mano para hacer que mi estadía fuese más cómoda. Esto es, aparte de la preocupación. —Annette dio un profundo suspiro y miró hacia atrás donde estaba durmiendo la bebé.

»Ese medicamento hace que Katia duerma tanto que casi no responde. Con todo, ¡al menos no está convulsionando!

—Me alegro de que no esté convulsionando —respondió Paul—. Estoy agradecido de que tú y Katia hayan regresado a casa hoy. No estaba seguro cuánto se prolongaría tu estadía en el hospital. Los otros niños están muy ansiosos de verte otra vez, y necesitas todo el descanso que puedes lograr. —Él miró a Annette con preocupación—. Te miras pálida —le dijo con ternura—. Debes tratar de descansar, ¿entiendes?

—Haré lo posible —prometió Annette—. No creo que me sea muy difícil —dijo con una sonrisa—. Estoy por dormirme sentada.

Capítulo veinticuatro



Las palabras de Annette en cuanto a las visitas recurrentes al hospital resultaron casi proféticas. Sin embargo, hubo un breve respiro de alivio.

—¡No puedo creer que logré dormir diez horas anoche! —le relató a su madre esa mañana por teléfono—. Me sentía tan débil después de la noche en el hospital donde no pude dormir. Me urgía dormir, pero no fue fácil. Tuve que poner a Katia en las manos de Dios una vez más anoche. Sabía que ningún monitor me despertaría si tuviera problemas respiratorios.

—Y sus ángeles cuidaron a tu bebé durante toda la noche. Dios es tan fiel.

—Lo sé. La realidad es que ella podría haber muerto ayer. —Las palabras de Annette se le pegaron en la garganta y los ojos se le humedecieron—. De verdad, habría sido muy fácil con todo lo que sucedió. Esta es la segunda vez que Dios le ha salvado la vida

a Katia, y sé que él tiene un propósito para ella. Estoy muy agradecida. Solamente siga orando que yo pueda confiar en él, mamá.

—Estoy orando y no dejaré de orar. Ser abuela es casi como ser madre. Annette oyó la sonrisa y el amor en la voz de su madre—. Solamente lamento vivir tan lejos.

Mientras Annette disfrutaba un tiempo con Nathaniel y Cynthia al leerles una historia, observaba de cerca a Katia. El hospital la había mandado a casa con un oxímetro sencillo que hacía mucho más fácil su monitoreo. Esa tarde, mientras los otros niños descansaban, Annette notó que una vez más a Katia le costaba respirar. El pulso estaba demasiado alto y la respiración demasiado rápida. Se le hizo un nudo en el estómago.

“Señor, te ruego que no sea nada. Te pido que protejas a mi bebé. No puedo quedarme en el hospital otra vez tan seguido. Paul está trabajando y los otros hijos me necesitan. Protégenos, Señor, y ayúdame a saber cómo ayudar a Katia”.

Al ver que su bebé seguía luchando, Annette supo que debían volver a urgencias. Paul salía pronto del trabajo, así que ella lo llamó.

—Hablaré con el jefe y me iré —prometió Paul—. A él no le importará si salgo unos minutos temprano.

Annette llamó a Ashley para ver si se podía quedar con los niños esa tarde.

—Llegaré de inmediato —prometió.

Annette estaba aliviada de que su maleta ya estaba preparada. Ella permaneció con Katia, observándola con cuidado y oración. Aquellos momentos parecían una eternidad, sin embargo, ella sabía que no sería mucho más rápido en una ambulancia y los socorristas estarían obligados a llevarla al hospital más cercano. Ella y Paul podían llevar a Katia directamente a urgencias en Boise donde su

cuidado ya estaba establecido. Ella solo esperaba que no fuera necesario volver a ingresarla en la UCIP.

Ashley llegó antes que Paul, y Annette estaba esperando en la puerta cuando él llegó. Él no se detuvo a hacer preguntas, sino que sencillamente aseguró el asiento de la bebé y luego se acomodó en el asiento del conductor mientras Annette se abrochaba el cinturón de seguridad al lado de Katia.

Una hora después escribió una actualización en su página:

5 de mayo

Estamos de regreso en urgencias. Nos van a transferir otra vez. Parece que hay una infección subyacente. Probablemente esta fue la causa de la hospitalización anterior también. Gracias por apoyarnos. Los mantendremos actualizados a como podamos...

Pasaron otra noche en la UCIP. Paul permaneció con ellas hasta que Annette se había acomodado, y luego regresó a la casa para pasar la noche con Cynthia y Nathaniel. Cuando los estaba acosando, llamó a Annette para que ellos le dieran las buenas noches.

—Mamá, la extraño —dijo Cynthia entre lágrimas.

—Lo sé, mi amor. Mamá también te extraña. ¿Es verdad que van a dormir todos juntos en la sala esta noche?

—Sí, porque me da miedo estar sola cuando usted no está —dijo Cynthia con tristeza.

—Estoy orando por ti, querida. No entiendo por qué las cosas tienen que ser así, sin embargo, hagamos el esfuerzo de confiar en Dios y su cuidado de nosotros, ¿de acuerdo?

—Está bien. —El tono de voz de Cynthia le confirmó a Annette que ella estaba meditando en las palabras que había oído, permitiendo que penetraran en su pequeña alma.

—Te amo mucho. Estás aquí en mi corazón esta noche, incluso si no puedo estar contigo —Annette le prometió a su hijita.

—La amo también, mamá.

—Hola, mamá. —Annette oyó la vocecita de Nathaniel.

—Hola, muchachito. Me di cuenta de que van a dormir todos juntos.

—Sí, en la sala con papá.

—Mamá te ama, Nathaniel. Estoy orando por ti.

—Te amo. —Ella oyó que Nathaniel estaba sonriendo.

Aunque no era un descanso profundo, Annette durmió más esa noche de lo que había podido dormir la noche de su visita anterior.

Ella le dio las gracias a Dios vez tras vez por las diez horas de sueño de la noche anterior. Sin ese descanso, no sabía si pudiera enfrentar esta estadía.

La siguiente mañana, ya armado con los resultados de los exámenes, el médico sentía que tenía una buena idea de lo que había sucedido. Él le explicó a Annette el caso. Una hora después, ella mandó otra actualización.

6 de mayo de 2017

Estoy muy aliviada y contenta. ¡Tenemos la respuesta! Katia tiene una infección urinaria, que causó la fiebre, que causó su pulso y respiración acelerados y redujo su umbral convulsivo. Todo tiene más sentido ahora. Mi mayor preocupación con esta situación fue que parecía tan fuera de lo normal, ya que Katia ha sido tan saludable. Fue difícil no temer que Katia volviera a luchar por su vida como hizo el miércoles. Los primeros meses ella había sido tan fuerte y ni siquiera le dio la gripe que le dio a Nathaniel y Cynthia este invierno. Por esa razón el giro que dio su salud fue tan sorprendente e inesperado. ¡No tenía sentido! Estoy muy

aliviada de que ahora tenemos respuesta y ayuda. Nos dieron una receta para un antibiótico durante diez días que debe solucionar el problema. Muchas gracias por su preocupación y sus oraciones.

Esa noche, Annette apuntó sus pensamientos en su diario mientras estaba sentada en la UCIP.

6 de mayo de 2017

Meditaciones: Al caer la noche y no haber tantas distracciones, la realidad de todo lo que ha sucedido desde el miércoles me vuelve a golpear. En primer lugar, en este momento podríamos estar planeando un funeral para nuestra bebé. De verdad. Ella luchó con todo y Dios la ayudó a vencer. Sin embargo, es un poco desconcertante oír al médico dudar si llamar a un helicóptero o una ambulancia. Da temor ver a más de seis personas corriendo de acá para allá en la sala atestada, todos tratando de hacer de su parte para estabilizar a mi preciosa hija.

Y luego me pregunto: si una simple infección urinaria le amenaza la vida, ¿cuántas veces más tendremos que enfrentar traumas? Ella ha sido tan saludable. Los médicos nos están dando consejos que nos deben ayudar a evitar estas situaciones. Sin embargo, no puedo deshacerme de este sentimiento de que hemos cogido un nuevo camino. Y no me gusta para nada.

Supongo que es mi humanidad. No quiero pensar en que Katia tenga que estar hospitalizada vez tras vez. No quiero tener que enfrentar estar separada de Nathaniel y Cynthia, pues sé que para ellos es difícil. No quiero que nuestra vida semi normal se interrumpa, sin embargo, sé que Dios

nos cuidará. Estoy escogiendo encomendar el presente y el futuro en las manos de Dios. Con todo, en esta noche tengo pesar.

Al echar el diario en el bolso, sonó el teléfono. Había un mensaje de texto de Stephanie, una amiga que vivía en Washington. Ellos habían cantado un arreglo especial el domingo anterior, y Stephanie creyó que la grabación sería de ánimo. Annette escuchó la dulce y suave música a capela bajo la tenue luz de la sala del hospital. Su corazón alcanzó el consuelo que Dios le brindaba por medio de las palabras.

Ven, trae tus cargas a Dios,
Pues Jesús nunca te negará.¹

Más adelante en el arreglo, otro himno casi la desbordó de consuelo y paz.

Cuando la noche me rodea,
Mis sueños todos deshechos,
Oigo que me llamas: “Ven”.
Vendré mientras cantas sobre mí.

Annette aquietó su alma. “Mis sueños pueden estar deshechos, y está oscuro, pero Dios, tú conoces...”, ella susurró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Cuando la noche esconde mi camino,
Escucharé hasta que oiga que dices:
“¡Cuánto te amo, hija! ¡Te amo!”²

¹ “Come, Bring Your Burdens to God.” (Ven, trae tus cargas a Dios) por Elile Sigabi.

² “When the Night Is Falling,” (Al caer la noche) por Dennis Jernigan.

En ese momento, Annette reconoció que ella era profundamente amada. Nada había salido de la manera en que ellos habían planeado. Una vez más se habían encontrado cara a cara con la muerte. Su hijita podía sufrir de muchos más problemas de salud. Con todo, sobre toda su historia permanecía aquella verdad sólida: Dios los amaba. Y en esta noche ella permitiría que su alma descansara sobre esa verdad.

Capítulo veinticinco



Annette comenzó a mandar con frecuencias apuntes de su diario y otras actualizaciones a su grupo de apoyo de oración. Desde el principio, ella había sentido alivio al analizar sus sentimientos por medio de la redacción, sin embargo, ahora ella halló los propósitos agregados de querer contar una historia, de recordar los detalles y de observar la mano de Dios en la saga de la salud de Katia.

El 10 de mayo, escribió una actualización.

Mañana tendremos citas con Katia todo el día. Saldremos de la casa como a las 7 a. m. y probablemente no regresaremos hasta las 6 de la tarde. Todas las citas menos una, son con médicos nuevos, para establecerle atención adicional a Katia. ¡Requiere de mucho tiempo! Estoy agradecida de que Paul estará conmigo esta vez. Le dieron libre en el trabajo.

Ahora, tengo una petición en especial. A media tarde estaremos en una cita con una patóloga del habla, y ella determinará si Katia está apta para un estudio de deglución. Esto será el primer paso hacia la transición de la sonda de alimentación a la alimentación normal. Nuestro deseo es que fuera cuanto antes, sin embargo, no sabemos si está apta. O quizá algún día. La patóloga del habla tomará la decisión por nosotros.

Cynthia y Nathaniel me siguen preguntando si regresaré a casa mañana por la noche. Al parecer, no entienden la diferencia entre una cita con el médico y una estadía en el hospital, y lógicamente tienen temor. Es algo grande para que una niña de cuatro y un niño de dos entiendan. Les ruego que oren por ellos, que tengan paz en el corazón y en la mente. ¡Muchas gracias!

La primera cita de Katia fue con el médico Umburter, un excelente médico africano.

—Me interesa el resultado de la prueba de la función del hígado que le hicieron a su hija —explicó—. Parece que algunos de los problemas que le afectaron a la hora de nacer se están resolviendo por sí solos. Nos alegramos mucho de ver eso. —Él sonrió ampliamente—. El otro asunto que queremos dialogar hoy es la sonda gástrica de Katia...

Durante la hora que pasaron con el médico Umburter, dialogaron la sonda gástrica al igual que muchos otros temas. Su aporte era profesional y sus informes positivos. Sin embargo, no solo hablaron de los resultados, sino que terminaron hablando del respeto, la crianza de los hijos y los mejores productos para la piel de los infantes.

—Me agrada su manera de ser —comentó Paul al salir de su oficina.

—A mí también. Me alegro de que él forme parte del equipo —acordó Annette.

La siguiente cita fue con la patóloga del habla. La médica Jeffers, una mujer delgada de ojos azules, escuchó atentamente mientras Annette le relataba el historial de Katia y le explicaba lo que estaban haciendo para ayudarle a Katia a sanarse y desarrollarse. Ella hizo buenas preguntas y le realizó un análisis profundo.

—Comencemos con una gota a la vez sobre su chupete —dijo la médica Jeffers—. Si ella lo aguanta y parece estar tragando de esa manera, me pueden avisar y haremos estudios adicionales. Creo que no pasará mucho tiempo hasta que avancemos con el siguiente estudio —les aseguró con una sonrisa—. ¿Qué les parece?

—Maravilloso. Muchas gracias por tu tiempo y conocimiento. —Annette estaba agradecida. Algunos médicos eran difíciles, sin embargo, la mayoría de los equipos que atendían a Katia habían sido muy dulces y maravillosos en su trato. Hacía que las muchas citas y necesidades médicas no fueran tan abrumadoras.

La última cita del día, antes de regresar a casa era con Beth, la fisioterapeuta.

—Ella solo quiere dormir, ¿verdad? —se rio Beth mientras le hacían cosquillas a Katia para ver si se despertaba—. Queremos ver qué puedes hacer, pequeña. Ven, despiértate y muéstranos tus travesuras —le susurró.

Después de examinarla durante un rato, Beth dio su evaluación:

—A Katia realmente le falta desarrollo. Sin embargo, lo cierto es que está mejorando. Tiene un buen fundamento sobre el cual edificar. Por ejemplo, ella no puede darse vuelta, pero sí puede controlar la cabeza, que es parte del control de los músculos del tronco.

Esto es un factor clave para el desarrollo básico, así que nos alegramos mucho de ver que lo puede hacer. ¡Estamos notando progreso, y es eso lo que queremos!

De camino a casa, Annette repasaba el día en la mente.

—Estoy muy agradecida por todos los informes positivos de hoy —le dijo a Paul—. Siento que cada poquito de buenas nuevas es un regalo para Katia y para nosotros. Como sabes, su vida es tan incierta.

Esa noche, Katia estaba tranquila y contenta, despierta y observando su alrededor. No era normal que ella estuviera tan alerta y a la vez tan tranquila.

—Con las convulsiones bajo control, ella tiene más energía y normalidad —fue la valoración de Annette mientras ella y Paul se preparaban para dormir esa noche—. Estoy emocionada de ver que ella sigue en desarrollo. ¡Estoy muy agradecida por un día de tanto ánimo, pues yo lo necesitaba!

—Yo también estoy agradecido. Las emergencias médicas han sido difíciles —acordó Paul.

Unos días después, para el Día de las Madres, Annette estaba sentada en el culto con Katia en el regazo y Cynthia a su lado. Notó que Katia quería sentarse; no estaba tranquila estar acostada y despierta. ¡Ella quería ver lo que sucedía! Annette la sentó, apoyándole la espalda y los hombros. “¡Katia logró sostenerse la cabeza!”, escribió Annette en su diario esa noche.

¡Esto es un gran logro en su desarrollo! Y más tarde ese mismo día, quiso arrullar. ¡Es precioso verla responder al mundo alrededor y hacer las cosas normales que hacen los niños! ¡Estos son dulces regalos de Dios que no quiero dar por sentados!

Esa semana Katia estaba programada para un encefalograma y darle seguimiento al diagnóstico de las convulsiones. Habían seguido observando actividad convulsiva aun cuando estaba bajo medicamento. Aunque Annette temía los exámenes, estaba ansiosa de recibir respuestas más concretas.

El encefalograma mostró mucha actividad epiléptica. El equipo médico había privado de sueño a Katia a propósito, ya que aumentaba la posibilidad de convulsiones durante el examen. Ahora Katia luchaba por dejar de convulsionar.

El corazón de Annette se le desplomó cuando el neurólogo le dijo que iban a darle a Katia la dosis máxima de Keppra para detener las convulsiones.

—Si esto no le detiene la actividad epiléptica, tendremos que agregarle fenobarbital a su régimen. Es un medicamento más fuerte y puede darle mucho sueño al que lo usa; con todo, tenemos que controlar esta actividad epiléptica. A la vez, quiero agregar que las convulsiones que hemos visto probablemente no están causando daños cerebrales, y esa es una buena noticia. —El médico sonrió mientras le tocó el brazo a Annette—. Estamos haciendo todo lo posible y esperamos que la condición de su hija se estabilice pronto —le aseguró.

Annette hizo unos apuntes en su diario antes de acostarse.

Sencillamente no es fácil tratar con un problema epiléptico en los hijos. Hay otros problemas de salud que son más graves, sin embargo, las convulsiones te dejan sintiendo incapaz. Al considerar mis propios problemas de salud, siento que puedo aguantarlos; sin embargo, esta noche al mirar los ojos de mi hija en sufrimiento que acusaban cansancio y dolor, me sentí terriblemente incapaz. La mirada en los ojos de Katia cuando está por convulsionar es muy

inquietante. Siento que Dios me está enseñando a confiar en él de maneras nuevas con los hijos. Sé que él tiene un plan para la vida de Katia, y obviamente parte de ese plan es ayudarme a mí a depender más de él.

Capítulo veintiséis



El aire de la noche acarició la mejilla de Annette mientras ella cansadamente aseguraba el asiento de Katia en el auto. Era la una de la madrugada, y estaban por dirigirse otra vez a urgencias. Una hora después de escribir en su diario acerca de las convulsiones de Katia, Annette se había despertado por un sonido angustiante de su bebé. Después de tratar de calmarla y no poder, ella y Paul estaban lo suficiente preocupados para que ella hiciera otro viaje al hospital. Paul se quedaría en casa con los otros niños.

Al mirar la noche estrellada a través del parabrisas, Annette encendió el auto y durante un momento apoyó la cabeza adolorida sobre el volante. “Señor, esto es muy difícil. Sé que eres fiel. Sé que te preocupas por nosotros. Sin embargo, necesitamos respuestas desesperadamente. No las hemos hallado con lo que hemos hecho hasta el momento. Muéstrales a los médicos esta noche qué es lo que le causa sufrimiento a nuestra bebé. Por favor, Señor,

necesitamos tu sabiduría y fortaleza. Tanto a Katia como a mí nos urge descansar”.

Al conducir por las calles desiertas de las afueras de Boise, ella puso música a capela que muchas veces escuchaba en sus viajes al hospital. Su himno favorito en ese momento sonaba suavemente:

Toda tu ansiedad y todas tus cargas,
Llévalas al trono de la gracia, déjalas allí.
Nunca hay una carga que él no puede llevar,
¡No hay amigo como Jesús!

Annette absorbió el mensaje del himno y se sonó la nariz en el pañuelo ya mojado de lágrimas. Ella estaba muy agradecida por Jesús y su presencia en estas horas de dolor e incertidumbre.

Ven prontamente, ¡ya no te demores!
Oye su llamado bondadoso y dulce,
No hay que temer la desilusión;
Hallarás paz en el trono de la gracia.¹



Annette encendió las luces intermitentes y dirigió el auto al área de estacionamiento del hospital. “Señor, gracias que tú no desilusionas”, susurró. “No sé qué sucederá esta noche, sin embargo, gracias por darme paz”.

—El recuento de glóbulos blancos está elevado —reportó el médico una hora después—. Creemos que tiene otra infección urinaria. Hiciste bien en traerla al hospital, ya que la infección anterior se le puso grave tan rápidamente. Te mandaremos a la casa con

¹ “All your Anxiety,” (Toda tu ansiedad) por Edward Joy. Dominio público.

lo que necesitas para resolver este asunto y otra dosis para el futuro. Te puede ahorrar un viaje al hospital durante la noche.

—Gracias —dijo Annette con una mueca. En medio del estrés que sentía, traviesamente añadió—: Ustedes son muy buenas personas, pero ¡yo estaría sumamente agradecida si no los volviera a ver durante mucho tiempo!

El médico se rio:

—Trato hecho. ¡Vuelve a casa y cuida a tu pequeña hija, y esperamos no tener que verla en el cercano futuro!

Sin embargo, no resultó ser así. La siguiente mañana el médico llamó desde urgencias. Había hablado con el pediatra de Katia en el hospital de niños, y ambos sentían que Katia debía pasar varios días en el hospital para llegar a la raíz de sus síntomas recurrentes.

—Después de comparar notas, no estamos seguros de que se trate de una infección urinaria. Nos preguntamos si no fuera alguna otra clase de infección —le informó el médico a Annette.

Cuando hubo hablado por teléfono con Paul, Annette no pudo contenerse. Las lágrimas le cayeron automáticamente, en parte debido al cansancio, en parte porque esto parecía ser un sinfín de preguntas sin respuestas y en parte porque ella de verdad no quería pasar otra noche en el hospital.

En ese momento, Cynthia entró de donde jugaba en el patio y halló a su madre en la cocina.

—Mamá, ¿por qué llora? —le preguntó, ansiosa—. Mamá, ¿tiene que ir al hospital otra vez?

Annette se bajó al nivel de Cynthia.

—Yo estoy bien, mi amor. Solamente necesito llorar un poquito para hacerme sentir mejor. El médico acaba de llamar y dice que debo llevar a tu hermanita al hospital por unos días.

Los ojos azules de Cynthia se llenaron de lágrimas:

—No, mamá. Acaba de llegar. Mamá no se vaya, ¡por favor!

Annette abrazó a su pequeña niña y permitió que llorara en su hombro.

—Sé que es difícil, Cynthia. Ninguno de nosotros quiere que suceda así. Sin embargo, Katia está enferma, y los médicos tienen que descubrir lo que está sucediendo. Entiendes eso, ¿verdad?

Cynthia dejó de llorar y asintió. La puerta se cerró de golpe, y Nathaniel entró descalzo.

—¡Tengo hambre, mamá! —llamó al darle la vuelta a la esquina. Se detuvo cuando vio a Cynthia en los brazos de Annette.

—¿Te castigaron? —preguntó con curiosidad. Annette estaba aliviada de que él aparentaba no haber notado sus lágrimas.

—¡No! —respondió Cynthia de manera cortante—. Mamá tiene que regresar al hospital. Katia está enferma. —Volvió a estallar en llanto.

Nathaniel negó con la cabeza, preocupado:

—No, no quiero que se vaya mamá. ¡La necesitamos!

—Lo sé, Nathaniel. Ashley estará aquí contigo hasta que papá llegue del trabajo, ¿de acuerdo? Lo siento mucho, pero mamá tiene que irse. Sigamos orando juntos que Dios sane a Katia.

—Sí, oremos —dijo Nathaniel con seriedad.

Allí mismo en la cocina, Annette y sus pequeños hijos oraron juntos.

—Ayúdale a mamá a regresar pronto. Y sana a Katia. Amén —oró Nathaniel con sinceridad.

—Ayúdanos a no tener miedo —oró Cynthia con valentía, entre lágrimas—. Por favor, sana a Katia pronto y permite que mamá regrese a casa.

Annette oró que los pequeños corazones de sus hijos fueran consolados y que Dios estuviera con ellos y les ayudara a ser valientes

y a estar tranquilos incluso en medio de circunstancias que no podían entender.

Ella escribió en su página de actualizaciones.

18 de mayo

Una vez más nos están ingresando en el hospital. No me gusta la idea de otra estadía, sin embargo, necesitamos respuestas duraderas. No estoy segura qué pedir en oración, sino que oren por mis hijos, por fortaleza y que la voluntad de Dios sea hecha.

En el hospital, el pulso de Katia bajaba y había momentos en que la saturación de su oxígeno bajaba hasta peligrar. Annette esperaba y oraba. El equipo que le colocaba la vía duró tres horas en ponérsela. Sudaron, lucharon y pincharon. Annette trató de no llorar y oró por su bebé, y que el personal médico tuviera sabiduría y manos capaces. Fue un médico que finalmente le colocó la vía.

—Solamente deseo irme a la casa, amor —le dijo a Paul con cansancio esa noche cuando él llamó y ella oía a Cynthia llorando al fondo—. Esto es muy difícil para los niños. Es casi demasiado para mí.

—Recuerda, Annette —respondió Paul—. Yo estoy aquí con ellos y Dios también. Todo va a estar bien, cariño. Estoy orando que tengas fortaleza. Descansa si puedes.

Paul siempre sabía calmarla. ¡Cómo anhelaba que él estuviera con ella en ese momento!

Al día siguiente, los médicos agregaron fenobarbital al medicamento para las convulsiones de Katia.

—Si sigue con convulsiones, mañana la tendremos que transferir a otro hospital —le informó el pediatra a Annette—. Si no las podemos controlar aquí, la necesitamos tener en un lugar donde

se especializan en lo que ella está padeciendo.

Annette oró que esto no fuera necesario. Ella estaba muy agradecida por los médicos y enfermeras agradables en el hospital donde estaban, y no quería enfrentar un grupo nuevo de personas.

Tarde esa noche, Katia tuvo complicaciones. Una vez más el médico le aumentó los medicamentos, y Annette la observó hasta que estaba dormida y en paz. Ella sabía que no tenían esperanzas de regresar a la casa antes del fin de semana, sin embargo, tenía la esperanza de que por lo menos no tuvieran que ser transferidas al día siguiente. “Señor, un día a la vez. Sé que estás de nuestra parte”, oró.

El 20 de mayo, gozosamente escribió una actualización:

¡Katia no ha convulsionado desde anoche! Incluso cuando le sacaron sangre para hacerle exámenes hoy, estaba relativamente tranquila. ¡Tenemos la esperanza de que estemos combatiendo el problema! Además, ya no se está hablando de la posibilidad de transferirnos a otro hospital. Hoy pude tener en los brazos a mi bebé por primera vez desde el jueves. ¡Y ella sigue sin convulsionar!

¡Gracias por sus oraciones! Dios nos está sosteniendo.

Para el 21 de mayo ya habían pasado más de treinta y seis horas sin convulsiones. Esa noche les dieron el alta para regresar a casa.

Cuando Annette llegó, cansada pero aliviada, sus hijos la estaban esperando.

—¡Volvió mamá! — exclamó Nathaniel con alegría.

Annette le sonrió a Paul mientras abrazaba a su hijo.

—¿Se te hizo largo el tiempo, mi niño? —Lo abrazó con fuerza, y él asintió con la cabeza contra su hombro.

—Me parecía que nunca iba a volver —dijo, abrazándola con

más fuerza.

—Mamá, Dios contestó nuestras oraciones —dijo Cynthia con timidez.

—Sí, mi amor; tienes razón. Dios siempre contesta nuestras oraciones. A veces él contesta con un sí, y eso nos hace más contentos, ¿verdad? —ella le sonrió de manera especial a su hija, y Cynthia asintió con alegría.

Annette se recostó en el sofá y los niños se sentaron uno a cada lado. Ella suspiró. Estaba muy contenta de estar en casa.

Capítulo veintisiete



La siguiente mañana empezó con dificultades. Los niños estaban intranquilos y mal portados; Katia estaba inquieta y Annette preocupada y agotada. Ella se ocupaba con fregar el montón de platos sucios en la cocina.

—Mamá, ¿podemos hacer un pícnic para el almuerzo, por favor? —le rogó Cynthia—. ¡Sería muy divertido!

Aunque estaba agotada, Annette no pudo negarle la petición a su hija. Ella ya había tenido que disciplinar a ambos niños más de una vez en solamente tres horas, y parecía una buena idea proporcionarles algo positivo.

—Sí, pueden extender una manta bajo el árbol de roble y comer unos sándwiches de jalea con mantequilla de maní —le prometió.

Cynthia saltó de la emoción, y se dio prisa en buscar a Nathaniel para contarle las buenas nuevas y preparar el sitio.

En el momento en que le untaba la jalea al segundo sándwich,

Annette notó a Katia en el asiento para infantes. Se le cayó el alma a los pies. Katia estaba convulsionando.

“Esos medicamentos debían ser suficientes”, pensó, agotada. “Ahora tendremos que regresar una vez más”. Dio un profundo suspiro, se limpió las manos y alcanzó el teléfono.

—Sí, tráigala.

Cynthia estaba más que desilusionada que el picnic bajo el roble se iba a interrumpir. Annette pasaría dejando a los niños con Renee, la esposa del pastor. “Tendremos que acomodar un sistema para el cuidado de los niños si esto continúa”, pensó mientras rápidamente envolvía los sándwiches en bolsas y les ayudaba a los niños a ponerse los zapatos.

Katia fue ingresada en el hospital; sin embargo, tan pronto como se podía, los médicos planeaban transportarla a un hospital más grande donde recibiría más ayuda. Mientras en Boise caía la noche de otra tarde en mayo, la mente de Annette anhelaba descansar. Ella sentía que deambulaba por un laberinto borroso de incertidumbre y falta de sueño.

Desde su teléfono escribió unas palabras en su página de actualizaciones.

22 de mayo de 2017

Como le dije a Cynthia ayer, Dios siempre contesta nuestras oraciones. A veces dice que sí, a veces que no. Hoy respondió con un no. Katia comenzó otra vez a convulsionar como al mediodía. Cuando se resuelvan unos detalles, nos transportarán a un hospital más grande. Les ruego que oren que Dios nos dé una buena experiencia allá. Estoy totalmente agotada y anhelo comprensión y bondad de parte del personal médico. El hospital donde nos quieren enviar se conoce por ser impersonal en cierta manera. Por favor oren

que hallemos respuestas (...) respuestas duraderas, si es la voluntad de Dios. También les ruego que oren por nuestros hijos y mi esposo en casa.

¡Gracias!

La siguiente mañana les dieron el alta. Annette se quedó sin aliento por los cambios constantes y repentinos.

—Siento que casi no puedo esperar un problema y tratar con este antes de que surja el siguiente —le dijo a su mamá por teléfono—. Es como que finalmente puedo volver a respirar y luego me golpean del otro lado. Dios ha sido tan fiel, sin embargo, ¡no sé cuánto tiempo podré aguantar así!

Ese día tuvieron otro susto; llamaron al médico y él les pudo ayudar a solucionarlo con ajustar su medicamento en casa. El siguiente día tuvieron una cita con el neurólogo. Esta vez, el médico los mandó a la casa con un medicamento de rescate para tratar las convulsiones recurrentes de Katia en casa.

— Así no tienen que “medio vivir” en el hospital —planeó el médico bondadosamente—. Podremos durar bastante tiempo en ajustar la combinación de medicamentos para las convulsiones hasta hallar la más efectiva. Sin embargo, me gustaría que pudieran hacer lo más posible en casa.

“Las cosas se ven más positivas”, le escribió Annette a Paul en el trabajo. “Quizá nuestras estadías en el hospital serán más cortas ahora, incluso si siempre tenemos que ir de vez en cuando. ¡Hasta los avances pequeños son positivos!”

La siguiente semana trajo cierto alivio. Annette aprovechaba el silencio mientras batallaba contra la tensión de siempre estar a la alerta.

Ella escribió en el diario:

24 de mayo de 2017

Dios me habló esta mañana de dejar toda mi ansiedad con él.

Concuerta muy bien con mis necesidades. Estoy batallando un gran cansancio físico y emocional en estos días. Solamente deseo una vida normal. Estoy muy cansada de siempre estar a la alerta y de tratar de no preguntarme cuándo tendré que salir corriendo hacia urgencias o cuándo nos volverán a ingresar en el hospital.

Sin embargo, aquí está: el recordatorio de llevar mi ansiedad y cansancio a Jesús y dejarlos allí. No estoy segura del asunto de "dejarlos". Parece que los cargo sin ni siquiera darme cuenta. Con todo, cuando siento ese peso que desciende sobre mí, entonces es hora de llevarlo una vez más a Jesús.

El que siempre nos ha llevado lo seguirá haciendo (...) cualquiera que sea el futuro.



27 de mayo de 2017

¡Es hermoso sencillamente poder disfrutar a mi bebé! Mi nivel de estrés baja con el paso de cada día libre de convulsiones. Estamos por cumplir el quinto día sin convulsiones y ¡estamos muy agradecidos con Dios por su misericordia!

El sábado 30 de mayo, administraron el medicamento para convulsiones que normalmente usaban para controlar las convulsiones recurrentes. Sin embargo, esta vez no funcionó, ya que Katia

vomitó tan pronto como le habían dado el medicamento y no tuvo tiempo de tomar efecto. Después de cinco días de descanso, Annette tenía más esperanza y estaba menos agotada.

—Le darán el mismo medicamento y nos vendremos a casa —razonó con Paul por teléfono mientras alistaba a Katia para salir. Ella estaba agradecida de que fuese un día en que Paul no tenía que trabajar para que él pudiera cuidar de los niños.

Annette no había esperado una médica difícil en urgencias que ni siquiera las conocía y no tomaba en cuenta nada de lo que ella decía.

—En verdad, ni sé si tu bebé aún *está* convulsionando —dijo la médica ásperamente—. ¿Cómo lo sabrías tú?

Después de estar esperando tres horas en urgencias, Annette estaba desesperada. “Señor, te ruego que hagas algo por nosotras. Necesitamos que tomes nuestra parte”, oró con sencillez.

Poco después, la médica volvió a entrar.

—Hablé con el médico en el hospital de niños que ha tratado con tu situación antes. He decidido darle diazepam a tu hija en caso de alguna convulsión —dijo secamente.

Annette no les pidió a los médicos que le aclararan el diagnóstico. No quería forzar su caso; sabía que sin duda Katia había estado convulsionando. Ella sencillamente estaba demasiado agradecida de finalmente tener lo que Katia necesitaba. Sin embargo, cuando salió media hora después de que el medicamento hubiese hecho el milagro, volvió a sentir que la invadía la frustración. ¿Cómo no podía la médica creerle cuando tenía la realidad al frente? ¿Qué tal hubiera sido algo más serio?

Sus pensamientos giraban mientras conducía hacia la casa. Era una cosa que los médicos cometieran errores con su propia salud, sin embargo, era totalmente otra que sobrepasaran los límites con

la salud de su hija. “Señor, estoy frustrada. Gracias que todo salió bien, sin embargo, muéstrame cómo abogar la causa de mi hija en el futuro”.

Mientras oraba, se le ocurrió una idea. La siguiente vez que tuviera que llevar a Katia al hospital, de inmediato haría referencia al médico más razonable del hospital de niños y su recomendación. Quizás en el futuro eso le ayudaría a confirmar su historia y su petición de ayuda.

“Gracias por la idea, Señor”, ella oró. “Creo que necesito ayuda con mi actitud. Detesto observar a mi hija sufrir, y sentía que la médica era desconsiderada y grosera en una situación delicada. Ayúdame a perdonar y soltar”. Ella reacomodó los hombros doloridos y miró en el espejo retrovisor a su hija que dormía. Tanto había sucedido que no se imaginaron nunca ni tenían idea de lo que estaba por delante.

“Señor, agradezco tanto que conoces el fin desde el principio. Gracias por ser nuestra seguridad en este camino”.

Capítulo veintiocho



“No está funcionando”, murmuró Annette, preocupada. Una vez más tambaleaba por la casa a medianoche, tratando de controlar las convulsiones de Katia. Le dio diazepam, el medicamento que hasta ahora había funcionado bien, sin embargo, esta vez no parecía tomar efecto.

Miró la pantalla del teléfono y notó que eran las 3:45 a. m. del primero de junio. Tenía fuerte dolor de cabeza.

—Paul, el medicamento de Katia no le está llegando —le susurró con urgencia a su esposo dormido—. Me temo que la tendré que llevar otra vez al hospital.

—¿Cómo? —Paul murmuró y se dio vuelta—. ¿Qué dijiste?

—El diazepam no está funcionando. Creo que necesito llevar a Katia a urgencias.

—Ay, no. —Paul ahora estaba despierto—. ¿Estás segura de que te sientes capaz de conducir?

—Creo que sí —dijo Annette con cansancio—. Alguien tiene que quedarse con los niños.

—Está bien, estaré orando por ti. Conduce con cuidado y mantenme informado.

Annette sabía que su esposo se volvería a dormir en cuanto ella saliera por la puerta. No pasaba despierto como ella, ni tampoco se preocupaba al extremo como ella. Su solidez muchas veces la calmaba. Sin embargo, sabía que haría las oraciones por su protección antes de dormirse, y ella sentía consuelo en eso.

Annette estaba demasiado cansada como para orar mientras conducía. Solamente se enfocó en el camino. Esperaba que la visita a urgencias fuera rápida a esta hora de la madrugada.

En urgencias de Boise, ella estaba agradecida por un médico que escuchaba sus preocupaciones y daba buen cuidado.

—Tendremos que recetarle un nuevo medicamento de mantenimiento —decidió el médico—. La verdad es que es otra clase de medicamento; se llama Dilantin. Nuestra esperanza es que los tres medicamentos que está tomando funcionen en conjunto para maximizar el control de las convulsiones. Es difícil perfeccionar la ciencia de tratar y controlar las convulsiones —reconoció seriamente—. Es desafortunado, pero seguiremos haciendo pruebas hasta solucionar el problema.

Annette esperaba que el médico tuviera razón. Sabía que el siguiente paso sería otro ingreso en el hospital para realizar más exámenes si Katia no dejaba de convulsionar. Al volver a casa otra vez ante un temprano amanecer de verano, ella oró que no llegara a eso. “Siento que sería demasiado, Señor. Te ruego que no suceda eso”.

En medio de la intensidad e incertidumbre del camino, el Señor escuchó su ruego. Ella escribió en su diario el 5 de junio:

Me siento muy bendecida. Hemos pasado cuatro días sin ir a urgencias. Katia tuvo solamente una convulsión de diez minutos el sábado por la noche, y logró recuperarse sola. Además, desde que agregamos el nuevo medicamento, no ha pasado con tanto sueño. Disfrutamos de verla pasar más tiempo despierta, aunque también me encanta observarla dormir tranquilamente. ¡Lo más importante para mí es que no esté convulsionando! Los otros niños también están portándose mucho mejor, ya que he estado en casa durante un tiempo prolongado.

—Mamá, ¿por qué nuestra bebé está enferma? —Cynthia estaba sentada al lado de Katia mientras dormía tranquilamente en su asiento de infantes, observando su rostro pensativamente—. La bebé de Kristen no está enferma. —Ella se refería a Kristen Miller, su amiga en la iglesia que también tenía una hermanita.

—Katia es una bebé especial. Nos alegramos de que la hermana de Kristen siempre haya sido saludable, sin embargo, algunas cosas difíciles le sucedieron a Katia a la hora de nacer. ¿Recuerdas cuando hablamos de que la mamá de Katia no la puede cuidar?

Cynthia asintió con la cabeza.

—Pues, parte de eso fue lo que causó que Katia sea una bebé especial. Tiene una sonda de alimentación que la ayuda a comer, y el cerebro se le deterioró antes de que naciera. Ahora necesita ayuda especial. Necesita terapia para ayudarle al cerebro a sanar y crecer, así como tú necesitaste de terapia para tu trastorno sensorial.

—Yo amo a Katia —dijo Cynthia—. Nada más deseo que usted no tenga que irse otra vez.

—Lo sé. Es difícil, ¿verdad? —la consoló Annette.

—Pero me gusta tener una bebé con sonda. Quiero aprender a

darle de comer —Cynthia miró a su madre con ilusión.

—Cuando estés un poco más grande lo practicaremos —acordó Annette con una sonrisa.

—¿Podrá Katia jugar conmigo cuando se haga más grande? —Cynthia ahora estaba pensando al futuro.

—No conocemos el futuro de Katia. Tiene algo conocido como parálisis cerebral. Tenemos que esperar muchos días para saber cuánto podrá hacer y cómo aprenderá a pensar. —Annette hacía lo mejor posible para decirle la verdad a Cynthia, aunque apenas iba a cumplir cinco años. Ella sentía que su hija debía saber la verdad.

La condición de Katia los afectaba a todos, y Annette deseaba que sus hijos fueran libres de hablar de sus temores, preguntas y sentimientos con ella, para poder ayudarlos.

—¿Podemos orar por su cerebro? —preguntó Cynthia, preocupada.

—Esa es una excelente idea —aceptó Annette—. Ella es preciosa así como es, sin embargo, nos encantaría ver que Dios le sane el cerebro de cualquier manera que él desea. Es muy bueno orar por esto. —Ella le sonrió a su hija, agradecida por cómo ella amaba a su hermana menor.

Más tarde, cuando pasaba por la sala, vio que Cynthia se agachó para darle un beso a Katia mientras ella dormía. “Te amamos así como eres”, oyó que Cynthia le susurró. El corazón de Annette se llenó de alegría, al saber que ella no era la única que Dios llevaba por este camino; él estaba llevando a toda la familia a profundizarse en su amor y preocupación por los vulnerables.

Esa noche ella escribió una actualización para sus amigos que oraban por ella.

7 de junio de 2017

Al poner mi rostro contra el de Katia para besarla y susurrar

mi amor por ella en su oído, no puedo sino reflexionar...

Su advenimiento en nuestra familia ha causado mucho estrés. Muchas cosas no han sido agradables, cosas como viajes a urgencias y el tener que estar separada de los niños.

Sin embargo, veamos el reverso de la medalla, ¡y es igualmente real! Y eso es todo lo que Katia nos ha *dado* a nosotros... cosas de ella que más que compensan todos sus problemas médicos. Piensa en todas estas cosas pequeñas...

...su inocencia,

...su vulnerabilidad y su confianza,

...cuánta sanidad trae sostenerla contra el corazón,

...su olor a bebé,

...el hecho de que ella ha tocado a tantos corazones, aunque ella no lo puede comprender,

...su expresión de paz en los días buenos,

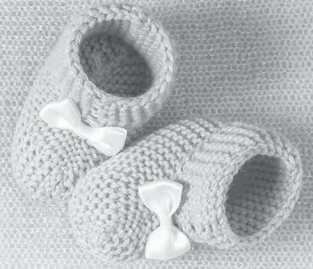
...la profundidad de sus ojos negros,

...y tanto más —más de lo que puedo expresar con palabras—.

Quizá las personas se preguntan si lamentamos nuestra decisión de añadir a Katia a nuestra familia. ¿Nos lamentamos? ¡Mil veces no!

Ella vale la pena... ¡En *mucho* vale la pena!

Capítulo veintinueve



“**N**o hay nada que sorprenda a Dios”. Muchas veces Annette se daba este recordatorio. Especialmente ahora que la vida estaba llena de sorpresas. Estaban de regreso en el hospital, apenas una semana después del respiro. Esta vez no era a causa de las convulsiones. Katia había contraído pulmonía doble.

Las sesiones con Dios en el piso del baño de una sala en el hospital estaban llegando a ser casi rutinarias. Sus propias lágrimas eran aguantables, sin embargo, Annette estaba preocupada por Cynthia. Nathaniel se estaba expresando mejor en general y era más capaz de expresar sus luchas con su ausencia también.

Esta noche habían tenido una conversación en cuanto a su regreso a casa.

—Mamá, ¿por qué no puede venir a casa? —Nathaniel no estaba llorando como Cynthia, pero su voz acusaba tristeza.

—Katia necesita que alguien permanezca con ella y la cuide. Tú

tienes a Cynthia y a papá, y si yo dejo a Katia, ¿quién estará con ella? —preguntó Annette.

—Las enfermeras están allí —razonó Nathaniel.

Esto hizo que Annette sonriera. Su hijito a veces se mostraba muy perspicaz.

—Sí, ellas ayudan a cuidar a Katia, pero no es como familia. Incluso cuando alguien te cuida, tú y Cynthia están juntos. En especial cuando somos pequeños, necesitamos a la familia. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —respondió Nathaniel—. Pero mamá, sí volverá a casa, ¿verdad?

—Por supuesto, hijo. Pronto estaré otra vez en casa. No te preocupes. Y aun cuando no estoy allí, oro por ti y te llevo en el corazón. —Annette tenía un nudo en la garganta cuando cortó la llamada.

“Señor, este es un aspecto completamente diferente de ser madre. Sé que algunas personas no entienden por qué esto es tan difícil para mis hijos, pero no han estado separados de mí nunca durante tanto tiempo antes, y cuando sucede vez tras vez, les resulta muy difícil. Señor, ayúdame a mí y a Paul al encaminar a nuestros pequeños. Ayúdanos a demostrar confianza en ti y a ser honrados y a la vez protegerlos lo más posible. Señor, no sé hacerlo. Enséñanos a tener tu corazón en esta situación para nuestros hijos”.

Annette halló que cada vez más se acercaba a Dios. Ya fuera para recibir fortaleza física, sabiduría en decisiones médicas, ayuda en ser madre, consuelo en medio de tristeza o sencillamente gracia en responderle a la vida de manera piadosa, ella dependía de su Salvador. ¡Cuán profundamente sentía su necesidad de él!

Escribir en su diario y escuchar música de adoración le daban sanidad mental en medio de todas las estadías médicas.

16 de junio de 2017

En estos días he estado meditando en mis bendiciones. La definición literal de la palabra bendición es “el favor y la protección de Dios”. Es eso lo que deseamos. Sus bendiciones son las que nos dan vida. Sin embargo, cuando nos hallamos en situaciones difíciles, a veces nos preguntamos por qué las cosas salieron mal. He estado meditando en todo eso a la luz de lo que ha estado sucediendo con Katia.

Uno de mis himnos durante esta estadía con Katia ha sido el himno titulado “Bendiciones”. Habla muy profundamente a lo que Dios me está enseñando en este tiempo. Me está llevando más allá en lo que pido y en cómo considero la oración y la misericordia de Dios. Quiero ver las cosas a la luz de la eternidad.

Pedimos gracia; pedimos paz

El bienestar de todo aquel que amamos más,

Que tú lo sanes con tu poder

Que tu mano nos proteja

De cualquier dolor.

Mientras tú escuchas mi oración

Anhelas darme más que lo que pido yo.

¿Y si todas estas bendiciones vienen por medio del dolor?

¿O en cada noche donde no encontramos paz para dormir?

¿Si las pruebas son tal vez tus respuestas para mí?¹

¹ “Blessings,” (Bendiciones) por Laura Story.

Al pasar el mes de junio, Annette se sentía más capaz al aprender lo que su bebé necesitaba y cómo ayudarla en casa. Ella aprendió a usar la terapia de percusión de la pared torácica varias veces al día para mantener sueltas las secreciones de Katia. La mayoría de las personas tosen y tragan con facilidad; para Katia requería mucho esfuerzo, y sus pulmones desarrollaban tapones mucosos. Annette aprendió a succionarle las narices. También cuál nivel de saturación era saludable y cuál ameritaba un viaje a urgencias.

Entre los altibajos, un gran alivio fue que las convulsiones finalmente estaban bajo control, evitadas con la actualizada combinación de medicamentos.

Sin embargo, los King estaban terriblemente cansados.

—Me he dado cuenta de que hemos visitado algún centro médico con Katia cada 1,86 días durante los últimos dos meses —Annette le contó a Paul una noche mientras se preparaban para dormir.

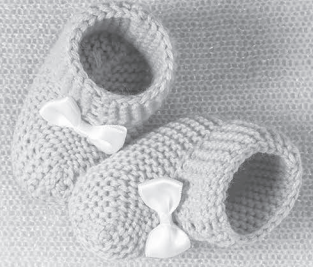
—Eso es demasiado frecuente. —Paul movió la cabeza con gesto de disgusto—. ¡Dios nos ha traído por un verano difícil!

—¡Eso sí! —respondió Annette—. Cada respiro parece un pequeño milagro.

El último día de junio, recibieron una noticia emocionante en cuanto al proceso de la adopción de Katia. La fecha final para la adopción se había puesto para el 8 de noviembre, después de la cual Katia sería oficialmente parte de la familia.

—Ya siento que es de nosotros, sin embargo, será un gozo completar los papeles —se regocijó Annette.

Capítulo treinta



—A noche soñé que Katia sonrió por primera vez —le contó Annette a Paul una mañana a principios de julio—. Como sabes, ella ya tiene seis meses y aún no ha sonreído. Cynthia y Nathaniel sonreían a los dos meses. Es muy diferente tener un bebé que no puede sonreír. A veces me llena de tristeza.

—Lo sé, mi amor —la consoló Paul—. Sí, es triste.

—La amo así como es —dijo Annette enfáticamente—. De ninguna manera cambia cuánto valor tiene. A veces parece que las personas nos tienen lástima y creen que hemos hecho una buena obra. En realidad, no me siento así. Katia es tanto uno de nuestros hijos como lo son Cynthia y Nathaniel. No quise insinuar nunca que realizábamos una buena obra al criarlos. —Annette negó con la cabeza en indignación.

Paul sonrió cariñosamente.

—Es verdad. Y nadie ha dicho que fue una buena obra haber-nos casado tampoco. Sin embargo, me alegro de que lo hayamos hecho —dijo en tono bromista.

—¡Ay, Paul! —Annette se rio—. Pero ¿no te molesta nunca? ¿Te resulta difícil tener una hija que no puede funcionar a un nivel normal?

Paul lentamente se puso un calcetín, pensando antes de responder.

—No creo que me moleste —dijo honradamente—. Katia es un desafío al igual que una bendición. Ella me ha ayudado a comprender que la vida es frágil. Su vida depende mucho de otros, sin embargo, creo que la vida de todos nosotros es frágil, en el espectro amplio. Solamente que nosotros no lo comprendemos.

Paul alzó la mirada. Sus ojos se iluminaron cuando continuó:

»También comprendo el enorme trabajo que es ser madre y cuán buen trabajo haces.

Él movió la cabeza con tristeza:

»¡Yo no funcionaría como buen padre soltero!

Annette se rio:

—Tienes muy buena manera con los niños. Estoy muy agradecida por ti y por la manera en que inviertes en nuestra familia. Sé que siempre puedo confiar en que vas a estar a nuestro lado, cualquiera que sea la circunstancia.

—Hay algo más que esta crisis de salud me ha enseñado —añadió Paul—. Estoy aprendiendo que algunas de las cosas de la vida que parecen ser muy importantes realmente no lo son. —Él raras veces expresaba pensamientos tan profundos, y Annette se deleitaba en oír su punto de vista.

—Algún día, en el cielo, sabremos lo que fue más importante —Annette agregó con un suspiro—. Y algún día en el cielo Katia podrá sonreír, ¡aunque nunca sonría aquí en la tierra!

El mes de julio pasó con solamente unos pocos incidentes médicos, y mucho menos tiempo en el hospital. Annette atesoraba cada día de verano que podía pasar en casa con los hijos. Ella apuntó en su diario algunos de sus pensamientos durante el verano.

17 de julio de 2017

Dios me está enseñando cosas que quiero recordar. Me está mostrando las maneras en que soy enriquecida por ser la madre de Katia. Este camino de ser madre de una niña discapacitada es algo nuevo para mí, y siento que hay mucho en lo cual debo crecer.

No sucedió nada hoy que provocara el pesar en mi corazón. El clima de julio es cálido y soleado, y tengo tres preciosos niños y un maravilloso esposo por los cuales debo agradecer a Dios.

Sin embargo, la tristeza permaneció. Y no podía entender cuál fuera su causa, hasta que hablé con Paul en el jardín esta tarde. Entonces fue que comprendí cuál era el dolor sutil que surge de vez en cuando. Inesperado, y a veces frustrante.

Al lado afuera del jardín estaban nuestros tres regalos de Dios. Los dos mayores estaban jugando con la bicicleta y el patinete en la entrada. La bebé, con seis meses de edad, estaba haciendo lo que más hace: dormir. A causa de la alta dosis de medicamento que toma para controlar las convulsiones, ella raras veces se despierta a no ser que esté luchando por respirar.

Al observar a los dos mayores en su juego, subconscientemente me pregunté por milésima vez si Katia algún día podría jugar así. ¿Alguna vez caminará, correrá o aun

hablará?

El fin de semana pasado asistimos a una boda en otro estado. En el cuarto de los bebés, observé a dos bebés que eran de la edad de Katia. Ellos sonreían, se sentaban en el regazo de la madre, se sentaban solos y hacían las otras cosas normales para su edad que nosotros solamente soñamos para Katia. Ella no ha sonreído ni una vez todavía.

Todo esto me aumentó el dolor en el corazón. Tanto anhelaba que nuestra bebé fuese saludable, ¡por el bien de ella! Sin embargo, Dios ha dicho que no, al menos por ahora.

Más tarde, mientras mi familia comía una cena de pícnic, abracé con fuerza a mi preciosa bebé. No podía terminar de disfrutar su dulce aroma de bebé, sus mejillas gorditas y otra vez maravillarme de que Dios nos hubiera otorgado otra hija propia. El gozo casi me causó dolor físico en el corazón.

¿Gozo doloroso? Sí, pues el gozo y la tristeza pueden existir simultáneamente en el corazón. No se contrarrestan. De hecho, se mejoran el uno al otro.

Comprendí otra vez que es correcto estar triste y gozosa al mismo tiempo. Dios comprende los sentimientos encontrados. Y él me ayuda a superarlos.

Katia me está enseñando esto.

Capítulo treinta y uno



El mes inició con enfermedad.

—No me gusta cómo te oyes tan congestionada —murmuró Annette al cambiarle la ropa a Katia—. Puede ser que Cynthia y Nathaniel tengan el mismo resfrío que tú, sin embargo, tú, mi amor, sencillamente no tienes la capacidad de sacar tus secreciones como ellos. Solo esperemos que puedas salir de esto sin tener que llevarte al hospital.

Annette abrazó a Katia durante un momento, disfrutando su dulce calor y acariciando su suave cabello negro. Ya era suficiente largo que le podían hacer trencitas y otros peinados, y a Cynthia le encantaba peinarla.

Durante toda la penosa noche, Katia luchó por respirar y sacar las flemas de los pulmones. Al día siguiente, Annette sabía que no iban a ganar la batalla. Ella y Paul decidieron que era hora de dirigirse a urgencias. En urgencias, le hicieron una radiografía al pecho

y descubrieron un punto de neumonía y bronquitis.

—Sin embargo, la verdad es que no hay nada que podamos hacer por ella en el hospital que no hagan en casa —le dijo el médico a Annette. En los últimos meses, este médico había llegado a ser uno de los favoritos de Annette—. Te daremos una inyección de antibiótico y te recetaremos antibióticos para darle seguimiento, y luego, mientras que usen el oxímetro, deben estar bien. Solamente asegúrate de revisarla de vez en cuando durante la noche.

»Ah, por cierto —siguió el médico, deteniéndose al salir del cuarto de examinación—. La médica que te trató tan mal el mes pasado ya no trabaja aquí. No te puedo dar los detalles, sin embargo, creí que te interesaría saberlo.

Annette dio un suspiro de alivio y le dio las gracias a Dios por ser misericordioso, aunque ella no anhelaba la despedida de la médica. Dios había oído sus oraciones y temores acerca de quiénes cuidaban a su hija y se había preocupado lo suficiente para actuar a su favor. Eso era lo que más le alentaba.

En los momentos más vulnerables Annette comprendía que deseaba desesperadamente la tierna protección de Dios. La interacción con una médica incompetente la hacía sentirse amenazada cuando su hija era tan indefensa. Ella había meditado mucho en la vulnerabilidad desde que Katia se había unido a la familia. Esa noche, Annette escribió la siguiente actualización en su página.

A veces dicen que ser padre o madre es como tener el corazón andando fuera del cuerpo. Ser madre de una niña discapacitada lleva esto a otro nivel. Te hace vulnerable de muchas maneras. Llegamos a ser vulnerables a los malentendidos de otros, a la debilidad física y a los anhelos no cumplidos.

Creo que lo más difícil de la vulnerabilidad es no saber nunca

lo que traerá el día de mañana. Por supuesto, nadie conoce el futuro. Sin embargo, la vida con un niño discapacitado hace que esto sea más real. No sabemos nunca cuándo Katia va a convulsionar. ¿Pasaremos la noche en casa o tendremos que hacer otro viaje a urgencias? ¿Podremos asistir al culto el domingo? ¿Podremos ir al pueblo mañana por la noche como habíamos planeado? Nunca sabemos. Hemos aprendido que todo plan tiene que ser muy tentativo.

También existe la vulnerabilidad de luchar constantemente con tus propias expectativas de ti mismo. Tu casa no se mantiene tan limpia como desearías. El comportamiento de los hijos sufre a causa del estrés. Ellos también son vulnerables, y sientes que de alguna manera es tu culpa que han sido tan traumatizados por tanta inestabilidad. Te preguntas si llevan cicatrices permanentes de los acontecimientos más allá de su control.

Les agradecemos su apoyo y comprensión mientras atravesamos este camino. No lo lograríamos sin sus oraciones.



—¡Mamá! ¡Katia está llorando! —exclamó Cynthia, emocionada, varias semanas después. Durante dos meses después de haberle aumentado el medicamento para las convulsiones, Katia había estado en silencio y nunca lloraba como una bebé normal. Ahora, desde que los médicos le estaban bajando la dosis, ella estaba más alerta.

Una semana antes, Annette había notado que Katia había empezado a suspirar. ¡Hoy estaba llorando! Era un sonido maravilloso.

—Nos encanta cuando nuestra bebé nos habla, ¿verdad?

—Annette se regocijó con su hija de cinco años.

Cynthia observó a Katia un largo rato en los brazos de su madre. Sus ojos azules acusaban duda.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Annette con una sonrisa.

—¿Recibiremos a otro bebé? —preguntó Cynthia, ladeando la cabeza.

—No lo sé. Tendremos que ver cuál es la voluntad de Dios para nuestra familia —respondió Annette—. ¿Por qué preguntas?

—Pues, estaba pensando que, si buscamos uno, podría ser otro bebé con sonda. Sabe, así como Katia.

Los ojos de Annette se inundaron de lágrimas.

—Tú amas a Katia, ¿verdad, Cynthia? Eres una buena hermana mayor —la animó. Había sido su anhelo que sus hijos aceptaran a Katia, sin embargo, ella no había esperado este nivel de aceptación.

Más adelante en esa semana, Annette tomó una muñeca que había estado guardando como regalo para Cynthia en la Navidad, le hizo una abertura en el estómago de tela. Luego le insertó una manguera y la cerró alrededor. Ella sonrió al pensar en el constante deseo de Cynthia de ayudar a “alimentar” a su hermanita. Esta muñeca le serviría de buena práctica.

Cuando Cynthia vio la muñeca, dio un grito de alegría.

—¡Mamá, ahora tengo mi propia bebé con sonda! ¡Gracias, mamá! —Ella la abrazó contra su pecho, sus ojos iluminados de alegría.

Más tarde, ella se veía pensativa, casi preocupada.

—¿Qué te pasa, Cynthia? —preguntó Annette—. ¿Está bien todo? —Ella siguió con los preparativos de la cena, mientras que Cynthia ayudaba a lavar los platos del almuerzo.

Por último, Cynthia respondió:

—Katia fue un regalo de Dios, y yo la amo. Quizás en la próxima

podemos recibir a un bebé normal. ¿Cree que estaría bien así, mamá? Porque deseo mucho poder jugar con el siguiente bebé que recibamos.

Annette sonrió dentro de sí mientras freía una carne molida.

—Sí, Cynthia, por supuesto que está bien sentirse así. Lo maravilloso es que podemos confiar en el plan de Dios para nuestra familia. Podemos orar y decirle cómo nos sentimos, y él escogerá lo que sienta que es mejor para nosotros. Y si no es algo que nosotros queremos, él nos puede ayudar a aceptarlo, ¿verdad?

Cynthia se encogió de hombros.

—Me supongo que sí, pero todavía espero que nos diga que sí. Entonces tendríamos una bebé especial con sonda y un bebé normal con quien jugar. ¡Eso sería tan divertido!

Ese mes Nathaniel cumplió tres años. Su naturaleza traviesa y energía inagotable mantenían a Annette ocupada en todo momento que no estuviera con Katia. Sin embargo, cuando en momentos inesperados a lo largo del día él ponía su manita en la de ella, Annette sentía que su cansancio se disipaba y se le inundaba de calor el corazón. ¡Ella amaba profundamente a su hijo aun si él creaba muchos más problemas que las hijas!

Ella muchas veces meditaba en cuán diferentes eran sus hijos, y cómo el plan de Dios para su vida era específico para cada uno de ellos. Durante las noches cuando se desvelaba con Katia, ella oraba que sus hijos siguieran a Dios dondequiera que él los llamara. A veces se preocupaba de que todas las cosas que ellos enfrentaban podrían causarles problemas en el futuro; sin embargo, en aquellos momentos su Padre celestial le recordaba tiernamente de su presencia.

“Señor, ayúdame a enseñarles a ellos de la manera que tú me enseñas a mí”, oraba Annette muchas veces cuando enfrentaba

un momento difícil. Ella también agradecía mucho el ejemplo de Paul. Sabía que sus hijos iban a tener un concepto de Dios como de un padre protector, tierno y amoroso. Paul siempre parecía tener paciencia, aun cuando Annette más luchaba. Su naturaleza imperturbable era un regalo en el que ella muchas veces dependía, especialmente después de un día largo cuando sentía que no podía leer una historia más o dar un castigo más o contestar una pregunta más. Paul muchas veces calmaba a los niños con un libro después de la cena, y mientras Katia permanecía en su asiento a su lado, Annette sacaba el rato para descansar, escribir en su diario o contestar correos electrónicos. Le ayudaba a sentirse que podía seguir adelante.

Ella se preguntaba cómo hacían las madres que no tenían un esposo responsable y servicial en su vida.

—Muchas veces les digo a las personas que jamás podría hacer esto sin Paul. Quizás yo me encargo de una gran parte del cuidado de la bebé y los asuntos médicos, sin embargo, Paul siempre es una pareja ideal. Él lleva la otra mitad de la carga, y a veces hasta más —le dijo ella a su hermana—. Ahora entiendo por qué Priska no quería criar a su hija estando sola, especialmente una niña discapacitada que necesita el nivel de cuidado que necesita Katia.

—¿Todavía mantienes contacto con ella? —le preguntó su hermana Karen un día.

—Sí, de vez en cuando. Mantuvimos muy buena comunicación después de que Katia llegó a casa este invierno. Desde eso, ella al parecer se la pasa ocupada y distraída. A veces me preocupo por ella, sin embargo, recuerdo que probablemente está sacando su título y tratando de establecerse en un nuevo lugar.

Annette sentía que la madre biológica de Katia se alejaba, y esto la preocupaba. Ella se había mostrado tan sincera en querer una

adopción abierta. Quizá nada más necesitaba de tiempo y distancia para vencer el trauma. Según su petición, Annette seguía enviándole fotos de Katia de vez en cuando. Ella quería darle la oportunidad de ver su progreso sin sentirse obligada a comunicarse con ellos.

En una de las citas médicas de Katia, descubrieron que ella tenía la audición limitada; no obstante, no era sorda. Después de una cita de dos horas y media con el médico Andrews en audiología, él explicó:

—El oído normal es de 25 decibelios. Katia oye como a los 65 decibelios. Esto significa que clasificaríamos su pérdida auditiva como moderada, pero no severa. Con audífonos, ella debe poder oír las cosas de manera mayormente normal y responder al mundo a su alrededor.

Le tomaron las impresiones ese mismo día, y el médico Andrews prometió que los audífonos estarán listos en pocas semanas.



—¡Hubieras visto cómo Katia respondió al estímulo auditivo hoy! —le dijo Annette a Paul en la cena unas semanas después—. De repente estaba a la alerta y miraba a su alrededor y obviamente escuchaba. Me pregunto cuánta diferencia notaremos en lo despierta que esté cuando ya no viva en un mundo de silencio.

—¿Significa eso que Katia está sorda? —preguntó Cynthia, moviendo su cuchara entre los guisantes en el plato.

—No está sorda, exactamente. Ella nada más vive en un mundo muy silencioso. Probablemente puede oír las conversaciones a medio metro de ella, pero no más que eso a no ser que el ruido sea muy fuerte —explicó Annette.

—¿Estoy sordo yo? —preguntó Nathaniel con curiosidad.

—Espero que no. —Paul le sonrió a su hijo y le acarició el cabello—. ¿Puedes oír que te estoy hablando?

—¡Por supuesto que sí, papá! —Nathaniel sonrió.

—No estás sordo —le aseguró Annette—. Estarías sordo si no pudieras oír, pero oyes muy bien.

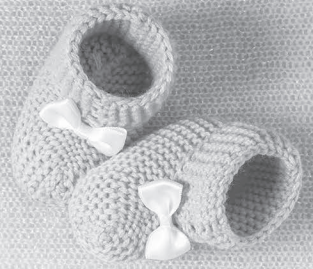
—A no ser que esté muy ocupado —respondió Nathaniel con toda seriedad.

Annette y Paul se contuvieron la risa. Ellos le habían estado enseñando a su hijo a prestar atención cuando le hablaban. Annette tomó un poco de agua, y Paul le cerró un ojo.

—Estamos trabajando con eso, ¿verdad, Nathaniel? Entre mejor escuchamos, en menos problemas nos metemos, ¿recuerdas? Nuestra regla es: “nunca estar demasiado ocupado para escuchar a papá”.

Nathaniel sonrió con timidez y asintió con la cabeza.

Capítulo treinta y dos



Comenzó en la semana del Día del Trabajador. Annette luchó por hacer caso omiso de las sensaciones de presión en el pecho; los momentos en que le faltaba tanto el aire que tenía que sentarse a descansar para poder seguir con los quehaceres. Estaba demasiado ocupada para enfermarse. La crisis de Katia parecía estabilizarse, sin embargo, no se sabía en qué momento le daría otra. Paul y los niños no necesitaban una madre y esposa enferma. Annette intentó sacarse el temor de la mente y seguir adelante. No quería admitir que quizás algo serio le afectaba.

Desde su niñez, Annette había sufrido de un leve problema del corazón, sin embargo, si tomaba su medicamento normalmente estaba bien. Su salud fue una de las cosas que ella y Paul midieron antes de recibir a un bebé con discapacidades. Ellos lo habían puesto en oración y lucharon con todo lo desconocido. Al fin de cuentas, estaban confiados en que debían adoptar a Katia a pesar

de los riesgos, entre los cuales estaba la salud frágil de Annette.

El sábado por la noche, Annette no pudo dormir. La presión en el pecho le hacía faltar tanto la respiración que no podía recostarse cómodamente. Ella luchó con Dios en la silenciosa oscuridad de la casa mientras todos dormían. “Dios, sabes que necesito fuerzas para ser una madre a los hijos que tú me has dado. Te ruego que me ayudes. No quiero serle una carga a mi esposo. Dios, por favor, sáname. Siento que no puedo soportar el estrés de otra crisis médica”.

Ella recordó brevemente el versículo que durante mucho tiempo había sido su sostén: “Y como tus días serán tus fuerzas” (Deuteronomio 33:25).

“Señor, ayúdame a reclamar esa promesa. He confiado con la salud de mi hija a ti. Ayúdame a confiar mi propia salud a ti también”.

“Toda tu ansiedad y todas tus cargas, llévalas al trono de la gracia, déjalas allí (...) ¡No hay amigo como Jesús!” Le volvieron las palabras del canto que habían llegado a tener tanto significado para ella durante la crisis con Katia.

Durante los siguientes días los síntomas se intensificaron. Ella llegó a agotarse cada vez más hasta que casi ni se podía levantar en la mañana ni pasarse del sofá. A menudo tenía que detenerse para recobrar el aliento.

Durante muchos días, Annette había resistido y seguido trabajando a pesar de su mala salud. Sin embargo, una noche la situación llegó a ser crítica.

—Annette, ¿qué pasa? Te miras muy pálida —Paul estaba preocupado.

—No puedo... —Annette hizo una pausa—. No puedo... — Le estaba faltando tanto el aire que de repente no podía decir más

que dos palabras sin detenerse a tomar aire.

Debido a años de síntomas cardíacos, ella había aprendido a no entrar en pánico fácilmente, sin embargo, esto la estaba asustando.

—Tenemos que ir a urgencias —decidió Paul cuando hubo valorado la situación con calma.

—Lo siento mucho —jadeó Annette.

—No trates de hablar —le dijo Paul en voz baja—. Buscaré a alguien que cuide a los niños y luego arrimaré el auto a la puerta. Quédate en el sofá. —Paul sacó el teléfono para llamar a su prima, que vivía cerca.

Annette asintió con la cabeza. Ella oyó que Paul les dijo a los niños que se alistaran para salir.

—¿Por qué? —preguntó Cynthia.

—Mamá no se siente bien. Necesito llevarla al médico. Ella realmente no puede hablar en este momento.

Annette sabía que Paul escogía con cuidado las palabras para no asustar a los niños, y ella le dio las gracias a Dios por un hombre fuerte y sensible. Si Cynthia se enteraba de que era un problema del corazón, se iba a preocupar. Ella tenía suficiente edad para entender mucho. Querían evitarle la preocupación hasta que supieran más de lo que sucedía.

Después de dejar a los niños en la casa de la prima, salieron hacia urgencias de Boise. Annette recostó la cabeza contra el asiento. Sentía que todo el mundo estaba en una neblina.

—Espérate aquí —le dijo Paul—. Te traeré una silla de ruedas. —Él volvió en seguida con una silla de ruedas y en compañía de una enfermera que conocía a Annette por las muchas visitas de Katia a urgencias.

—Cariño, ¡estás muy pálida! —exclamó en su manera maternal—. No te preocupes, nosotros te ayudaremos.

El médico mandó a hacer un montón de exámenes. Annette les rogó que le dieran oxígeno de una vez. Una vez que le pusieron el oxígeno en el consultorio se comenzó a sentir mucho mejor.

—¡No subestimen el aire! —exclamó cuando pudo decir más que dos palabras a la vez.

—Tampoco la respiración —respondió Paul, moviendo la cabeza—. Me asustaste esta noche, Annette. Hace días que he estado preocupado por ti. Tienes que descansar más.

—Lo sé —Annette titubeó—. Solamente me siento tan responsable por Katia. Cada noche me despierto varias veces para revisarla. Y si está luchando, me siento obligada a sentarme a vigilarla.

—Tenemos que hallar una manera de moderarlo. No podemos permitir que tu salud se deteriore así —dijo Paul con seriedad—. Mi amor, tú eres tan importante como Katia, y tenemos que cuidarte a ti también.

—Lo sé —reconoció Annette—. Me preocupaba que esto sucediera después de todas las crisis. Sencillamente no sabía qué hacer al respecto.

Al reflexionar, Annette comprendió que ella no se había cuidado mucho desde que empezó la crisis con Katia.

—Son espasmos de las arterias coronarias —les informó el médico—. Puede ser causa de la presión alta al igual que del colesterol alto. Otras causas pueden ser el tabaquismo y el consumo de drogas, sin embargo, no es este el caso de ella. —Sonrió.

—¿Cuáles son los factores de riesgo de este padecimiento? —Paul quiso saber.

—Pues, puede aumentar a un ataque cardíaco si se pone muy grave. Sin duda, es algo que se debe vigilar, pero normalmente no es mortal. Lo que sucede es que los músculos dentro de las arterias se tensan de repente, lo que provoca un estrechamiento del

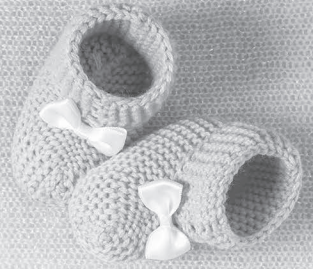
conducto. Esto puede restringir el flujo de sangre al corazón. De allí proviene el sentimiento de presión y la dificultad para respirar por falta de oxígeno. Necesitarás darle seguimiento con un cardiólogo, y debes tener oxígeno disponible en la casa. Te ayudará con la falta de aire.

De regreso en el auto, al viajar hacia la casa en la oscuridad, Annette derramaba lágrimas de cansancio. Al notar su angustia, Paul estrechó la mano y tomó la de ella. Ninguno dijo nada. Habría tiempo para hablar mañana. Esta noche Annette necesitaba descanso y tiempo para respirar después del susto de la noche y los días que había estado luchando por respirar. Ella absorbía el himno que sonaba en el reproductor de CD. El himno llegaría a ser uno de sus favoritos en los siguientes días.

Hallé un lugar secreto, un lugar de tierna paz,
Especial lugar de alivio, descanso y solaz...
Hallé su gracia, hallé su paz
Lejos de toda la maldad.
Me da descanso y salvación.
Veo su gloria y su faz.
Hallé su lugar.¹

¹ "Secret Place," (Un lugar secreto) por Ron Hamilton.

Capítulo treinta y tres



Annette le escribió una carta a su mamá mientras descansaba sobre el sofá unos días después de su carrera a urgencias.

La vida. En este momento el término que mejor la describe es una montaña rusa. Tengo tanto que aprender para equilibrar la dificultad de una niña discapacitada y mis propias necesidades médicas, además de tener una familia.

En la montaña rusa, los bajos son las muchas noches en que (finalmente) me duermo viendo en el monitor que mi bebé está en angustia y probablemente no dormirá. Y no hay nada que pueda hacer al respecto. Me reúno con amigos que tienen un niño de la misma edad que la mía. El niño de ellos se ha desarrollado normalmente, y mi bebé perdió como cinco meses de sus ocho meses de desarrollo posnatal por causa de medicamentos, drama y daño cerebral.

Algunos días me pregunto, con corazón roto: "¿Por qué ella tiene que sufrir tanto dolor? ¿Algún día sentirá alivio?" Descubro que siempre intento ver cómo trato sus problemas y cómo mejoro su calidad de vida presente y futura.

Sin embargo, hay días cuando veo que vuelve a demostrar un poco de su antiguo coraje... ese espíritu inquebrantable que luchó por mantenerse con vida aun antes de nacer. Y entonces, de vez en cuando hace algo nuevo, como hoy. Ella se sentó sola en un sillón acolchado durante varios minutos antes de que sus músculos tensos la vencieran y cayera de lado. Para una madre de un niño normal esto no es gran cosa. Sin embargo, para los padres de Katia, ¡esto es algo grande!

Con mi salud como está, aprendo que a veces tengo que salir de la sala durante quince minutos, aun cuando ella está en angustia, mientras los monitores estén bien. Necesito tomar aliento del estrés de observar los números y monitorear su dolor. He llegado a ser casi una esclava de vigilar a Katia, y le ruego a Dios que me ayude a hallar equilibrio.

También necesito descansar por causa de Cynthia y Nathaniel. Ellos necesitan tanto una madre como Katia. Ora por mí, mamá. Este camino es tan nuevo y grande para mí, aunque he sido una madre y he tenido problemas de salud antes. Siento que de alguna manera estas lecciones son más profundas. Luchamos porque Dios está a nuestro lado y descansamos porque él ya ganó la batalla. Quiero recordar eso en esta semana que tengo mi cita y prueba de esfuerzo.

Annette notó cómo las crisis médicas estaban afectando su matrimonio. La sorprendía cuando lo pensaba. Ellos no peleaban. Sin

embargo, ella a veces sentía una tensión sutil. Ellos comprendían que la comunicación era esencial, no obstante, casi no tenían tiempo a solas aparte de cuando se acostaban a dormir. Para entonces, muchas veces estaban demasiado cansados para hablar. Había tantas decisiones que tomar y tanto en qué pensar.

Cada vez más apreciaban las conversaciones por teléfono mientras Paul viajaba al trabajo en las mañanas y a la hora de almuerzo. Se mantenían en contacto por mensaje de texto cuando no podían hablar por teléfono.

—A veces siento que somos novios otra vez, sin la relación de noviazgo —suspiró Annette cuando hablaba con Paul una noche.

Paul se rio:

—Tienes razón, hay días en que se siente así.

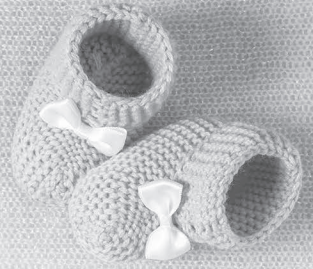
—Agradezco a Dios que me diera el regalo de ti —dijo Annette con sinceridad—. ¡No hay otro con quien prefiera compartir la vida!

—Me siento igual —respondió Paul.

—También le agradezco que Dios nos haya dado la gracia para superar todos los momentos difíciles. —Annette dobló otra camisa y la añadió al montón que se hacía cada vez más grande. Los niños estaban acostados y ellos estaban trabajando juntos para terminar de ordenar la casa antes de irse a dormir—. Gracias por ser ese tipo de hombre.

Paul sencillamente sonrió y recogió otro par de calcetines.

Capítulo treinta y cuatro



—**M**amá, quizá pudiéramos tener diez bebés —dijo Cynthia con entusiasmo mientras ordenaba sus muñecas y ositos de peluche en una cobija.

Annette casi se rio ante la propuesta. Ella descansaba en el sofá otra vez, cuidando a Katia que estaba en el piso a su lado.

—No lo sé, mi amor. Estoy segura de que tendremos tantos niños como Dios quiere que adoptemos en nuestra familia.

—Yo oro mucho por eso —dijo Cynthia con sinceridad—. Oro por nuestro próximo bebé. Será un niño.

—Es bueno que le cuentes a Dios lo que tienes en el corazón, cariño. Me alegro de que ores con frecuencia. Recuerda, Dios siempre nos contesta. Sin embargo, hay veces en que nos da un sí, y otras veces un no.

—Y a veces nos dice que debemos esperar —terminó Cynthia con sabiduría—. ¿Recuerda cuando me dijo eso, mamá?

—De verdad que no, pero es muy cierto. —Annette le sonrió a su hija valiente de ojos azules, y le dio las gracias a Dios que ella amara a los niños a pesar del trauma de una hermana menor enfermiza.

—¿Es esa la razón por qué Dios no sana el cerebro de Katia? ¿Porque él quiere que nosotros aprendamos a esperar? —Cynthia se detuvo en su juego y volvió su mirada ansiosa a su madre.

—Quizá —dijo Annette en voz baja—. Quizás él nos está diciendo que esperemos, o quizá la está sanando muy lentamente. ¿Recuerdas lo que hizo Katia ayer?

—Sí, ella juntó las manos sobre el estómago. Pero eso me parece normal —dijo Cynthia con tristeza—. Quiero que ella juegue y corra conmigo, mamá. ¿Cree que algún día pueda?

—Solo Dios sabe, cariño. Nosotros solo debemos seguir orando y confiando.

Uno de los momentos más dulces en el día para Annette era cuando Cynthia y Nathaniel se acurrucaban a su lado para la oración de la noche. Casi siempre añadían una petición especial por la sanidad de la pequeña Katia, especialmente pidiendo que su cerebro se sanara.

En septiembre, Annette escribió una actualización en su página.

Esta semana Katia logró hacer lo que hacen los niños sanos: juntó las manos sobre el pecho. Anteriormente no entendía que un sencillo movimiento así indica que ambos lados del cerebro están funcionando juntos (o por lo menos comienzan a funcionar juntos). ¡Y Katia lo está logrando!

¡Es otro regalo! Que ambos lados del cerebro trabajen juntos es esencial para el desarrollo. Podemos avanzar si tenemos este fundamento. Ella todavía pasa mucho tiempo dormida. Mucho más de lo que sus contemporáneos soñarían.

Pero es por una buena causa; su cerebro se está sanando... haciendo nuevas conexiones en lugar de las originales que se dañaron en su nacimiento.

Más tarde en esa semana, ella añadió otra actualización emocionante.

Esta tarde estaba meciendo a Katia mientras dormía, y a un lado sus labios hicieron una curva hacia arriba. Mi primer pensamiento fue “¡esa fue la mitad de una sonrisa!” Mi siguiente pensamiento fue no sacar conclusiones precipitadas. Sin embargo, un minuto después, ambos lados de sus labios hicieron curva. ¡Ella se sonrió dormida! Yo sé que no es tan gran cosa como cuando empiece a sonreír en reconocimiento. Pero yo me alegro. ¡Es *progreso!* Por lo menos nunca la había visto hacerlo.

Mi razonamiento me dice que si sonrío mientras duerme, no pasará mucho tiempo hasta que lo haga cuando esté despierta. ¡Soy una madre contenta!

Ese mes también tocó hacer el estudio de deglución que tanto esperábamos.

—Siento que hemos descubierto información importante hoy —le informó el médico a Annette después del estudio—. Primeramente, notamos que su lengua no descansa como la lengua normal. Permanece enrollada en la parte trasera de la boca. Esto probablemente es a causa del daño que recibió su cerebro en el momento de nacer.

»Esto crea un problema, ya que cualquier líquido que entra pasivamente en la boca seguirá el camino de menos resistencia. Si no se interrumpe, se le irá a los pulmones. No sucedió durante el estudio hoy, sin embargo, es un riesgo significativo.

»Durante la parte del estudio en que le medíamos el tiempo, ella tragó casi un mililitro de líquido durante cinco minutos. Para tu niña, es mucho trabajo con muy poco resultado. Con todo, hay algunas cosas que puedes hacer para estimular su reflejo de succión y darle práctica con la deglución. No sabemos cuánto su cerebro puede sanar con el tiempo.

»La primera terapia será que le introduzcas el dedo en la boca para traerle la lengua hasta el frente de la boca.

»En segundo lugar, te animo a que le des hasta cinco mililitros de líquido una vez al día para que ella practique la deglución. Hasta este momento casi no ha tenido oportunidad para practicarlo, sin embargo, existe la posibilidad de que ella mejore con la práctica.

»Lo tercero que puedes hacer es enseñarle a usar un chupete redondo en lugar del chupete plano que has estado usando. Puede forzarla a aplanar más la lengua, y al usarlo también le estimulará el reflejo de succión. ¿Te parece razonable y algo que puedes hacer? —El médico hizo una pausa bondadosa.

—Cualquier cosa que le ayude a beber oralmente —respondió Annette, esperanzada.

—Nos encantaría ver que eso suceda —acordó el médico—. No te quiero dar una falsa esperanza, pues con el nivel de daño del cerebro de Katia, la realidad es que quizá nunca aprenda a beber oralmente.

—Pues, entiendo que eso podría ser el caso, sin embargo, no me daré por vencida hasta que sepa con seguridad —dijo Annette con decisión—. Con la ayuda de Dios haré lo posible para luchar por la sanidad y el desarrollo de ella.

—La manera en que amas a tu hija es de mucha admiración —dijo el médico con aprecio—. Espero que valga la pena y que con tiempo ella pueda beber oralmente. En realidad, no es una

imposibilidad hasta el momento.

De camino a casa, Annette comenzó a hablar con Dios mientras conducía. “Señor, tú oíste lo que nos dijeron hoy. Contigo todo es posible. Me encantaría ver que esto suceda con Katia. Sería tan maravilloso si ella pudiera comer y beber con normalidad y experimentar el placer de la comida. Ayúdanos a hacer lo mejor posible y confiar lo demás a ti. Gracias por darnos pequeños vistazos de sanidad y desarrollo en su cerebro. Gracias por las lecciones de fe que me estás enseñando a mí y a los niños. Y Señor, gracias por Katia. Ella es tan preciosa y estamos muy agradecidos de que cada día podamos deleitarnos en su vida”.

Capítulo treinta y cinco



“Las noches son las más difíciles”, Annette mensajeaba con una amiga desde el hospital. Se acercaba el fin de septiembre y una vez más estaban de regreso en el hospital, esta vez por otro ataque de convulsiones.

“Estamos orando por ti”, le respondió su amiga. “Deseara estar suficiente cerca para ir a pasar el rato contigo esta noche”.

“Este canto me hace llorar otra vez esta noche, sin embargo, sé que no estoy sola”, respondió Annette. “De camino al hospital también venía llorando. Las preguntas surgen en mi corazón mientras mi preciosa bebé se retuerce y mi corazón se angustia y me siento incapaz... pero permito que las palabras del himno me recuerden que Dios creó la noche”.

Ella puso los cantos calmantes a sonar en su teléfono mientras se sentaba al lado de la cuna de su bebé.

Esta noche es muy fría y oscura,
Me siento tan cansado y solo,
No veo esperanza alguna,
“Oh, Señor, ¿por qué creaste la noche?”

“Hice la noche para que confiaras en mí.
Hice la noche para que pusieras tu mano en la mía.
Hice la noche para que, al amanecer,
Pudieras ver el sol brillar”.¹

La siguiente mañana mientras Annette recibía el amanecer de un nuevo día a través de las ventanas del hospital, una taza de té verde caliente y su Biblia le proporcionaron consuelo a pesar de la silla incómoda del hospital. Su mente trató de enfocarse en medio de todo el sonido de los monitores, el tráfico en la calle de abajo y los pasos por el pasillo.

Ella abrió la Biblia al azar. Las palabras en Isaías le sobresalieron como si estuvieran resaltadas. “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:10).

“Señor, necesitaba eso esta mañana”, suspiró. Ella miró a su hija, dormida bajo una suave cobija de color rosa, su cabello oscuro acolchonado en la sábana blanca del hospital. “Gracias que también le ayudarás a ella. Y danos a ambas la fuerza para seguir luchando”, susurró.

En ese momento entró una enfermera.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó con preocupación amable.

—Sí, es nada más un momento de debilidad. —Annette se secó

¹ “Why the Night?” (¿Por qué la noche?) por Steve Stutzman.

las lágrimas y sonrió tímidamente.

—No hay vergüenza en las lágrimas, cariño — le aseguró la enfermera—. Sabes, ¡dicen que más bien te hacen bien!

—Lo sé. A veces siento que recibo mucho de esto bueno —se rio Annette, demostrando su humor típico.

—Pues, ¡quizás eso sea la verdad! —la enfermera se rio mientras ajustaba el monitor—. Pero tú eres una madre maravillosa. Tu pequeña hija es tan dichosa de tenerte.

—Gracias, pero no me siento maravillosa en estos días. Es únicamente por la gracia de Dios —reconoció Annette con franqueza—. Nosotros amamos a nuestra bebé, y ella vale la pena. Sin embargo, este camino no ha sido fácil. Descubro que cada día necesito optar por la confianza en Dios.

—Es muy dulce oír eso. —La enfermera sacudió la cabeza—. Es muy raro hallar personas de fe en estos días.

Annette quería decir más, pero la enfermera se volvió para salir. Annette oró por otra oportunidad de hablar con ella acerca de Jesús. Sin embargo, si no se presentaba la oportunidad, Annette estaría contenta de que hubiera aprovechado el momento para testificar de la fidelidad de Dios y el valor de la vida.

Ella habló con el Señor: “A veces se me olvida que tienes un propósito mayor que el mío en este camino. No sabemos las vidas que se han tocado por medio de nuestras estancias en el hospital. Ayúdame a ser fiel, Señor, incluso en los momentos difíciles. Dame fuerzas”.

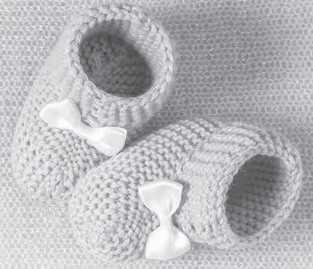
Más tarde esa mañana, Renee la llamó para ver cómo estaba.

—Sí, ha sido increíblemente estresante —reconoció Annette—. He tenido que tratar con ojos enrojecidos e hinchados. Y sabes, aunque las enfermeras y mis amigas creen que soy una súper madre, no lo soy. Hoy me siento más débil de lo que me he sentido en

muchos días. Con todo, Dios me ha recordado que él está aquí. Lloro, pero recuerdo contar mis bendiciones hoy también, porque el llanto puede durar la noche, sin embargo, él promete gozo al amanecer.

—Dios te está sosteniendo —la animó Renee—. Y sí, como dice en su Palabra: “la mañana vendrá”.

Capítulo treinta y seis



—**M**e gustaría llevarles la cena esta noche si les conviene. —La voz de Lisa se oía alegre en el teléfono. Ella era una madre nueva en la comunidad y con la poca interacción que Annette había tenido con ella, parecía activa y cariñosa.

—¡Qué bueno que pienses en mí! —Annette hizo el intento de mostrarse alegre, sin embargo, tenía la mente agotada. Ellos habían llegado a casa del hospital esa mañana, y los niños no se sentían tranquilos.

—Pete y yo pensamos quedarnos a cenar con ustedes. Sabemos que probablemente se sienten solos, ya que a veces tienen que faltar a los cultos, y pensamos que sin duda disfrutarán de compañía. ¿A qué hora les conviene que lleguemos?

Los pensamientos de Annette giraban rápidamente. Ella estaba tan agradecida que las personas se preocuparan lo suficiente

para cocinarles. A la vez, la idea de tener visitas esa noche era abrumadora.

—¿Eh, quizá como a las cinco y media? —dijo con vacilación.

Al parecer, Lisa no notó su vacilación.

—Perfecto. Estaré esperando el momento. Nos vemos entonces.

Esa noche después de que despidieron a las visitas y los niños finalmente estaban dormidos, Annette miró a Paul con ojos enrojecidos por el cansancio.

—Aprecio que las personas nos quieran ayudar, sin embargo, lo cierto es que no disfruté su visita. Estoy demasiado cansada. Debí haberles dicho que no vinieran esta noche, pero no supe decirles que no.

Este era un tema sobre el cual Annette muchas veces había meditado. Ellos habían estado rodeados por la amabilidad y el apoyo de otros en este camino y habían sido bendecidos muchas veces por las muchas maneras en que las personas habían demostrado su amor y ayuda. A través de ello, Annette había aprendido mucho: en cuanto a recibir con gracia y cómo ayudar a otros. Y a veces también había aprendido a cómo no ayudar a otros.

Annette estaba segura de que lo más grande que alguien había hecho por ellos era orar.

—No sé qué haríamos sin sus oraciones —les decía muchas veces a sus amistades y la comunidad de la iglesia. Sus oraciones la habían sostenido, de eso no tenía duda.

Los frecuentes mensajes de apoyo o muestras de cariño eran casi tan apreciados como las oraciones. Eran una manera discreta y, a la vez directa, de recordarles que no estaban solos en este camino.

“A veces reflexiono en todas las maneras en que las personas nos han bendecido en este proceso y me siento muy humillada y bendecida”, le escribió a su madre un domingo por la tarde. “La

semana pasada una anciana de la iglesia tomó unos minutos para pedirme que le explicara algo. Me alentó el corazón. Ella deseaba entender en lugar de solo suponer. Me hizo una pregunta informada lo cual me demostró que ella se preocupa. Tener amistades que muestran interés en los detalles de lo que sucede ayuda a minimizar los sentimientos de soledad. No cabe duda de que ningún otro puede atravesar este camino por uno, sin embargo, es tan alentador tener quién le ayude a llevar la carga”.

A veces en los momentos de más cansancio, Annette no sabía responder a las ofertas de ayuda. Incluso cuando Paul le preguntaba qué podía hacer para ayudarle, a veces lo miraba sin expresión. Por suerte, Paul normalmente sabía qué hacer sin tener que preguntar.

Ella hallaba especialmente necesaria y práctica la manera en que Renee demostraba su amistad en esos momentos.

—¿Necesitas que alguien te cuide a los niños? —ofrecía cuando Annette sentía que casi no podían respirar bajo el montón de decisiones. Hubo otra ocasión cuando un hermano de la iglesia les dio dinero para comprar combustible. Era un regalo sencillo y a la vez específico que suplía una necesidad y no requería de una respuesta o decisión.

Un día a principios de octubre, llegó una carta en el correo que le levantó los ánimos. Annette no recibía correo personal con tanta frecuencia, sin embargo, de vez en cuando una amiga le dejaba una carta o una notita. Esta carta era de una antigua amistad de la comunidad de sus padres. Era sencilla con un mensaje amable que le recordaba que alguien pensaba en ella y oraba por ella. Annette la puso en su Biblia para volverla a leer más tarde. Valoraba ese recordatorio tangible de que otros oraban por ella.

Otro día una amiga le escribió un correo electrónico contándole de un sueño que había tenido.

Soñé que estaba cuidando a Katia. Los niños y yo estábamos afuera (era durante el verano) y ella estaba acostada en la grama, riéndose. Entonces se sentó y cuando me di cuenta estaba dando pasitos. Le dije: "¡No sabía que podías caminar!" Y ella entonces dijo: "Me acuerdo cómo hacerlo". Luego todo se cambió en fiesta.

Annette respondió:

Quizás una de las cosas más dulces que puedes hacer para alegrar el corazón de una madre es preguntar acerca del hijo discapacitado como una persona y no solo preguntar en cuanto a su condición. Las preguntas como: "¿Cuáles son las cosas que le gustan a su pequeño?" y "¿pasó el día contento?" demuestran que miran a una persona y no solamente una condición. Eso fue lo que tu sueño le hizo a mi corazón hoy. Hablaba de Katia como de una persona. Gracias por compartirlo.

Deseo haber "visto" lo que viste en tu sueño. Sin embargo, he soñado que veo a Katia con grandes y hermosas sonrisas, y esas cosas me dan un sentir de esperanza. Esperanza, y también el conocimiento de que nuestra preciosa bebé algún día sí reirá, caminará, hablará y correrá. La única incertidumbre es si lo logrará por primera vez en la tierra o en el cielo.

Cuánto anhelo el día cuando ya no sufra dolor y cuando su mente, que al parecer absorbe mucho más de lo que puede expresar, quede completamente libre de restricciones.

Tengo grandes esperanzas para su vida terrenal. Sin embargo, aun si esos sueños nunca se cumplen, ¡tengo la seguridad de que algún día ella quedará libre! ¡Gracias por

haber compartido esa esperanza!

Después de haber enviado el correo, ella abrió su página de actualizaciones y escribió unas breves palabras.

Somos tan bendecidos al estar rodeados de personas que nos apoyan. Leo historias de padres en que sus bebés o niños discapacitados son objeto de burla o menosprecio como si fueran alguna especie extraña. ¡Ustedes nos han bendecido mucho! ¡No podríamos llevar la carga sin ustedes! ¡Gracias por ser tan fieles en su apoyo de nuestra familia a través de este camino!

Capítulo treinta y siete



—**M**amá, es viernes. ¿Sabe qué significa eso?
Annette se volvió hacia Cynthia, distraída con lavarle la cara a Nathaniel.

—¿Qué significa, Cynthia?

Viene la señora Ross —respondió Cynthia con una sonrisa.

—Ah, sí es cierto. Es día de terapia. ¿Estás preparada? —Annette estaba muy contenta de ver cuánto Cynthia avanzaba en manejar el trastorno sensorial. A veces todavía tenían que lidiar con comportamiento que parecía resultar de haber sido sobre estimulada, sin embargo, en su mayoría, Cynthia se adaptaba bien.

Desde que Katia se había unido a la familia, la señora Ross trabajaba con ambas niñas y le enseñaba a Annette algunos ejercicios que podía hacer con sus hijas durante la semana.

El régimen de ejercicios de Katia variaba, no obstante, se enfocaba en relajarle los músculos tensos y estimularle la sanidad y el

desarrollo en el cerebro. Annette se entristecía que Katia no se acomodara en sus brazos como sus otros niños. Casi siempre se ponía tiesa sin poder reclinarse.

Hoy la señora Ross le enseñó unos ejercicios nuevos. Mientras trabajaban, Annette estaba contentísima.

—Mira, ella está completamente relajada, sin embargo, está alerta. Nunca está del todo relajada a no ser que esté dormida.

—¡Qué maravilloso! Agreguemos estos ejercicios a su rutina normal —decidió la terapeuta.

Al hacer estirones, Annette se regocijó aún más.

—Los estirones normalmente la hacen retorcerse de dolor. Sin embargo, como primeramente hicimos esos ejercicios para relajarla, ella no está retorcida. Mira, solo nos observa mientras trabajamos.

—Cada avance es un regalo, ¿verdad? —la señora Ross se regocijó con ella—. Trate de alzarla ahora. Veremos cómo responde.

Annette alzó a su bebé y la abrazó. En el pasado, las sesiones de terapia habían sido demasiado incómodas y Katia quedaba demasiado rígida para poder alzarla. En esta ocasión, ella recostó la cabeza contra el cuello de Annette, parpadeó los ojos oscuros y soñolientos y casi de una vez cayó en un sueño tranquilo.

—Gracias, señora Ross. Esto es un regalo muy grande —dijo Annette con lágrimas de gozo.

—El desarrollo y la sanidad del cerebro son como una planta. Tienes que cultivarla, y crece. Cuando primero echas la semilla en la tierra, no observas nada. No hay cambios; solamente se ve la tierra. Luego, nace la plántula.

—Y aún entonces es lento —observó Annette, siguiendo el ejemplo con interés.

—Exactamente —respondió la señora Ross—. No siguen solamente victorias. Es un desarrollo lento, pero continuo. Con el

tiempo el crecimiento se acelera. Sin embargo, mucho del crecimiento sucede bajo la tierra. Las raíces crecen, se esparcen y crean vida. Son la fuente del crecimiento más acelerado después.

»Es igual con el cerebro de Katia. Buscamos hacer nuevas conexiones donde se quemaron los cables cuando ella estuvo privada de oxígeno al nacer. Mucho está sucediendo que no alcanzas a ver. Las conexiones, al igual que las raíces, se están volviendo a formar. Es lento y a veces te preguntas si aún hay cambio. Luego, notas cierto progreso. ¡Un pequeño desarrollo! Al igual que una planta, cuando germina de inmediato sabes dos cosas: hay crecimiento y vale la pena todo el esfuerzo que has invertido.

—He estado leyendo más acerca de la sanidad y el desarrollo del cerebro en los últimos meses —dijo Annette—. Me encanta ese ejemplo. Quedo maravillada de cómo Dios obra y cuán intrínsecamente él diseñó el cerebro. El hecho de que puede sanar de tanto trauma es increíble.

—Verdaderamente lo es —acordó la señora Ross—. Sabes, el amor también tiene mucho que ver.

—Pues, Katia sin duda recibe amor —dijo Annette con una sonrisa, abrazando a la bebé con fuerza—. El otro día cuando pasé por el autolavado automático, Katia comenzó a llorar. Yo estaba muy contenta de que ella estaba expresando temor después de haberse asustado. Es otro de aquellos logros. Antes, los avances pequeños no me parecían tan importantes. Sin embargo, he aprendido que cada pasito de progreso es un gran regalo.

—Cuando trabajo con padres que están dispuestos a invertir en los hijos y cuidarlos, veo mayores resultados y sé que mi trabajo no es en vano —dijo la señora Ross.

—Estamos agradecidos de que Dios nos mandara el regalo de una buena terapeuta —dijo Annette cuando se despedía de ella

en la puerta.

—Sigue haciendo el buen trabajo que haces —sonrió la señora Ross—. Y sigue creciendo, Cynthia. Estás progresando muy bien.

—Adiós, señora Ross. Vuelva pronto —dijo Nathaniel, que tenía la tendencia a ser el más sociable de los hijos. Annette sonrió cuando los niños se pararon en la ventana para despedirse de su amiga.



Capítulo treinta y ocho

—**N**o, mamá. Por favor. No quiero que se vaya otra vez.
—Cynthia lloraba.
—¿Por qué se tiene que ir? —Nathaniel le rogaba simultáneamente.

—Otra vez tu hermanita está enferma. Mamá lo siente mucho, niños. Ashley vendrá a estar con ustedes hasta que papá llegue a casa en la tarde.

—Mamá, ¿podemos orar? ¿No sería de ayuda? —preguntó Nathaniel, mordiéndose el labio inferior.

—Es lo mejor que podemos hacer, hijo —Annette se arrodilló en el piso de la sala y abrazó a su hijo—. Sin embargo, no significa que no tendremos que ir al hospital. Pero ¿sabes lo que sí significa?

Nathaniel se vio desilusionado. Negó con la cabeza.

—Significa que Dios está escuchando tus deseos y que él cuidará tu corazón aun si escoge negar nuestra petición o permite

cosas difíciles. Él estará aquí contigo, así como papá estará aquí con ustedes en la tarde.

—Y él ve nuestro interior, ¿verdad, mamá? —Nathaniel se distrajo de su dolor por estos grandes pensamientos de Dios.

—Pero, mamá —preguntó Cynthia— ¿por qué Dios no nos ama lo suficiente para sanar a Katia? Me siento muy mal cuando tiene que salir. No sé cuándo va a regresar. ¿Qué tal Katia se muere? Tengo miedo, mamá.

—Estas son cosas muy difíciles de entender incluso para las personas grandes —Annette oraba en silencio, pidiendo sabiduría mientras hablaba con sus hijos—. A veces no tenemos las respuestas para todas nuestras preguntas. Cynthia, ¿tu papá a veces te dice que no, o siempre te da lo que quieres?

Cynthia se encogió los hombros.

—A veces me dice que no.

—¿Crees que eso significa que él no te ama?

—Por supuesto que no —respondió Cynthia, con el ceño fruncido.

—Bueno, mi amor, es igual con Dios como nuestro Padre también. Hiciste la pregunta si él nos ama y por qué no sana a Katia. Él sí nos ama. A veces no entendemos por qué nos dice que no, sin embargo, eso no significa que él no nos ama. De igual manera papá a veces dice que no, sin embargo, siempre te ama. ¿Entiendes?

—Ajá —respondió Cynthia con tristeza—. Me alegro de que él esté con nosotros, sin embargo, siempre estoy triste durante todo el tiempo que no está, mamá. Me duele especialmente cuando me duermo por las noches. La extraño.

—Lo sé, Cynthia. Me duele también a mí estar separada de mis preciosos hijos. Así que oro por ustedes. A veces lloro, y es correcto que ustedes también lloren.

—Mamá, a veces deseara que estuviéramos en el cielo ahora —Cynthia sollozaba—. Sería más fácil entonces, pues todo sería perfecto.

—Lo sé. Algún día estaremos con Jesús y no habrá más tristeza ni enfermedad.

—Llegó Ashley. —Nathaniel se levantó de un salto cuando oyó un vehículo en la entrada. Se subió al sofá para poder mirar por la ventana.

—Oremos antes de que me vaya. —Annette acercó a sus hijos mientras hacía una oración sencilla por sus corazones y su familia mientras ella una vez más se dirigía al hospital.

—¡Mamá! —Cynthia se aferraba a Annette, sollozando—. Por favor, mamá. ¡No se vaya! —Su desesperación le rompió el corazón a Annette.

—Ven, Cynthia, juguemos —le rogó Nathaniel. Él ya se estaba recuperando de su desilusión, sin embargo, Cynthia estaba casi histérica por el dolor que llevaba en el corazón. Estas separaciones eran sumamente difíciles para ella.

En urgencias, mientras Katia tosía y jadeaba retorciéndose de dolor, Annette oraba una vez más que los médicos pudieran hallar el problema. Ella sospechaba algo más allá de las convulsiones.

—Me pregunto si no es reflujo gástrico —le mencionó al equipo médico.

Después de hacer unos exámenes no concluyentes, los médicos acordaron recetar un medicamento para reflujo “por si acaso” fuera el problema. Annette oraba que le surgiera efecto. Observar a su bebé sufrir tanto era casi más de lo que ella podía soportar.

Ya en la noche, Katia se había tranquilizado. Se durmió y parecía estar descansando.

—No la he visto tan tranquila en una semana —suspiró Annette

con gratitud a una enfermera.

—Me alegro de que finalmente esté cómoda —comentó la enfermera.

Annette se sentó en una silla junto a la cama de Katia para ver si podía dormir un rato. Ocho horas después, se despertó de golpe, comprendiendo que había superado el récord de cantidad de horas que había dormido en el hospital. Aunque de ninguna manera era un sueño profundo, ella se sentía lo suficiente descansada para enfrentar el día, fuera lo que viniera.

—¡Oh, mira, te has despertado, mi amor! —ella le canturreó a Katia mientras la acariciaba suavemente—. ¿Cómo amaneció mi niña hoy?

Los ojos oscuros de Katia se miraban conmovedores mientras ella miraba a su madre a los ojos.

—A veces me pregunto, mi pequeña, ¿cuánto sabes detrás de esos ojos tan hermosos? ¿Cuánto entiendes de lo que te decimos? Sé que sientes nuestro amor.

El sufrimiento de la semana pasada parecía haberse disipado. Al reflexionar, Annette dudaba que hubiera sido una gripe severa como ella primero había imaginado.

—Sabía que no había síntomas nasales —le dijo al médico cuando pasó en la mañana—, sin embargo, las burbujas, tos y arcadas me hicieron creer que eran los pulmones y bronquios.

—Parece que pueden haber sido ataques de reflujo, sin embargo, no sabremos con seguridad hasta realizar más exámenes hoy —respondió el médico—. La acidez en el estómago puede causar tanta miseria que los adultos que sufren de esta a veces creen que les está dando un ataque cardíaco. Así que, si es lo que tiene tu bebé, el ardor puede ser muy doloroso.

Más tarde ese día hicieron un encefalograma. Mientras dialogaban

lo que habían hallado, el neurólogo dijo que todavía había cierta actividad epiléptica sutil.

—Es difícil notarlo. Sabemos que ella está convulsionando un poco, sin embargo, no sabemos con cuánta frecuencia ni exactamente cuánto.

—¿Así que la taquicardia y el reflujo que notamos probablemente sea el asunto principal? —preguntó Annette.

—Posiblemente, y hay opciones de tratamiento. Veo que tu médico la tiene con una doble dosis de medicamento para reflujo. Es mucho más que la dosis recomendada, sin embargo, sus síntomas son suficiente severos que él creyó que era importante controlarlo agresivamente.

—Pero si ella no presenta síntomas de reflujo, es una buena señal, ¿verdad? —Annette estaba esperanzada.

—Desafortunadamente, solamente porque no presenta síntomas durante las últimas veinticuatro horas no significa que no tenga reflujo —respondió la médico—. Sencillamente significa que cuando tiene ese reflujo, no arde tanto y ella no demuestra su incomodidad con jadeos y arcadas.

—El riesgo de aspiración de reflujo todavía es muy alto. Y, si le soy honrada, se puede contraer neumonía de solamente una gota de ácido gástrico en los pulmones. También está la obvia posibilidad de ahogarse con la aspiración. Con alimento y ácido gástrico que sube por el esófago, tenemos todos estos factores de riesgo que ocurren a diario.

Dialogaron las opciones de tratamiento, que incluían colocar una sonda gastroyeyunal en el intestino delgado de Katia.

—Lo llamamos una sonda GY —explicó el especialista—. Se puede usar como escape de aire o drenaje en el estómago y también es una alternativa a la sencilla sonda gástrica que Katia tiene

ahora. La diferencia es que la sonda GY va directamente a los intestinos, mientras que la sonda gástrica solo va al estómago. Si el alimento entra en el intestino en lugar de en el estómago, podría eliminar una parte del reflujo.

—La otra opción es la cirugía de Nissen. Es una cirugía mínimamente invasiva en que podríamos envolver la parte superior del estómago en sí misma para prevenir que haya reflujo.

»Se usa principalmente para el reflujo severo. Los niños con alto riesgo de aspiración o que ya están aspirando muchas veces se consideran como candidatos para este proceso. Sin embargo, les advierto que no siempre es la mejor opción para los niños con problemas neurológicos. A veces una sonda GY es la mejor opción para estos niños.

Después de mucho diálogo y oración, Paul y Annette decidieron hacer la cirugía de Nissen.

—El riesgo de una cirugía es pequeña en comparación con el riesgo constante de la aspiración —razonó Annette en una conversación con su esposo.

Capítulo treinta y nueve



—¿Alguna vez te has arrepentido de que hayamos tomado el riesgo de añadir a Katia con todas sus discapacidades a nuestra familia? —preguntó Annette, con ojos que acusaban meditación. Ella y Paul estaban sentados a la mesa, repasando sus finanzas después de haber acostado a los niños.

Paul alzó la mirada, sorprendido. Él negó con la cabeza, sus ojos azules que mostraban una sonrisa.

—No, no me arrepiento —dijo con sencillez—. Ha sido un tiempo difícil. Con todo, no me arrepiento. Ella sigue siendo nuestra hija.

—¿Todavía la adoptarías si supieras de todas las complicaciones?

—Sí. ¿Qué tal tú? —Paul preguntó con una sonrisa. Él sabía que Annette estaba meditando profundamente cuando hacía tales preguntas.

—¡Claro que sí! —exclamó Annette—. Ella es muy preciosa. Es un regalo inestimable para nosotros, con solamente ser quien es ella.

—Ella me sigue recordando de lo que es importante en la vida —Paul acordó.

Annette asintió con la cabeza.

—Creo que el Señor me está enseñado a solamente ser. Siempre estoy preocupada por cuán bien hago las cosas. Sin embargo, Dios me ama y me acepta, así como nosotros amamos y aceptamos a nuestra hija. Ser es el mejor regalo que le puedo hacer a mi familia o a cualquiera. Hacer sin ser es un cascarón vacío.

—Es muy cierto —respondió Paul pensativamente—. Creemos que algunas cosas en la vida son sumamente importantes. Luego, algo sucede que nos recuerda que la vida es frágil y que las cosas que creíamos ser tan importantes no eran tan urgentes.

—Ese es un don que Katia siempre nos dará —siguió Annette—. Incluso en los días cuando me pregunto si ella algún día hará gorgoritos, y mucho menos hablará o caminará, la amo incondicionalmente. Con sinceridad, estaría dispuesta a morir por ella. Y eso es lo que me recuerda cuánto nos ama Dios a nosotros. Él nos ama tanto que nos dio su mayor regalo. Si no aprendo otra cosa de nuestra hija, esta lección en sí es suficiente para cambiar la vida.

—Esos son pensamientos profundos —respondió Paul—. Hablando de cosas que cambian la vida, ¿cómo te están ayudando los medicamentos para el corazón? Parece que en las últimas semanas te has sentido mejor.

—Sí —contestó Annette—. Después de esa prueba de esfuerzo, estaba muy agradecida que el cardiólogo haya sido práctico y directo conmigo y me haya dado a probar medicamentos sin complicar el asunto. Parece estar funcionando.

Esta noche la conversación abarcó un poco de todo lo que era importante para ellos.

—En verdad, estoy preocupada por Cynthia —dijo Annette—. Ella está luchando tanto con ansiedad a causa de la separación.

—La semana pasada cuando estuviste en el hospital, dormimos juntos en la sala. Eso parecía una ayuda —dijo Paul—. Sin embargo, yo también lo noto. ¿Qué más crees que podemos hacer por ella?

—Pues, esta noche me senté afuera de su puerta mientras se dormía. Eso parece calmarla. No sé qué más hacer sino orar con ella y tratar de asegurarla. Es muy sensible.

—Dios conoce las necesidades de nuestros hijos. Él les ayudará a superar esto —Paul la tranquilizó.

—Junto con la separación son las ofertas que me siguen llegando de personas que quieren cuidar a los niños —suspiró Annette—. Es muy bonito que quieran aliviar mi carga con ayudarme a cuidarlos, sin embargo, ¿cómo les puedo explicar que cuando hemos estado separados tanto tiempo, necesitamos estar juntos como familia lo más posible? Es tan importante que los niños tengan esa seguridad básica y un sentir de pertenencia.

»A principios de esta semana rechacé la oferta de alguien y por lo visto se sintió muy ofendida. Cuando traté de explicar, al parecer no sirvió. Tener quién me cuide a los niños cuando no estoy es una gran ayuda. Sin embargo, no necesitamos tener a alguien que los cuide cuando estoy presente. Lo que necesitamos es una vida normal en familia. ¡Necesitamos estar juntos!

—Pues, que se ofendan entonces. Tú puedes ser cortés, a la vez, tenemos que hacer lo que es correcto para nosotros —dijo Paul con sentido práctico. Él no se preocupaba nunca por lo que pensaban otros como Annette. Eso la estabilizaba en estos asuntos sensibles.

—A veces deseo decirles a las personas que lleven la comida a la iglesia los domingos y que nosotros la recojamos allí —siguió diciendo Annette—. Con todo, eso nos haría parecer maleducados, como si no quisiéramos encontrarnos con nadie. La verdad es que, después de pasar mucho tiempo en el hospital, lo que deseo es estar en casa con la familia.

—Es correcto sentirse así. Nada más sigue comunicándote lo mejor posible. Eso es lo único que puedes hacer —Paul la animó en voz baja—. Expresa gratitud a las personas por su deseo de ayudar. Esperamos que lo acepten aun si no lo entienden, mientras sepan que no es tu intención ser maleducada.

—Esos son consejos sabios —suspiró Annette—. A veces me pregunto cómo era la vida antes de comenzar con esta aventura. Ya casi ni me conozco a mí misma.

—Sigues siendo la mujer con quien me casé —se rio Paul—. Quizá mejor vamos a dormir. Mañana amanecerá temprano.

—Y Katia está durmiendo tranquilamente. Quizá deba dormir mientras pueda —dijo Annette bostezando.

Capítulo cuarenta



—**M**e pregunto si algo le habrá pasado a Priska — le comentó Annette a Paul un domingo por la mañana de camino a la iglesia—. Como sabes, mantenemos contacto casi cada semana. Es algo que espero. Sin embargo, ella ya no responde con tanta frecuencia y no he oído de ella en tres semanas. Nunca ha durado tanto en responder.

—Quizás está ocupada con los estudios o algo —dijo Paul.

—Podría ser —respondió Annette, dudosa. En lo profundo del alma sentía un peso creciente por Priska, un peso inexplicable—. Me pregunto si su lucha es más por estar cerca del primer aniversario del trauma. Ella ha llegado a ser muy especial para mí. No la amo solo por causa de Katia. Verdaderamente, la amo como una amiga.

A veces Annette hasta sentía la libertad de enviarle un versículo o un pensamiento inspirador en sus mensajes. Priska siempre había

sido receptiva cuando Annette la contactaba.

Unos días después Priska envió un mensaje en el cual explicaba que su contacto le estaba causando muchos recuerdos dolorosos. Ella no dijo que se deseaba alejar, sin embargo, dio a entender que no lograba superar todo lo que enfrentaba.

—Ay, Priska. Lo siento mucho. Esto es tan difícil. Estoy orando por ti —le mandó Annette en un mensaje.

Annette solía orar con frecuencia por la salvación de Priska, con la esperanza de que ella encontrara paz en Jesús. En particular, Annette oraba para que Priska sanara su corazón y su mente de todo el trauma que había experimentado.

—¿Cómo viven las personas sin Jesús? —le preguntó Annette a Paul—. No quiero parecer santurrón, no obstante, realmente no lo puedo imaginar. No puedo llevar una vida normal sin él, mucho menos las partes dolorosas de la vida.

—No creo que las personas verdaderamente sepan lo que se pierden —dijo Paul—. Por esa razón buscan llenar el vacío de otras cosas.

—Creo que Priska lo busca llenar con la preparación. Es su vida, y la consume. A veces parece que ella trata de echarle tierra a su trauma y su sed de Dios al perseguir una carrera exitosa. Tanto anhelo que algún día ella halle la verdadera paz. No puedo dejar de orar por ella y por Asherwald. De algunas maneras siento que forman parte de nuestra familia porque son una parte de Katia.

—Nunca lo pensé de esa manera —contestó Paul—. Sin embargo, hay verdad en lo que dices. Yo también oro por ellos. Sería maravilloso si hallaran la paz.

El peso en el corazón de Annette se hizo más fuerte. Sin embargo, trató de no enviarle muchos mensajes, queriendo respetar la privacidad que Priska había pedido. Ella oraba con frecuencia. A veces

lloraba un poco, al pensar en lo que Priska y Katia habían perdido.

Entonces le llegó el último mensaje, aunque al parecer no era de despedida. Era muy general. “Gracias, Annette. Espero que todos estén bien”.

Después de eso, Annette no volvió a saber nada de Priska. Más adelante, descubrió que Priska había cambiado su número de teléfono. Su único vínculo con el pasado de Katia se había roto, y esto le rompió el corazón.

—No sé por qué es tan difícil, pero yo la había llegado a amar mucho —le dijo Annette entre lágrimas a Renee una tarde cuando había venido a verla—. La extraño. Me hace falta contarle de su hija. No puedo amar a Katia sin amarla a ella.

—La amaste bien —la consoló Renee—. Le contaste de Jesús. Tu amor no fue en vano.

—He descubierto que cuando adoptas a un hijo, no puedes decir que amas a tu hijo sin amar a las personas que le concedieron la vida. Algunos quizá no sientan ese amor cálido y acogedor para con los padres biológicos, especialmente en algunos casos. Sin embargo, Dios me puso amor en el corazón por los padres de Katia. Los amo casi de la misma manera que amo a mi hermana alejada. ¿Entiendes? Es ese amor protector y doloroso que siente tanta pérdida cuando no puedes estar en contacto con ellos ni cuidarlos.

—Es un reflejo del corazón de Dios —dijo Renee en voz baja—. Es fácil decir que amamos a las personas. Por lo mismo, cuando hemos invertido en su vida y ellos escogen alejarse, causa un profundo dolor. Y ese dolor es parecido al dolor que siente Dios cuando las personas elijen vivir sin él. Me recuerda de algo que leí un día de estos, una cita del padre de Corrie Ten Boom.

Renee sacó un cuadernito de su bolso y leyó los apuntes:

—Corrie —comenzó a decir—, ¿sabes qué causa el

dolor profundo? El amor. El amor es la fuerza más poderosa del mundo, y cuando se bloquea, trae dolor.

»Podemos hacer una de dos cosas cuando sucede esto. Podemos matar el amor para que deje de doler. Sin embargo, por supuesto una parte de nosotros también muere. Por otra parte, Corrie, podemos pedirle a Dios que nos abra otro camino de modo que fluya nuestro amor.

»Dios ama a esa persona, aún más de lo que la amas tú, y si le pides, él te dará amor por esta persona, un amor que nada puede impedir ni destruir. Cuando no podemos amar de la manera antigua y humana, Corrie, Dios nos da de su manera perfecta.¹

—¡Eso es cierto! —Annette se secó las lágrimas con el extremo de la manga—. Siento ese amor por Asherwald. Él está encerrado en algún lugar, donde no lo podemos alcanzar. Sin embargo, puedo orar y sé que esas oraciones son escuchadas y contestadas. No sé cómo, pero sé que así es. También siempre puedo orar por Priska. Dios la puede alcanzar, aunque yo no pueda. Gracias, Renee, por leerme eso. Necesitaba el recordatorio.

Aun así, Annette sufría. Ella no sabía si algún día volvería a saber algo de Priska. Y en ese dolor ella oraba. Pedía que Priska hallara el amor de Dios por ella, y que algún día ella volviera a buscar a su hija.

¹ Corrie Ten Boom, *The Hiding Place* (El refugio secreto).

Capítulo cuarenta y uno



Con la relación con la familia biológica de Katia rota y el acercamiento de la audiencia de adopción, Annette meditaba sobre muchas cosas. Con frecuencia tenía sentimientos encontrados. El gozo y el dolor parecían unirse de maneras que ella no podía separar: el gran regalo de confianza que sus hijos estaban aprendiendo a pesar de la tristeza del trauma y la separación que tenían que experimentar; el gozo de observar cómo el corazón de Paul se unía al suyo en medio de las pruebas que enfrentaban; y de último, pero no de menos importancia, el gozo de cada nuevo desarrollo en Katia a pesar de la sombra de su frágil salud.

Un día hermoso de otoño, Annette escribió en su diario por primera vez en semanas.

Octubre de 2017

Después de hablar esta semana con nuestro coordinador

de atención, he sido recordada de la vulnerabilidad de Katia a la muerte.

Antes pensaba que los padres de los niños con discapacidades severas sentirían alivio cuando su hijo moría. ¿Por qué no lo sentirían? Parece que sería un alivio ya no tener el estrés que los padres soportan (que en efecto les quita años de vida). También existen el sinfín de citas con los médicos y las noches sin dormir por vigilar al pequeño sin saber solucionar su problema ni saber cuál es. ¿No sería más fácil la vida sin esa carga?

Sin embargo, antes de Katia, no comprendía cuánto da el niño tal. Y la verdad es que no sé explicarlo con palabras. Cabe decir que una persona/un niño como Katia llena una parte tan grande del corazón amoroso del padre que perder a ese niño dejaría una herida abierta y sangrienta.

Ningún padre puede garantizar la vida de su hijo. Para los padres de un niño con severas discapacidades muchas veces surgen recordatorios.

Conozco el riesgo cuando Katia tiene reflujo. Cuando estamos en público, estoy muy al tanto de todos los gérmenes en el aire. Hasta el momento, ella ha hecho bien en vencer las enfermedades, sin embargo, la neumonía y las gripes muchas veces arrebatan a estos niños de los brazos de sus padres.

Además, las convulsiones son un gran riesgo. Todo puede estar marchando bien, cuando de repente comienza una convulsión imparable. El cuerpo se agota, deja de funcionar y libera el alma para que vuelva a su Hacedor.

Según la sabiduría humana, los hijos deben enterrar a los

padres, no al revés. ¡La idea de nosotros tener que enterrar a Katia nos rompe el corazón! Sin embargo, extrañamente, la conexión perdida con sus padres biológicos renueva mi consciencia de que no estamos protegidos de esas pérdidas, sea por medio de la muerte o separación.

Hay una alta probabilidad de que nosotros enterremos a un hijo. Por otro lado, ¿quisiéramos que ella viva más que nosotros? Tenemos grandes esperanzas para el futuro de Katia (cuando pueda acabar con el reflujo gástrico). Sin embargo, la realidad es que, a no ser que haya un milagro, Katia siempre será dependiente de quienes la rodeen. ¿Quién la cuidará y tomará decisiones por ella si nosotros no podemos? Es muy maravilloso saber que Dios conoce el momento indicado para el nacimiento y la muerte de todos nosotros.

No estoy viviendo en constante morbosidad, ni en un estado de paranoia. Con todo, abrazaré con más fuerza a Katia, Cynthia y Nathaniel, y buscaré disfrutar de cada momento. Algún día será el último.

Mientras se preparaban para hacer la cirugía de Nissen y controlar los problemas de Katia con el reflujo, Paul y Annette pasaron más tiempo estudiando el procedimiento y sus resultados. Aprendieron que era mayormente irreversible. Sin embargo, la sonda G–Y era completamente reversible.

Annette contactó un sitio para padres con niños discapacitados y oír de otros que ya habían hecho ambos procedimientos. La respuesta contundente favorecía la colocación de la sonda G–Y. En algunos casos, la cirugía de Nissen había causado otros problemas o se tuvo que volver a realizar.

Después de una oración pidiendo sabiduría, cambiaron sus

planes para el tratamiento y colocaron la sonda G-Y.

—Sabes, a veces siento que estamos nadando en la oscuridad con todas estas decisiones. Sin embargo, Katia tiene absoluta confianza en nosotros. Ella no teme que nos vayamos a equivocar. Cuando la vida parece tan oscura, espero que yo pueda tener tal confianza en mi Padre celestial —le dijo Annette a Paul—. Parece que tantas veces confío a base de prueba. ¿Y si esto no funciona a favor de nuestra bebé? ¿Y si tiene que someterse a más procedimientos y más sufrimiento? ¿Y si cometemos un error?

—Las decisiones cansan —acordó Paul—. Me alegro de que el Señor nos dirija en todo esto. Si estuviéramos solos parecería imposible saber cuál podría ser el mejor camino en algunas de estas situaciones.

Durante este tiempo, Annette colocó una meditación del libro *Manantiales en el desierto* en la pared del dormitorio. Le servía de recordatorio que Dios conocía la situación y que ella podía descansar en eso.

Vuestro Padre celestial sabe (Mateo 6:32).

Una visita en una escuela para los sordomudos escribía preguntas en la pizarra para los alumnos. Al poco rato, escribió esta oración: “¿Por qué Dios me ha permitido oír y hablar, y a ustedes los hizo sordos y mudos?”

La terrible oración cayó sobre los pequeños como una bofetada en la cara. Se sentaron paralizados ante ese terrible “¿por qué?”. Entonces se levantó una niña.

Le temblaban los labios. Los ojos estaban bañados en lágrimas. Caminó directo a la pizarra y, tomando una tiza, escribió con mano firme estas preciosas palabras. “Sí, Padre, porque así te agradó”. ¡Qué respuesta! Se levanta y se aferra de una verdad

eterna sobre la cual el creyente más maduro, así como el hijo más pequeño de Dios puede descansar seguro: la verdad de que Dios es su Padre.

¿Sientes eso en verdad? ¿Lo crees con todo tu ser? Cuando es así, entonces tu paloma de fe ya no andará sin descanso, sino que se establecerá por siempre en su lugar de eterno descanso y paz. “¡Tu Padre!”

Todavía puedo creer que viene un día para cada uno de nosotros, aunque falte mucho, cuando comprenderemos; cuando las tragedias que ahora oscurecen el aire del cielo para nosotros se perderán en un plan tan majestuoso, magnífico y gozoso, que nos reiremos en asombro y regocijo.

—Arthur Christopher Bacon

Durante otra estadía en el hospital a finales de octubre, Annette escribió en cuanto a este escrito en su diario.

La meditación “Vuestro Padre lo sabe”, tomado de *Manantiales en el desierto* me ha tocado profundamente el corazón. Especialmente lo siento en esta noche mientras observo a nuestra preciosa bebé jadear y hacer arcadas por el ácido que se le sube del estómago, probablemente porque no interpreté sus necesidades correctamente. (Su cuidado exige de mucha suposición, y no siempre acierto). Es tan difícil. Perder el sueño es difícil, sin embargo, el dolor de mirar el sufrimiento de nuestra bebé es mucho peor.

Me duele el corazón. ¿Por qué tiene que sufrir esto ella? ¡No hizo nada para merecerlo! Sin embargo, los versículos anteriores contestan la pregunta. No dan una explicación exacta, sino la paz de que Dios por alguna razón lo ha permitido. No quita el dolor de lo sucedido, sin embargo, da el

valor y la fuerza para soportarlo.

La vida está llena de dificultades... asuntos que sencillamente no podemos evitar ni pasar por alto. A la vez, siempre podemos volver al hecho de que Dios es soberano y verdaderamente nos desea lo mejor.

Acabo de hablar otra vez con el médico. Otro encefalograma mostró cierta actividad epiléptica, por lo que agregaremos otro medicamento. Por ahora le estaremos introduciendo líquidos por la sonda G-Y para ver cómo responde. Necesitamos saber que la puedo mantener hidratada en casa. Si ella tolera el Pedialyte esta noche, intentaremos alimentarla en la mañana. Si todo sale bien, podemos irnos a casa mañana por la tarde.

Una parte de mí desea irse para la casa, y una parte de mí no lo sabe. A veces es tan difícil ver el fin de esto. Así que esta noche sencillamente pido que se haga la voluntad de Dios. "Padre, ¡gracias que puedo confiar en ti!"

Capítulo cuarenta y dos



La mañana del 8 de noviembre de 2017 amaneció clara y fría. La familia King se despertó lentamente.

—Es muy bonito no tener que correr al trabajo esta mañana —comentó Paul con un bostezo mientras ayudaba a servir el desayuno.

—No eres el único que está sacando tiempo del trabajo para estar allí —agregó Annette—. Renee me dijo que ella y Daniel piensan estar allí esta mañana.

—Hemos esperado mucho tiempo —dijo Cynthia, emocionada. La rubia estaba despeinada, y todavía en pijamas saltaba de un pie al otro—. Hoy es un día especial, ¿verdad, mamá?

—Sí, cariño. Muy especial.

—¿Por qué? —preguntó Nathaniel entrando en la cocina, resregándose los ojos.

—Es especial porque hoy Katia oficialmente se une a nuestra

familia —explicó Annette—. Hoy la adoptaremos. Ella tendrá el mismo apellido que tú y Cynthia después de esto.

—¿Ella será King? ¿No es que ella ya era de nosotros? —preguntó Nathaniel, un tanto indignado.

—Ella ya es de nosotros, sin embargo, la parte legal de la adopción puede durar mucho tiempo —le dijo Annette—. Hoy verás cómo funciona. El juez tiene que firmar una hoja antes de que Katia pueda tener legalmente el mismo apellido que nosotros.

—Ah, me alegro de que será seguro —dijo Nathaniel, contento. Él se detuvo frente a la silla donde Annette sostenía a Katia y le dio un beso en la cabeza.

—Te amo —le susurró al oído. Él vio que Annette lo observaba y se rio tímidamente, corriendo a subirse en su silla para desayunar.

Annette miró a su hija dormida, suave y abrigada en los pijamitas blancos. Con el teléfono le sacó una foto.

—Casi nos perteneces, para siempre —le susurró a la bebé.

Después del desayuno, hubo la carrera típica de vestirse, peinarse, cepillarse los dientes y buscar calcetines y zapatos. Paul le ayudó a Nathaniel mientras Annette peinaba a Cynthia y le ponía a Katia un vestido y calcetines blancos y zapatos negros para ocasiones especiales.

—Mamá, ella parece muñeca —dijo Cynthia, admirada, mientras Annette colocaba a Katia en el asiento del auto.

—Es bonita, ¿verdad? —acordó Paul al pasar a su lado para encender el vehículo—. Igual que tú, Cynthia.

Cynthia sonrió ante las palabras de su padre.

—Tienen un buen papá —dijo Annette, sonriéndoles a las hijas.

Al viajar hacia la ciudad, Annette meditaba sobre muchas cosas. Tantas vueltas en el camino. Tantos cambios y dudas. Sin embargo, Dios había sido muy fiel y les había enseñado mucho.

—Sabes, Paul, antes de que tuviéramos a Katia, la belleza del discapacitado era solamente un conocimiento intelectual. Quizás —espero— que sea solo yo, pero me era difícil entender cómo los padres podían hallar gran placer en los niños como ella. Pues, ¿cómo podían estar fascinados con extremidades inútiles, necesidades y señales claras de discapacidades severas?

Ella hizo una pausa, y Paul asintió, escuchando.

—Sabía que cada persona tiene valor y dignidad a los ojos de Dios, y verdaderamente lo creía —siguió Annette—. Sin embargo, no entendí completamente el sentimiento y la comprensión en el corazón de su contribución al mundo hasta hace nueve meses. Ahora comprendo cuánto un niño como Katia nos da a nosotros.

»En los días difíciles, es su tranquila inocencia. Otras veces es cuánto ella nos enseña como familia por quién es. Y cuánto nos ha enseñado a la familia, la iglesia y la comunidad acerca de los niños discapacitados y su valor. Hay mucho que no puedo expresar en palabras.

»Espero una completa recuperación; oro y lucho por la misma. Sin embargo, realmente la amo con todo mi ser *exactamente como es*. Deseara que ella pudiese sentarse y jugar como los otros de su edad. Con todo, amo su cuerpo suave y como de recién nacida, su determinación, sus expresiones y el hecho de que ella me conoce como su madre. Celebro cada logro. Sin embargo, en verdad sencillamente amo quién es.

—Ella es un regalo —acordó Paul—. Cada uno de nuestros hijos lo es.

En la corte se encontraron con un pequeño grupo de familiares y amigos de la iglesia que habían venido a apoyarlos.

—Muchas gracias por estar aquí —saludó Paul mientras él y Daniel se daban un abrazo fraternal—. Es muy especial para

nosotros.

—¡Estamos muy contentos por ustedes! —exclamó Renee, dándole a Annette un fuerte abrazo.

Los ojos de Annette se llenaron de lágrimas de alegría.

—Gracias —susurró—. Agradezco mucho a Dios por traernos hasta aquí. Gracias por estar a nuestro lado en este camino y por venir a pasar con nosotros este día especial.

En la corte, la audiencia inició a las 9:45 a. m., cuarenta y cinco minutos después de la hora indicada. El juez era amable. Cuando vio a Katia dormida en los brazos de Annette, le sonrió.

El corazón de Annette latía más rápidamente cuando el juez dijo: —En este momento voy a firmar el decreto de adopción.

Durante breves momentos se oyó el raspar del bolígrafo sobre el papel. Levantó la mirada y volvió a sonreír.

—Les pertenece. Felicidades.

Los ojos de Annette se volvieron a llenar de lágrimas mientras miraba a la niña linda en sus brazos. Esta niña era de ellos para siempre. De ellos para darle amor y enseñanza. Katia oficialmente era King.

Había sido un camino largo, y esto era solo el comienzo. Sin embargo, en el corazón, ella sabía que nunca cambiaría ni una parte de ello. Este camino les había enseñado mucho al ver el corazón de Dios. Era un momento de satisfacción y comprensión.

Annette pensó en cómo ella misma también había sido adoptada, por un amor mucho mayor. El Dios de amor había entregado a su único Hijo por ella y por todo el mundo para que lo llamaran: “Abba, Padre”. La antigua Escritura conocida le volvió a inundar el alma de calor, y ella dirigió un silencioso “gracias” al cielo.

El juez volvió a hablar:

—Creo que Dios los bendecirá por recibir a una niña como esta

—dijo con sinceridad. Mientras Annette miraba a Paul, el juez continuó—: ¿Siempre será ella así? ¿Cómo consideran su futuro?

Él miraba a Annette, y ella sabía que Paul quería que ella respondiera.

—En verdad, no sabemos cuánto progresará o qué sucederá en el futuro —dijo Annette con honradez.

Luego, mirando a su hija dormida, se volvió hacia el juez, y con lágrimas en los ojos continuó:

—Sin embargo, hay dos cosas que sabemos con seguridad, señor juez. Una es que Dios tiene un propósito para su vida. La otra es que la amaremos para siempre, *siempre*.



Epílogo

Julio de 2019

Han pasado dos años desde que Katia llegó a formar parte de la familia King. Con dos años y medio de edad, Katia progresa poco a poco en su desarrollo y sanidad. Su familia celebra cada pequeño mejoramiento.

Ella ha sonreído por cuenta propia en varias ocasiones, y muestra un aumento de expresiones faciales y vocales, en especial cuando se trata de sus necesidades o disgustos. Mientras Katia desarrolla una mayor consciencia de sus alrededores, Annette constantemente investiga nuevas maneras de mejorar la vida de su hija. Una de las maneras recientes en que ella nota progreso es por medio de la estimulación visual. Katia ha demostrado la habilidad de observar cuando leen historias cortas y le muestran cuadros en una pantalla de un libro electrónico. En un momento, los King estaban preocupados de que su hija quizás era ciega, por lo que fue un regalo darse cuenta de que ella muestra la capacidad de ver e interactuar

con el mundo.

Las estadías en el hospital siguen siendo frecuentes. Sin embargo, comparado con los primeros dieciocho meses de su vida, han disminuido mucho. Annette ha aprendido los patrones de salud normales de Katia. Ella muchas veces puede distinguir si cierta situación es algo que ella puede tratar en casa o si necesita la atención de un médico.

Con tanto equipo como un “mini hospital” que han adquirido para el cuidado de Katia, los médicos de emergencias le han dicho a Annette que no hay razón de ingresar a Katia para su observación. Confían en que Annette tiene la capacidad y el equipo para monitorear a Katia en la casa a menos que las cosas se agraven. El conocimiento de todo lo que pueden tratar en casa les da un sentir de seguridad y estabilidad.

Ya que Katia se siente mejor, los King participan en cada terapia en casa que ella tolera. Katia ha comenzado a sentarse por períodos cortos de tiempo mientras la sostienen de las caderas. Esto es emocionante para ellos. El hecho de que ella puede usar sus músculos centrales lo suficiente como para mantener el torso sin caer hacia adelante o hacia los lados es un gran logro.

Cynthia y Nathaniel siguen adorando a su hermanita. Les encanta hablar con ella, besarla y contarle a Annette lo que creen que Katia está pensando detrás de sus ojos tan oscuros. Muchas veces Annette se ríe de las cosas creativas y chistosas que se les ocurren a sus hijos.

A veces ella permite que los niños ayuden a darle de comer a Katia. Siempre están listos y encantados cuando pueden atender de forma concreta las necesidades de Katia. Aunque las separaciones durante las estadías en el hospital no han llegado a ser más fáciles para ellos, los niños nunca han sentido resentimiento hacia Katia. La aman con ternura, como miran que sus padres la aman.

Asherwald no pasó a juicio después del incidente de abuso doméstico. Lo consideraron incompetente mentalmente para hacerlo, y él permanece en una institución mental. Priska siguió su carrera de música. Se desconoce su paradero desde que decidió romper contacto con la familia adoptiva de su hija.

Paul y Annette nunca se han lamentado de haber seguido el llamado de Dios de adoptar a Katia. Cuando les preguntan por qué, responden:

—¡Porque ella ha enriquecido mucho nuestra vida! Ella nos necesita a nosotros y nosotros a ella. Ella nos ha enseñado a valorar cada día juntos, celebrar las cosas pequeñas y no tomar por sentado lo que se espera.

De la manera más dulce, el reino de Dios se está demostrando en la vida de una preciosa niña discapacitada y la familia que la ama.



Acerca de la autora

Rachael es originaria de los hermosos bosques del norte de Minnesota; sin embargo, actualmente vive en Oriente Medio. Algunas de las cosas que ella disfruta durante esta época de la vida incluyen viajar internacionalmente, contemplar amaneceres y atardeceres en el océano, tomar café y té con amistades de diversos trasfondos, edificar amistades significativas en otras culturas y ver las constelaciones de la noche desde el otro lado del mundo.

Ella sigue aprovechando la oportunidad de escribir conforme Dios abre puertas nuevas. “Es un privilegio ser escriba que registra un pequeño capítulo de su historia mientras él obra entre sus hijos”, dice ella. “Cuando escribo, siento su placer, y es el deseo de mi corazón que lo que fluye de mi bolígrafo sea únicamente para su gloria”.

Rachael disfruta de oír de los lectores, y te invita a escribirle un correo electrónico a ascribebytrade@gmail.com. También le puedes escribir por medio de Christian Aid Ministries, P.O. Box 360, Berlin, Ohio 44610.

Una tragedia... Una bebé... Un hogar.

Una historia de *adopción*.

Solo faltaba un mes. Priska y Asherwald esperaban con ilusión a su primera hija. Con cariño habían preparado la habitación de la bebé y tenían en orden todos los suministros. Todo estaba listo.

Entonces, una noche, ocurrió lo impensable. Fue una noche de horror y maldad, y sus vidas cambiaron para siempre.

Atrapada en medio de esta tragedia estaba una bebé diminuta: apenas con vida, pues enfrentaba enormes desafíos mentales y físicos. ¿Qué sería de ella?

Afortunadamente, hubo quien se preocupara. Esta es la historia de cómo otra joven pareja, tras buscar la voluntad de Dios para adoptar a un niño, abrió su corazón y su hogar a esta preciosa pequeña. Aquí se relatan las luchas, las incertidumbres y los dolores que afrontaron al decidir hacer de esta niña especial una hija propia.

Con todo, también hubo bendiciones. De tal manera que Paul y Annette no podían comprender del todo, la pequeña Katia llevó gozo y plenitud a sus vidas. Por medio de ella, aprendieron a confiar más plenamente en Dios y a comprender, de forma nueva, la profundidad de su amor.

